

BIBLIOTECA CLÁSICA

9

VIRGILIO

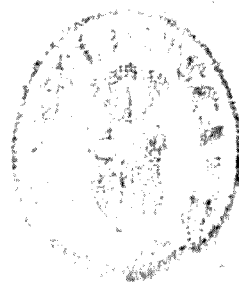
ENEIDA

TRADUCCIÓN EN VERSOS CASTELLANOS

POR

MIGUEL ANTONIO CARO

~~~~~  
TOMO I  
~~~~~



MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.[^]

(Sucesores de Hernando)

Calle del Arenal, núm. 11.

—
1905

ENEIDA.

9137
BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO IX

ENEIDA

POR

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCIÓN EN VERSOS CASTELLANOS

POR

MIGUEL ANTONIO CARO

—
TOMO I
—



MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.[^]

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, núm. 11.

—
1905

—
ES PROPIEDAD
—

R. 1058967

Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

Á LA
ACADEMIA ESPAÑOLA,
EN PRENDA DE AGRADECIMIENTO
Y TESTIMONIO DE ADHESIÓN,
MIGUEL ANTONIO CARO.

VIRGILIO EN AMÉRICA.

ENEIDA DE VIRGILIO.—(Libros I y IV), traducción en octavas, por D. Fermín de la Puente y Apezechea, de la Academia Española.—Madrid, 1874.

OBRAS DE VIRGILIO, traducidas en versos castellanos con una introducción y notas, por Miguel Antonio Caro. Tomos I y II.—Bogotá, 1873.

I.

Podría formarse un precioso volumen, titulado *Virgilio en América*, reuniendo las traducciones é imitaciones en lengua castellana que del gran poeta latino han ensayado varios humanistas hijos del Nuevo Mundo. Estamos ciertos de la superioridad que este trabajo alcanzaría si se llegara á realizar y se pusiera en cotejo con la recopilación, erudita pero escasa de buena crítica, formada en el último tercio del siglo XVIII por el laborioso D. Gregorio Mayáns y Ciscar.

Los trabajos reunidos por este humanista europeo, comenzando por las Geórgicas del maestro

Juan de Guzmán, discípulo del Brocense, y acabando por la Eneida de Hernando de Velasco, poco tiencn de amenos y de virgilianos, si exceptuamos algunas imitaciones felicísimas del dulce Luis de León.

La reciente y meritoria traducción del Sr. Ochoa está, como todos saben, escrita en prosa; y antes del de éste no ha llegado á nuestros oídos, incluyendo á Iriarte, el nombre de traductor alguno peninsular, reconocido como intérprete notable del épico latino. Mientras tanto, en esta misma *Revista* hemos tenido la agradable oportunidad de consignar los ensayos maestros de D. Juan C. Varela y de D. Ventura de la Vega, en los cuales se trasunta el más exquisito sentimiento de las bellezas del original, que trasladaron á versos castellanos en forma y lenguaje intachables.

Vamos ahora á comunicar á nuestros lectores nuevas pruebas de la aptitud de los literatos sudamericanos para aclimatar en el terreno de las lenguas vivas, desafiando las trabas de las combinaciones métricas más ajustadas, el espíritu, las ideas, los sentimientos de los poetas de la antigüedad clásica. Y, como vivimos los americanos en completo divorcio intelectual unos de otros, ignorando comúnmente aquello que cada sección del continente conquista y cosecha á favor de la civilización y de la honra de la patria comun, creemos hacernos gratos á los argentinos, revelándoles el secreto de dos bellas y serias traducciones de la obra virgiliana completa, que apare-

cen en este momento, debidas á la erudición y al estro de un neogranadino y de un mejicano: *Arca-
cades ambo...*

Llámase este último D. Fermín de la Puente y Apezechea, miembro de la Academia Española. Para estimar el mérito de la traducción de los libros I y IV de la *Eneida*, que hasta ahora son los únicos que ha dado á luz este señor, tenemos que referirnos al análisis que de ellos hace, en un artículo crítico, otro americano bien conceptuado en España como hombre de letras y de buen gusto, el Sr. D. José Antonio Calcaño, venezolano avecindado á la sazón en las cercanías de Liverpool.

El crítico ha sometido la obra del mejicano á una prueba dura, pero eficaz y decisiva. «Cuando se nos viene á las manos, dice el Sr. Calcaño, la traducción de un autor clásico, no podemos prescindir de ir á ver, antes que todo, cómo han sido vertidos aquellos pasajes que, si hemos hecho particular estudio del texto, tenemos en la memoria». Trayendo á la suya el mismo crítico los pasajes más célebres de los mencionados libros de la *Eneida*, ya por sentenciosos, ya por patéticos, ya por la belleza rítmica, ó por la propiedad de las onomatopeyas, parangona el original con la versión, resultando que en la mayor parte de los casos sale airoso el traductor y sin ofensa el poeta original. No es esto corto elogio para el Sr. Apezechea. En cuanto al mérito de la versificación, el crítico le es favorable hasta el entusiasmo, exclamando:

mando al cerrar la lectura de los cantos traducidos: «¡Qué octavas, qué octavas hay en ellos! ¡Cómo honra su autor á nuestra América!»

El Sr. Calcaño justifica su ponderativo elogio copiando algunos trozos de la traducción mejicana. Despechada la tiernísima y orgullosa Dido al verse abandonada por Eneas, dirígale el enérgico apóstrofe que anda en la memoria de todos:

Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor, perfide...

¡No! No es tu madre, pérfido, una diosa;
 Ni tus padres de Dárdano manaron:
 Del Cáucaso en la entraña cavernosa
 Entre sus duros riscos te engendraron,
 Las tigres de la Hircania pavorosa
 A sus pechos, cruel, te amamantaron;
 Ya, ¿por qué disimulo? ¿por qué tardo?
 ¿A qué mayores males ya me aguardo?
 ¿Por ventura gimió por mi gemido?
 ¿Tornó á verme la vista vacilante?
 ¿Le vi llorar con lágrimas vencido?
 ¿Sintió piedad de su infeliz amante?
 ¿Qué más he de decir? ¡Y han consentido
 Juno así y Jove á la maldad triunfante!
 ¿Dónde hallaré piedad, dónde consuelo?
 Ya no hay fe ni en la tierra ni en el cielo!
 Desnudo te lanzó la mar, é inerte
 Sobre mis playas te acogí rendida:
 Partí loca contigo reino y suerte;
 Tu flota reparé rota y perdida:
 Yo liberté á los tuyos de la muerte;
 Y ¡ay de mí! (¡que ardo en furias encendida!)

Hoy Apolo... el oráculo te guía:
 Un mensajero Júpiter te envía.
 ¡Por cierto! á eso los dioses atendiendo
 Están... ¿ese cuidado los agita?
 Yo no sé lo que has dicho... ni te entiendo,
 Mas respuesta ninguna necesita.
 ¡Ve, marcha á Italia! Por el mar horrendo
 Ese tu nuevo reino solicita.
 Yo espero (si piedad hay en el cielo)
 Que los escollos vengarán mi duelo.
 A Dido entonces llamarás turbado;
 Yo en negros fuegos seguiréte ausente;
 Y cuando el alma deje el cuerpo helado,
 Sombra doquier, te aterrará presente:
 Tu pena entonces sufrirás, malvado,
 Y hasta en el centro del Averno ardiente
 Yo lo oiré, y á mis manes la noticia
 La misma fama llevará propicia.

Veamos ahora de qué manera ha trasladado también á octavas castellanas este mismo apóstrofe el poeta neogranadino (1):

.....

Indudablemente que la ventaja la lleva Caro sobre Puente y Apezechea, como traductor de este desahogo magistral del amor burlado de una mujer. El granadino se mueve con mayor desenvoltura, y sabe envolver y amoldar mejor que el me-

(1) Aquí transcribe el crítico, de la traducción de la *Eneida* por el Sr. Caro, cinco octavas (LXXII á LXXVII), que el lector puede ver en este tomo á la pág. 172.

jicano, en la masa dócil de sus tersos endecasílabos, los pormenores de la ironía, del dolor, de la rabia de la cartaginense. Para entender el primero es necesario hacer algún esfuerzo, mientras que el segundo es transparente y armonioso, y disimula la fatiga de la tarea, complaciendo al lector. La libertad en la versificación de Caro va á par con la que emplea para interpretar las imágenes del poeta latino: vuela con el pensamiento de éste; no se arrastra calcando sus expresiones. Así, por ejemplo, el «*Sequar atris ignibus absens*» del hemistiquio de Virgilio, nos parece más poética y exactamente interpretado en este verso:

«—Dido abandonada
Con tea hermosa aterrará tu mente»,

que no en éste del mejicano, aunque tenga el mérito de ser más literal:

«Yo en negros fuegos seguiréte ausente».

El título del presente artículo nos autoriza para poner al lado de estas dos traducciones una imitación del mismo pasaje del libro IV de la *Eneida*, tomada de la tragedia *Dido* de nuestro compatriota D. Juan C. Varela. Este poeta ha dramatizado el episodio virgiliano, poniendo á los dos amantes uno frente al otro en la escena. Ha aceptado los caracteres tales como fueron concebidos por el gran épico, y su mérito se reduce á la exac-

titud con que el futuro fundador de Roma y la reina de Cartago sienten y se expresan en castellano bajo la inspiración de Virgilio. A veces las imitaciones son más ajustadas al espíritu de los originales que las traducciones al pie de la letra, especialmente cuando se trata de los autores clásicos. Pocas odas castellanas se hallan más impregnadas del color horaciano que la de Fray Luis de León, titulada *Profecía del Tajo*. Varela, deteniendo especialmente su atención en el libro de la *Eneida*, que puede llamarse el libro del amor en este magnífico poema, mostró sinceramente el temperamento de la musa que le inspiraba, la sensibilidad de su alma y la analogía de su genio con el del maestro predilecto de sus estudios. Pero escuchemos sus versos en la boca de Dido:

Pero yo, ¿dónde voy? ¿Cómo pretendo
 Con llanto débil ablandar la peña
 De que es formado el corazón de un monstruo?
 Mis lágrimas ¿qué valen?... nada... aumentan
 El triunfo del malyado, y engreído,
 Contempla mi dolor y lo desprecia.
 ¿Se le oye algún suspiro? ¿Algún sollozo
 Interrumpe su hablar? Quiere que crea
 Que lo violenta un dios; como si fuesen
 Los dioses como Dido, que no piensan
 En nada más que en él; como si un hombre,
 Un hombre solo interesar pudiera
 A los que en lo alto de su gloria miran
 Como nada los cielos y la tierra.
 ¡Un dios!... ¡Blasfemo!... Parte, parte, inicuo;
 La ambición es tu dios: te llama, vuela

Donde ella te arrebató, mientras Dido
 Morirá de dolor: sí, pero tiembla,
 Tiembla cuando en el mar el rayo, el viento,
 Y los escollos que mi costa cercan,
 Y amotinadas las bramantes olas,
 En venganza de Dido se conmuevan.
 Me llamarás entonces, pero entonces
 Morirás desoído.....

II.

Volvamos al traductor neogranadino.

Sólo conocíamos del Sr. D. Miguel Antonio Caro el título con que publicó sus poesías líricas en un volumen en 8.º el año 1866 en Bogotá, y la fama de su apellido en las letras de un país natal. Los Caros descienden de un gaditano nacido á la mitad justa del siglo XVIII, conocido en Bogotá como magistrado y como literato, y especialmente por su afición á la literatura clásica, de que dió muestras anotando el *Arte poética* de Horacio. Su descendencia conserva, según parece, como religión del hogar, la inclinación del ilustre abuelo, atestiguándolo la traducción de que tratamos. Es de advertir que en aquella república de vida agitada, tanto ó más que la nuestra, y en donde los ensayos de las formas más peregrinas de gobierno democrático vertieron torrentes de sangre generosa, y en donde la novedad á este respecto llegó á rayar en el delirio, jamás declinó el amor á la bella literatura, ni se rompió el nudo que une

á la antigua con la moderna. Allí hubo siempre quien recordara con hechos repetidos el consorcio indisoluble que hasta por razón del idioma debe existir entre las letras latinas y las contemporáneas. Y de aquí, probablemente, nace también el esmero con que en Nueva Granada se defiende contra las invasiones extranjeras y los malos usos locales la integridad de la lengua heredada. «Mirar por la lengua, dice un bogotano, vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender á su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacer de ellos un solo pueblo» (1).

Nuestro traductor de Virgilio piensa á este respecto como su compatriota, á punto que al leer sus excelentes versos, nos sentimos transportados al afamado siglo de oro de la literatura castellana. Campea en ellos un respeto llevado hasta el arcaísmo por las formas sintáxicas y los vocablos predilectos de Herrera y de León — achaque perdonable y aun meritorio al trasladar al castellano la obra de un antiguo, porque así parece la imitación más cercana al original. Pero si las produc-

(1) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, por Rufino José Cuervo. Bogotá, 1867-1872. Un v. in 8.^o, de 527 páginas.—(De esta obra ha salido á luz en este año, en Bogotá, una 3.^a edición, considerablemente aumentada.)—*El Editor*.

ciones de D. José Eusebio Caro y de otros vates granadinos no nos convencieran que esta excesiva devoción á la gramática de nuestros abuelos en nada perjudica á los arranques audaces del patriotismo republicano ni á la libertad de las ideas, estaríamos distantes de recomendar como modelo á los sudamericanos el proceder seguido por los Señores D. Miguel Antonio Caro y D. Rufino José Cuervo (1).....

La gramática va hoy por el mismo camino por donde huye avergonzada la retórica. Las cuestiones de propiedad del lenguaje no deben resolverse, no, según Salvá y Martínez López, sino según la reflexión propia y el instinto de lo bello y exacto adquirido con el cultivo libre de las facultades del espíritu. A la formación de las lenguas ha precedido una lógica severa, una ley de armonía que sólo sabrán hallar y respetar los que discurren bien y tengan el sentimiento de lo bello. Mientras un pueblo eduque su sazón, goce con la armonía de los sonidos, exija de las formas las condiciones de la belleza y lo comprenda tanto en la Naturaleza como en el Arte, no haya miedo de que ese pueblo desfigure, abastardee ni afee la expresión escrita de la cultura intelectual que ha alcanzado por medio de una educación general

(1) Aquí sigue discurrendo el crítico sobre las transformaciones que en su concepto debe experimentar el castellano en América. Suprimimos esta parte como no pertinente al asunto.
El Editor.

literaria y científica. Aquí está encerrado el secreto de la decadencia ó vitalidad de las lenguas. Ellas progresan, se estacionan ó retrogradan, según la actividad de la nación que las habla.

.....
 Horacio decía á sus discípulos: sólo escribirá con propiedad quien apele á la razón como fuente y raíz de todo conocimiento. El estudio de los filósofos os dará á conocer el fundamento de las ciencias y de las cosas naturales, y una vez conocidas, las palabras os fluirán espontáneamente á vuestros labios para expresaros con claridad.

Scribendi recte sapere est et principium et fons.

Se equivocaría quien hiciera torcidas y desfavorables aplicaciones de lo que dejamos dicho sin detener la pluma, al estilo y lenguaje del distinguido traductor neogranadino. Es el Sr. Caro un excelente humanista, un literato entendido, y al emprender su ardua tarea, sabía bien el peso que echaba sobre sus hombros, robustos á fe.

No es completo el ejemplar que poseemos de su obra; pero leyendo el suplemento al primer volumen de ella, advertimos que ha tratado en la introducción, desconocida para nosotros, de la filosofía y del estilo del clásico que vierte á nuestra lengua, mostrando así la seriedad de sus estudios y la altura del punto de vista desde donde se encara al mayor teólogo, al mayor erudito, al mayor sabedor de las cosas romanas, entre cuantos

6

talentos ilustraron el siglo de Augusto. Virgilio fué el pontífice y el heraldo de su época, el luminoso arco iris agorero de la paz por que anhelaba el mundo romano, atónito con el fragor de la caída del Egipto y del poderío oriental. En su famosa égloga iv parece que hubiera vislumbrado más allá del Imperio, el comienzo de la era de la idea, de la redención del esclavo, de la igualdad ó fraternidad de los hombres, ante un Dios paternal y único, en nada parecido á los dioses materiales adorados antes de él. Amigo de las labores del campo, resumía en sí, por su observación propia, el conocimiento de todos los fenómenos de la Naturaleza que hasta entonces había podido adivinar la ciencia. Era un coloso intelectual con quien sólo puede compararse en los tiempos modernos su discípulo Dante Alighieri. Inteligencias de esta naturaleza no puede mirarlas hito á hito sino el verdadero talento amamantado con predilección al seno de las musas.

A más del sabio y del inspirado hay que considerar en el cisne de Mantua al hombre de propósitos elevados, de corazón bondadoso, de hondísimos sentimientos, brotados á raudales en ondas sonoras y benéficas, en las cuales se espejea la luz de una imaginación casta como la de los astros. Así, pues, Virgilio requiere ser sentido y comprendido á la vez por sus intérpretes, porque su oro se compone de la liga de la razón con la sensibilidad, de la invención poética con el saber lentamente adquirido. Por esta razón alguna vez

se ha creído que la *Eneida* del gran poeta no debía verse á los idiomas vivos, respetándola como á las armas de Rolando por falta de bríos para esgrimirlas. Y tal vez sea acertada esta opinión, porque si trasladada del viejo suelo latino aquella sublime epopeya á las lenguas de formación reciente, hubiera de conservar tan sólo su estructura material y relatarnos descoloridas las proezas de los héroes que en ella hacen papel, poco ó nada ganarían los profanos que buscan en el maestro afamado ejemplos de la verdadera y perpetua belleza literaria.

Esta belleza de la obra de Virgilio se manifiesta como un perfume, como vislumbre apacible, como rumor armonioso que acompaña al lector, no sólo en el palacio de Dido, en las fiestas y en las alegrías de Eneas y de sus compañeros, sino también cuando presencia la catástrofe final del porfiado asedio de Troya, las iras de Neptuno, los desastres de las batallas y las intrigas del Olimpo. Cerradas las páginas, el corazón se encuentra satisfecho y mejorado si padecía, la mente ennoblecida, el instinto literario menos expuesto á caer en trivialidades y en bajezas.

Tales son, expresadas con generalidades, las impresiones que causa en el ánimo del lector esa realidad indefinible que se llama «estilo virgiliano». De esta impresión moral que supo grabar el mantuano es de la que convendría hacer partícipe al mayor número posible de lectores por medio de las vulgarizaciones de la *Eneida*, trasuntando en

ellas, antes que todo, su estilo, porque éste es el alma misma de Virgilio, la más bella y humana del mundo pagano.

Guiados por este criterio, hemos leído las Églogas, las Geórgicas y cuatro de los libros de la *Eneida* traducidos hasta ahora por el Sr. Caro. Delante de un trabajo que requiere aliento y fuerzas poco comunes para emprenderle, la crítica debe mostrarse circunspecta y fundada, so pena de cometer, más que una ligereza, una mala acción. Nos guardaremos de incurrir en ella, limitándonos á señalar, según nuestro entender, algunas de las brillantes cualidades de que á cada momento da pruebas el literato neogranadino: *ære perennius* será, sin duda, el monumento que erigirá en nombre de las letras americanas si lleva á cabo su empresa, ya tan adelantada

El Sr. Caro es felicísimo en muchos pasos de las Geórgicas, en las cuales se encierra la ciencia y la experiencia agrícola de los romanos, embellecidas con los encantos del sentimiento y de la imaginación. En nuestro concepto, es ésta la obra de Virgilio más ardua para los traductores, y al mismo tiempo la que de preferencia debiera ponerse desde temprano en manos de los discípulos de Humanidades en las escuelas americanas. Un arado fué el cetro de Cincinato, y debe ser el instrumento con que los hijos de las repúblicas prefieran labrar su fortuna. El autor de la *Agricultura de la zona tórrida* hizo con sus admirables versos un valioso presente intelectual y economi-

co á la juventud americana, tentándola á admirar y aprovechar los pingües tesoros de los variados climas en que habita, al mismo tiempo que con mano maestra le mostraba cómo el espíritu de las letras clásicas puede animar. embelleciéndolas, las producciones de la moderna literatura. La obra incompleta de Bello pudo convertirse en las Geórgicas sudamericanas si hubiera tenido imitadores, inspirados, como el iniciador, en un pensamiento de patriotismo y de civilización á un tiempo.

La agricultura es la generosa nodriza del hombre, y nadie mejor que Virgilio la ha idealizado en versos que jamás perecerán por mucho que los aleje el tiempo: oigámosle en la traducción neogranadina:

Al hombre urgiendo, la escasez le educa,
 Y el trabajo tenaz todo lo allana.
 Ceres, sabia maestra, á los mortales
 El seno de la tierra á abrir indujo
 Cuando faltaron en las sacras selvas
 Bellotas y madroños, y Dodona
 El sustento habitual negó cansada.
 Creció en esmeros el cultivo, en cuanto
 Funesta á las espigas la impía nubla
 Y hórrido á los sembrados sobrevino
 El torpe cardo. Y ya la mies fallece:
 Que la áspera maleza en torno crece,
 Y el abrojo la invade y el espino;
 Oprimen ya el espléndido sembrado
 Triste cizaña, estériles avenas.
 Tú, pues, como afanado

Las gramas no persigas
 Con incansable rastro; si no alejas
 Con ruidos las aves enemigas;
 Si hiriendo ociosas ramas,
 El asombrado campo no despejas,
 Ni con voto eficaz la lluvia llamas,
 ¡Triste! con sesgos ojos de vecina
 Heredad mirarás la parva enhiesta,
 Y tu hambre en la floresta
 Aliviará la sacudida encina.

Ni uno solo de los prolijos detalles con que pinta Virgilio la lucha del labrador con la Naturaleza ha escapado á la sagacidad del traductor: no crecerán las mieses sino se extirpan á tiempo el cardo y las importunas cañas, si no se espantan las aves atraídas por el apetito del grano. La pereza condenaría al labrador á contemplar con tristeza la cosecha abundante del vecino y á alimentarse con el insípido y grosero fruto de las encinas.

.....

*Heu! magnum alterius frustra spectabis acervum,
 Concussaque famem in silvis solabere quercui*

La agricultura fué considerada por los antiguos como el arte que enseña al hombre á apropiarse por el trabajo y la industria, no sólo los dones de Ceres, sino cuantos distribuye Cibele, uno de cuyos atributos es la llave con que abre y cierra, según las estaciones, los tesoros de la Naturaleza, y gobernando los leones que condu-

cen su carro, dice simbólicamente que nada hay tan feroz é indómito que no se someta á la amorosa paciencia de la maternal agricultura. Si nuestro menguado código rural hubiera tenido presente el gran código rural de Virgilio, de cierto que las laboriosas abejas, dulcemente cantadas y acariciadas en las *Geórgicas*, no habrían sido desterradas á muchas leguas de los escasos plantíos y sembrados de nuestros incultos campos. Los animales útiles atraen de preferencia la atención de Virgilio, haciéndonos amar al buey paciente, á su hembra de ubres generosas, á la oveja que se despoja de su vellón para vestirnos, al caballo que se asocia á nuestros viriles placeres, á nuestras hazañas de valor y arrastra la carroza elegante del rico como la reja del arado del humilde labriego.

Las llanuras colombianas como las argentinas son propicias á la noble raza del caballo. En ellas, ha dicho Buffón, es donde debe estudiarse al poptro en toda su belleza y libertad, al caballo que, según el mismo naturalista, es la más gloriosa conquista del poder inteligente del hombre. El americano nace contemplando el caballo, y ensaya sus primeras fuerzas manejándole por la brida; en él atraviesa el desierto, vadea los ríos, y sobre sus lomos y ancas conduce á su querida y á sus hijos al poblado ó al nuevo techo que ha construido de totora á la margen de la laguna lejana. El caballo es para el llanero y el gaucho el personaje principal de sus idilios en acción ó de sus

yaravis y cielitos, acompañados de la guitarra. A esta intimidad entre el nobilísimo bruto y el hombre americano atribuimos el acierto con que el traductor bogotano ha interpretado el siguiente pasaje del libro III de las *Geórgicas*.

.....

No menos diligencia
 A la elección de los caballos debes.
 Tú, desde tierna edad á los que fies
 El incremento de la raza, aplica
 Laboriosa atención. El potro nuevo
 De stirpe generosa,
 Gallardo ya campea.
 Y en noble porte y numerosos pasos
 Las blandas coyunturas ejercita:
 Toma la delantera en el camino,
 A la crespa corriente vado tiente,
 A puente ignoto avánzase el primero,
 Ni de estrépitos varos se intimida.
 La cerviz tiene erguida,
 Aguda la cabeza, el vientre breve,
 Grupa redonda, el pecho
 Con músculos soberbios que le abultan.
 Noble es el rucio azul, noble el castaño,
 De blancos y melados desconfío.
 ¡Con qué ingénito brío
 El pisador lozano
 Sale del puesto y sosegar no sabe
 Si armas de lejos resonar ha oído!
 Las orejas aguza, se estremece,
 El encendido aliento
 Por la abierta nariz bramando arroja;

El cabello sacude aborascado,
 Le esparce al diestro lado;
 Y doble mueve la dorsal espina,
 Y recios cascos sobre el suelo asienta
 Que batido á compás hueco retumba.
 Sofrenado de Pólux Amícleo
 Tal Cílaro soberbio braveaba,
 La copia de trotones
 Que Marte unció, tal era; tales fueron,
 Ya de griegos poetas celebrados,
 Los del caro veloz del grande Aquiles;
 Y Saturno agilísimo la hermosa
 Crin derramando sobre el cuello equino,
 Así también, al asomar su esposa,
 Hirió, rápido huyendo,
 El alto Pelion con relincho agudo.

Al que así contemplaste
 Animoso corcel, cuando agobiado
 Por las enfermedades, ó vencido
 Le vieres de la edad, ponle á cubierto,
 Y da á su honrada senitud descanso.
 Para enlaces de Venus
 Frío el caballo viejo, afán estéril
 Apura en ellos, y tal vez se llega
 A la amorosa lid, se enciende en vano,
 Cual sin fuerza en la paja un alto fuego.
 Observa de antemano
 Los bríos y la edad de cada potro,
 Su raza y vocación discierne luego;
 Mira si causa en él y en qué manera,
 La ignominia dolor, celo la gloria.
 ¿No has visto cuando en rápida carrera
 Parten de la barrera
 A cubrir el palenque émulos carros?

Mancebos en la faz muestran bizarros
 El ansia de vencer, mientras el pecho
 La duda palpitante les devora,
 Con retorcido látigo aguijando,
 Tendido el cuerpo van, suelta la brida;
 En férvido volar arden las ruedas;
 Y ora se inclinan, y ora
 Parecen remontarse arrebatados
 En vuelo aéreo á superior esfera.
 No hay descanso, no hay paz. La arena roja
 En nubes se levanta:
 Fogoso al delantero el de atrás moja
 Con la espuma que arroja;
 ¡Tanto es el pundonor, la ambición tanta!

Estos versos, fuerza es confesarlo, no se parecen en nada á los que generalmente nos regala la musa sudamericana, libertina, indómita, sin más consejero que el oído, á veces mal educado y excesivamente democrático en el estilo, en la elocución y en las formas sintáxicas, casi siempre cortadas al talle de la prosa. Si muchos han de saborearlos y deleitarse con ellos, no faltarán quienes los hallen desabridos al paladar, oscuros á la inteligencia y aun ásperos para leídos corrientemente. Pero nosotros, que nos declaramos pertenecer á los primeros, es decir, á los admiradores de la noble versificación del Sr. Caro, entendemos que el verso debe tener también poesía en su estructura, y participar, hasta en la ordenación de las palabras, del juego de la imaginación, que es la primera de las facultades distinti-

vas del poeta. El verso debe pasar por delante de la vista como el diamante bruñido, destellando luz por cada una de sus facetas; ondear como airosa culebra ó como la corriente de las aguas, y sorprender por la novedosa variedad de sus movimientos, para que, como la música á la letra, acompañe armoniosamente los giros originales é inspirados del pensamiento. Desdénase sin razón esta parte material de la versificación, y ni se reflexiona sobre ella, ni se estudian sus condiciones, como si no constituyera parte del arte de escribir en verso, del mismo modo que es en el pintor la distribución de los tonos del colorido, y las gradaciones de la modulación en el músico. Hay idiomas en que la frase en el verso sigue la misma línea recta que en la prosa, y toda la poesía consiste en ellos en el fondo ó en la substancia de la idea, Pero el castellano no es de este número. En la prosa misma es garboso, lujoso, erguido, y exige de quienes lo usen en verso y con intenciones de poetas, que levanten y acentúen esas cualidades, defectos ó virtudes de su índole, según quiera juzgarlos el juicio humano, generalmente vario y voluminoso.

En el caso presente existe una razón más para que los versos que quedan copiados merezcan la aprobación de las personas instruidas y de buen gusto, por cuanto traducen al más encumbrado y más delicadamente noble y pulcro de los poetas latinos, en quien brilla la tersura de la palabra y el pudor de la imagen. Sienta bien á su

intérprete el deyo clásico, la solemnidad antigua, de que tan discretamente hace uso, logrando acercarse, cuanto es posible á un moderno, á semejante original.

.....

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

(*Revista del Rio de la Plata*, número correspondiente al 1.º de Febrero de 1875.)

ENEIDA.

*(Yo aquel que ya con flauta campesina
Libre de afanes modulé canciones,
Y dejando la selva peregrina,
Causa fui que con ricas producciones
Satisficiese la región vecina
De exigente cultor las ambiciones
— Obra grata á la gente labradora —
Los horrores de Marte canto ahora)*

ENEIDA.

LIBRO PRIMERO.

I.

Canto asunto marcial; al héroe canto
Que, de Troya lanzado, á Italia vino;
Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto
De Juno rencorosa y del destino;
Que en guerras luégo padeció quebranto,
Conquistador en el país latino,
Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,
Muro á sus armas, y á sus dioses templo.

II.

De allá trajo su sér el trono albano,
Su nombre el pueblo á quien el orbe admira.
Roma de allá su cetro soberano.....
Mas tú á mi osado verso, Musa, inspira!
Abre de estos sucesos el arcano;
¿Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que á la errante virtud sigue y quebranta?
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

TOMO I.

1

III.

En frente, aunque á distancia, de la riba
Donde el Tibre en el mar su onda derrama,
Tiria de origen, opulenta, altiva,
Alzóse la ciudad que Juno ama.
Más que á Sámos la Diosa vengativa
La amó: Cartago la ciudad se llama:
En ella la armadura pavorosa,
El carro en ella estuvo de la Diosa.

IV.

Y ya anhelaba Juno y pretendia
Hacer del orbe á esta ciudad señora
Si consintiese el hado. Oido habia
Que, corriendo los tiempos, en mal hora
Para alcázares tirios, se alzaría
De troyana raíz, dominadora
Nacion potente, en los combates fiera;
Que así lo urdido por las Parcas era.

V.

Eso la Diosa recelaba; y luégo
De irritantes recuerdos ocupada,
Ella no olvida que á vengar al Griego
Fué la primera en desnudar la espada:
Del troyano pastor el fallo ciego;
Su ofendida beldad, la raza odiada,
El alto honor á Ganimédes hecho,
Memorias son para afligir su pecho.

VI.

Por eso avienta á términos distantes
Del ítalo confin, á los que á vida
Dejó incendio voraz, salvados ántes
Del acero de Aquíles homicida.
Por largos años sobre el ponto errantes,
Cerrando el paso á su virtud sufrida
El hado vengador ¿dónde no asoma?
¡Fué empresa colosal fundar á Roma!

VII.

Haciendo nueva tentativa ahora,
De la orilla zarpando siciliana,
Ya á la vela se daban; ya la prora
Cortando iba veloz la espuma cana.
Mas la llaga cruel que la devora
Guardaba fresca la deidad tirana
En el fondo del alma; y sin testigo
Así comienza á razonar consigo:

VIII.

«¿Y será que vencida retroceda
En la intentada empresa? ¿y que al troyano
Aborrecido príncipe no pueda
Léjos tener del límite italiano?
¿Conque adverso el destino me lo veda?
Pálas un dia, del insulto insano
Tan sólo de Áyax ofendida, airada,
¿No hundió á los Griegos y abrasó su armada?»

IX.

»Ella misma del cerco nebuloso
Vitró de Jove la veloz centella,
Y alteró de los mares el reposo
Y dispersó los navegantes; ella
En torbellino súbito, furioso,
Arrebatando al infeliz, lo estrella,
Cuando áun abierto el pecho llameaba,
Contra un agrio peñon, y allí le clava.

X.

»Y yo, que entre los Números campeo
De los Números todos soberana;
Yo, que los altos títulos poseo
De consorte de Júpiter y hermana,
Ya tantos años há que en lid me empleo
Con solo un pueblo, y mi insistencia es vana!
¿Y habrá de hoy más quien me venere? ¿alguno
Que humilde ofrende en el altar de Juno?»

XI.

Tal medita la Diosa, y sus sollozos
Ahogando en su furor, á Eolia vuela,
Region nublada en lóbregos embozos,
Region que aborta la hórrida procela:
Eolo allí en inmensos calabozos
Las roncas tempestades encarcela
Y los batalladores aquilones,
Y hace pesar su imperio en sus prisiones.

XII

Ellos dentro la hueca pesadumbre
Ruedan bramando, amenazando estrago;
Él, cetro en mano, sobre la alta cumbre,
Resuelve en aire el comprimido amago,
Que si aquella legion de servidumbre
Salir lograse, por el éter vago
La tierra, el mar, el ámbito profundo
Rauda barrera aniquilando el mundo.

XIII.

El alto Jove recelando eso,
Al ejército aéreo abrió esta sima,
Y ahí en tinieblas le envolvió, y el peso
De altísimos collados le echó encima;
Y un rey impuso al elemento opreso
Que con tacto severo, ya reprima,
Ya dé medida libertad. Ahora
Juno ante él llega, y su favor implora:

XIV.

•Éolo, á quien el Rey de cielo y tierra
Calmar concede y sublevar los mares,
Oye: aquel pueblo á quien juré la guerra,
Surca el Tirreno, y sus vencidos lares
Lleva, y su imperio, á Italia. Desencierra,
Éolo, tus alados auxiliares,
Y envíalos con ímpetus violentos
A romper naves y á esparcir fragmentos.

XV.

»Catorce Ninfas sírvenme doncellas,
De hermosura dotadas milagrosa;
La que en encantos sobresa'e entre ellas,
Deyopeya gentil, será tu esposa:
Eternas gozarás sus gracias bellas;
Yo te la doy, porque de prole hermosa
Afortunado fundador te haga;
Y así el favor mi gratitud te paga.»

XVI.

Éolo reverente la responde:
«Reina, escudriña cuanto ansiar pudieres,
Dí cuanto oculta voluntad esconde,
Pues son tus voluntades mis deberes.
De ti no fuesen dádivas, ¿de dónde
Mi cetro, mi privanza, mis poderes?
Tú en las mesas olímpicas me sientas;
Rey por ti soy de rayos y tormentas!»

XVII.

Dice; y la hueca mole con el cuento
Hiere del cetro, y la voltea á un lado;
Y al ver el ancha puerta, cada viento
Quiere salir primero alborotado;
Y Noto á un tiempo, y Euro, y turbulento
Abrego con borrascas, monte y prado
Corren, barren el suelo, al mar se entregan,
Y ondas abultan que la playa anegan.

XVIII.

Y remueven el ponto, el ponto gime;
Y silban cuerdas y la gente clama;
Roba las formas y la luz suprime
La oscuridad que en torno se derrama;
Noche tremenda el horizonte oprime;
El éter cruza intermitente llama;
Truena el polo, y suspenso el navegante
La pompa del terror tiene delante.

XIX.

En este instante de la muerte el hielo
Siente Enéas que embarga sus sentidos,
Y entrambas manos extendiendo al cielo,
Clama con voz ahogada entre gemidos:
«¡Dichosos, ay, los que en el patrio suelo,
Al pié del alto muro, en liza heridos,
A vista de sus padres espiraron,
Y allí cual buenos su mision finaron!

XX.

»¡Oh tú entre aquivos héroes el primero,
Diomédes esforzado! ¿qué ímpia suerte
Me negó bajo el filo de tu acero
En los campos de Troya hallar la muerte?
Do al ímpetu de Aquíles Héctor fiero
Cayó; do el grande Sarpedon; do inerte
Tanto noble adalid, rota armadura,
El Símois vuelca en su corriente oscura!»

XXI.

Cállale aquí borrasca bramadora
Que hosca en las velas da, la onda agiganta;
Quiébranse remos, tuércese la prora,
La onda el costado del bajel quebranta:
Álzase el agua en cimas, y á deshora
Rómpe-se: quién en vago se levanta;
Quién la ola henderse ve que lo encadena,
Y ve el fondo mostrarse, hervir la arena.

XXII.

Noto tres buques á su cargo toma
Y en adustos escollos los estrella
(Cuya espalda á flor de agua inmensa asoma,
Y *ara* el nauta la nombra, y huye de ella).
Sobre otros tres rugiente se desploma
Euro (¡escena de horror!), los atropella,
Y dales, entre puntas destrozados,
Tumba de arena en los hirvientes vados.

XXIII.

Al bajel que á los Licios aportaba,
El mismo en que el leal Oróntes iba,
Súbite hiere en popa una ola brava
Descargada con ímpetu de arriba.
Enéas el embate viendo estaba
Que de un vuelco el piloto al mar derriba;
Tres vueltas da el bajel, la angustia crece,
Y el vórtice lo traga, y desaparece.

XXIV.

Vense dispersos que en lo inmenso nadan;
Maderos y reliquias de combates,
Y troyanas riquezas sobrenadan.
De Ilioneo, aunque fuerte, á los embates
La nave ya, y las de Abas se anonadan,
Del viejo Alétes y el valiente Acátes;
Que, hondas las grietas, desligado el brío,
Abren su seno al elemento impío.

XXV.

En tanto los rumores, los bramidos,
La inmensa agitacion Neptuno siente;
Siente los hondos sótanos movidos,
Y alza alarmado la serena frente
Por cima de las ondas. Esparcidos
Los buques ve de la troyana gente,
Por todas partes maltratada y rota,
Que el cielo la acribilla, el mar la azota.

XXVI.

Ni ya de Juno se ocultó al hermano,
Industrioso el rencor que horrores trama;
Y al punto con acento soberano
Al Céfiro y al Euro á cuentas llama;
«¿Y así,» les dice, «os ciega orgullo vano?
Ya hundís los cielos sin mi vénia, y brama
El agua en cerros que encrespais gigantes;
¡Guay!... Mas el mar apacigüemos ántes.

XXVII.

»;Huid, vientos! ;huid avergonzados;
Ni esperéis de piedad segunda muestra;
Y á vuestro Rey decidle que los hados
No el tridente pusieron en su diestra:
Los reinos de la mar son mis estados!
Riscos él tiene allá, guarida vuestra;
Que respetoso á ajenos elementos,
Reine guardian de encadenados vientos!»

XXVIII.

Dice; nubes disuelve, el sol desnuda,
Y pone en paz las olas que batallan:
Cimotoc y Triton de roca aguda
Los míseros navíos desencallan;
Con su tridente él mismo les ayuda,
Las sirtes abre, y cielos y aguas callan;
Y por cima del mar, que apenas riza,
En levísimo carro se desliza.

XXIX.

¿Quién vió tal vez con la rabiosa ira
Que la plebe en motin ruge y revienta?
Teas, guijarros por el aire tira;
La fuerza del enojo armas inventa:
Mas si á un prócer piadoso alzarse mira,
Se contiene, se acalla, escucha atenta;
Sola esa voz los ánimos ablanda,
Lleva la paz, y la obediencia manda.

XXX.

Neptuno así de una mirada enfrena
Del piélago insolente los furoros,
Y gira por la atmósfera serena
Dóciles sus caballos voladores.
Entre tanto, de la áspera faena
Cansados los troyanos viadores,
A las vecinas, líbicas orillas
Vuelven prudentes las cascadas quillas.

XXXI.

Vese allí en una cómoda ensenada
Formando puerto, una isla: á sus costados
Del piélago se rompe la oleada.
Y rota, entra á morir por ambos lados.
Guardando opuestos émulos la entrada,
Dos peñones, remate de collados,
Torvos se empinan: plácidas, á solas,
Tiéndense al pié las sombreadas olas.

XXXII.

Luégo, al entrar, divísase eminente,
Del sol quebrando el trémulo destello,
Hórrido bosque, y negro, y grande; en frente
Cóncava peña cierra un antro bello.
Y allí hay bancos de piedra; allí una fuente
De agua dulce; es de Ninfas gruta aquello!
No aquí el cansado esquieta la amarra;
No del áncora el garfio el fondo agarra.

XXXIII.

Saca Enéas, en suma, á salvamento
Siete naves. La gente, que desea
De la tierra el materno acogimiento,
Salta al césped que el céfiro recrea,
Y allí á los miembros húmidos da asiento.
Acátes hiere el pedernal; chispea;
Hoja menuda allega, adusta rama,
Y, el fómes atizando, arde la llama.

XXXIV.

Mojados sacan las cansadas manos
El dón de Céres y su tren; y aprestán
Piedras allí para moler los granos
Que en seco extienden y que al fuego tuestan.
Sube Enéas á un pico, y los lejanos
Horizontes registra, por si enhiestan
Las popas de Caico allá su arreo,
Ó bien sus velas el bajel de Anteo;

XXXV.

Ó yaá remo avanzando los navíos
Frigios parecen, ó el de Cápis. Nada
Por los ecuóreos límites vacíos
Descubre á su esperanza su mirada.
Mas tres ciervos divisa que baldíos
Recorren la ribera: la manada,
Al sabroso pacer vagando atenta,
Por acá y por allá los sigue lenta.

XXXVI.

El arco y leves flechas, al instante,
 Armas del fiel Acátes, arrebatada
 Enéas; y á los tres que van delante
 Con orgullosa cornamenta, mata;
 A tiros luégo el escuadron restante
 Entre el frondoso bosque desbarata;
 Ni desiste hasta ver de los venados
 Siete grandes por tierra derribados.

XXXVII.

Así el número iguala al de bajeles;
 Al puerto vuelve, do el botin divide
 Entre sus tristes compañeros fieles;
 Y con vino, de aquél que á su partida
 De las riberas sículas, toneles
 Bondoso Acétes les hinchió, convida;
 Y cura consolar los corazones
 El obsequio apoyando con razones:

XXXVIII.

«¡Antiguos compañeros! sabedores
 —Ántes de ahora de aventuras tales:
 Ya visteis acabar otros mayo es,
 Dios dará fin á los presentes males.
 De Scila atroz escollos ladradores:
 De impios Ciclopes playas funerales:
 ¿Qué no habeis arrastrado? Alzad la frente,
 Y ahogue su pena el corazon valiente!

XXXIX.

»Desgracias de hoy, mañana son memorias
Que despiertan secretas simpatías:
Senda de rudas pruebas transitorias
Nos lleva al Lacio y sus riberas pias:
Renacerán nuestras antiguas glorias;
Sufrid, guardáos para mejores dias!»
Dice; rie esperanzas, y hondamente
Sella el fiero dolor que el alma siente.

XL.

Presta la gente á aderezar la caza
Pielas arranca, entrañas desaloja;
Quién la carne, que á miembros apedaza,
Fija en el asador, tremente y roja;
Quién da en la orilla á las calderas plaza,
Y fuego allega; y ya en el musgo y hoja
Cobran tendidos el vigor postrado
Con vino añejo y nutridor bocado.

XLI.

Calla el hambre; y locuaz la fantasía
Recuerda á los ausentes: teme; alienta;
Y ya salvos, ya en la última agonía,
Ya sordos al clamor los representa.
Consigo Enéas, de la suerte impía
Del animoso Oróntes se lamenta,
Y de Amico, y de Licio, y de héroe tanto;
Del grande Gias y del gran Cloanto.

XLII.

Tarde era ya, cuando del alto cielo
Oteando el olímpico monarca,
Tierras y costas, el tendido suelo,
Y el mar de velas erizado, abarca
De una mirada, que con vivo anhelo
Fijó, en fin, en la líbica comarca;
Y, los ojos brillando humedecidos,
Vénus así le hablaba con gemidos:

XLIII.

«Padre y señor de dioses y mortales;
Rey, cuyo brazo con el rayo aterra!
¡Oh! mira al hado, tras acerbos males,
Cuál á mi Enéas y á los Teucros cierra,
No del país que guarda, los umbrales,
Mas los ángulos todos de la tierra!
Para sufrir contrariedad tan fuerte,
¿Con qué crimen pudieron ofenderte?

XLIV.

»Tú prometiste que de aquí, algún día—
¿Lo recuerdas?—de *aquí*, de la troyana
Estirpe restaurada, se alzaría
Reina del mundo la nación romana.
¿Qué nuevo plan la ejecución desvía?
Yo usaba con las dichas del mañana,
Del ayer y sus ruinas consolarme;
Mas ¿vemos hoy que el hado se desarme?

XLV.

»No; que se ensaña cada vez más crudo!
¿Término á tanto mal darás al cabo,
Grande y buen rey? Con invisible escudo,
Del Adria entrando por el golfo bravo,
Al riñon mismo de Liburnia pudo
Anténor penetrar, y del Timavo
Las cabezas venció; de argiva hueste
Salvado en ántes por favor celeste.

XLVI.

»Y en aquella region donde desata,
Los cerros atronando, mar rugiente
Por siete bocas su raudal de plata,
Y los campos inunda en su corriente,
Allí á Padua fundó: morada grata
En ella, y patrio nombre dió á su gente,
Y de Troya las armas; y tranquilo
Bajó á dormir en sepulcral asilo.

XLVII.

»¿Y á nosotros, tus hijos, á quien silla
Previenes celestial, se nos traiciona?
¿Y anegadas las naves, ¡oh mancilla!
Porque de *álguien* el odio lo ambiciona,
Tocar nos vedas la latina orilla?
¿Así nos vuelves la imperial corona?
¿O premio es éste de virtudes digno?»
Oyóla el Padre, y sonrió benigno;

XLVIII.

Y con la faz la besa con que el cielo
 Serenar suele en tempestad oscura;
 Y «Calma,» dice, «Citerea, el duelo;
 De los tuyos el hado eterno dura.
 Verás alzarse á coronar tu anhelo
 La ciudad de Lavinio: á etérea altura
 Tu heroico Enéas subirás un día;—
 Ni nuevo plan la ejecucion desvía.

XLIX.

»Él (pues voy á tu pecho, áun mal seguro,
 A revelar recónditos arcanos)
 Él hará guerra larga; el cuello duro
 Domará de los pueblos italianos;
 Dará á los suyos circundante muro,
 Y fundará costumbres. Tres veranos
 Contará de los Rútulos triunfante;
 Y tres inviernos le verán reinante.

L.

»Y su hijo Ascanio, que festivo y tierno
 Con renombre de Yulo se engalana,
 (Ilo nombróse en el solar paterno
 Cuando alzaba Ilion la frente ufana),
 Treinta años llenará con su gobierno
 Mes á mes; y la sede soberana
 Mudando de Lavinio, hará á Alba Longa
 Robusta en fuerzas que al asalto oponga.

LI.

»De manos de la hectórea dinastía
No habrá en tres siglos quien el cetro aparte:
Ilia, real sacerdotisa, un día
Hijos gemelos parirá de Marte:
Con la piel de la loba que los cria
Ya al mayor miro ufano; baluarte
Alzará eterno, y porque al mundo asombre,
Rómulo á su nacion dará su nombre.

LII.

»Y término, ni linde, ni parada
Fijo al poder de Roma: eterno sea!
Juno misma, que alarma exasperada
Cuanto baña la mar y el sol rodea;
Con nuevo acuerdo, á la nacion togada
Que al mundo, acerca el hado, señorea,
Vendrá por fin en proteger conmigo;
Y así se cumplirá cual yo lo digo.

LIII.

»Y siglo traerá el tiempo en que cadenas
Dé la casa de Asáraco á la argiva;
A Ptia vencerá; verá á Micénas,
Si ántes gloriosa, ya á sus piés cautiva.
Tan noble sangre llevará en las venas
Julio—por nombre que de atras deriva;
César—con gloria que hasta el cielo alcanza
Él, cuyo imperio sobre el mar se avanza.

LIV.

»Y tú, segura de contrario insulto,
Cargado con despojos de Oriente
Le cogerás en el Olimpo; y culto
Le dará el hombre en votos afluyente.
Y, sosegado el militar tumulto,
La férrea edad se tornará clemente:
Fe anciana reinará y amor divino,
Y en union fraternal Remo y Quirino.

LV.

»Y por fin con estrechas cerraduras
Y de hierro cargadas, de la Guerra
Cegadas quedarán las puertas duras:
El malvado Furor, que allí se encierra,
Sentado sobre rotas armaduras,
Con las manos atrás, que el bronce aferra
De cien cadenas, lanzará bramidos,
Los dientes rechinando enrojecidos.»

LVI.

Dice, y al punto del Olimpo envía
Al alígero dios hijo de Maya,
Que á allanar á los náufragos la vía
Y el muro de Cartago á abrirles vaya;
Pues de Dido recela, que podría
Alejarlos tal vez de aquella playa
Si los altos designios ignorase.
Oyele el nuncio, y por el éter vase.

LVII.

Y la pluma batiendo fugitiva
En la region inmensa, por do hiende,
Presto á las costas líbicas arriba,
Y á cumplir el mandato sólo atiende:
Y ya los Penos su rudez nativa,
Por él, remiten; y ante todo enciende
En Dido un vago y tierno sentimiento,
Prenda de hospitalario acogimiento.

LVIII.

Enéas, que la noche pasó entera
Cavilando, aún no bien la luz celeste
Mira nacer al mundo placentera,
Ya ansioso sale á ver qué clima es éste
Do el viento le ha arrojado: si hombre ó fiera
Habita en él, segun le ve de agreste:
Todo saberlo, averiguarlo intenta,
Y á los suyos tornar á darles cuenta.

LIX.

La flota deja so el peñon antiguo
Que las aguas socavan sin estruendo,
Y de las corvas selvas al abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo:
Sólo á Acátes llevándose consigo,
Cada cual ancha pica entra blandiendo:
Ya en medio el bosque, Vénus de sorpresa
Vestida de espartana se atraviesa.

LX.

Por su aire y armas lo parece; ó nueva
Harpálice gentil, que de vencida
A sus caballos en su esfuerzo lleva
Y al Euro alado en su veloz corrida:
Cual puesto al hombro á cazadores prueba,
Cuelga el arco; el cabello al aura olvida;
Y deja la rodilla ver desnuda
Do undosos pliegues lazo breve anuda.

LXI.

«¡Hola! mancebos,» díceles la Diosa:
«¿A una de mis hermanas por ventura
Visto habeis por ahí, que vagarosa
Lleva aljaba, y pintada vestidura
De piel de lince? ó que tal vez acosa
A un jabalí soberbio en la espesura
Con agudo clamor?» Tal Vénus dijo;
Y de Vénus así respondió el hijo:

LXII.

«En verdad no hemos visto aquella hermana
Tuya, á quien buscas, ni sabemos de ella.
Mas ¿cuál te nombraré? nos es cosa humana
Lo que suena tu voz, tu faz destella.
¿Eres alguna Ninfa? ¿eres Diana?
Yo diosa te presumo, y fausta estrella,
Quienquier fueres, mi labio te saluda:
¡Oh! da propicia á náufragos tu ayuda!

LXIII.

»Y por piedad, qué clima es éste, dínos,
Ó qué zona del mundo, qué campaña;
Que sin saber ni gentes ni caminos,
Vamos perdidos en region extraña
A donde, infortunados peregrinos,
De olas y vientos nos lanzó la saña;
Y, grata á recibidos beneficios,
Mi mano hará en tus aras sacrificios.»

LXIV

«No merezco ese honor,» Vénus contesta:
«Siempre de Tirias fué, si os maravilla,
De aljaba ornadas vaguear, cual ésta,
Con borceguí purpúreo á la rodilla.
Púnico imperio aquí se os manifiesta,
Pueblos fenicios, de Agenor la villa;
Empero, esta region parte fronteras
Con las tribus del Africa altaneras.

LXV.

»De Tiro vino huyendo del hermano,
La que reina hoy aquí, por nombre Dido.—
El largo drama á desflorar me allano:—
Esta tuvo á Siqueo por marido,
Rico en tierras cual no otro comarcano;
Con vivo amor de la infeliz querido;
A quien, bella con gracias virginales,
La unió el padre en primeros esponsales.

LXVI.

»Su hermano en Tiro entónces dominaba,
Pigmalion, el más feroz malvado:
Enemistad entre los dos se traba,
Y él á Siqueo, ante el altar sagrado,
Sacrílego y traidor á hierro acaba,
Y tambien de codicia estimulado;
Y á la sencilla enamorada hermana
Oculto el crimen de su diestra insana.

LXVII.

»Y con ficciones la entretiene en duda,
Y su amor de esperanzas alimenta;
Cuando en sueños por fin á la viuda
De Siqueo insepulto se presenta
La sombra misma, alzando la faz muda
Con tétrico misterio macilenta;
Y el ara le señala enrojecida,
El pecho abierto y la profunda herida.

LXVIII.

»Y el arcano espantoso que contrista
Y un rincon recataba, muestra entero;
Y la excita á buscar con planta lista
Más humano país, clima extranjero:
Para ayuda de viaje, abre á su vista
En sótano ignorado, de dinero
Antiguo y vasto acopio. Conmovida
Dido despierta á apercibir la huida.

LXIX.

»Busca auxiliares; llegan á porfía
 Quiénes que temen del cruel tirano,
 Quiénes que odian la infame tiranía;
 Apañan, cargan de oro las que á mano
 Naves dispuestas por ventura habia;
 Y ya cruza los campos de Oceano
 De Pigmalion avaro la riqueza;
 Y una débil mujer va á la cabeza.

LXX.

»Y aquí al sitio pararon do ahora vese
 Muralla colosal; do se levanta
 La fortaleza de Cartago: en ese
 Sitio compraron tanta tierra cuanta
 La piel de un buey en derredor cogiese;—
 De *Brisa* el nombre la aventura canta.—
 Mas ¿quiénes sois? ¿de dónde vuestra flota.
 Ó á dónde encaminaba la derrota?»

LXXI.

Enéas respondiéndola, doliente
 La voz arranca, y con suspiro dice:
 «¡Diosa! si de su origen al presente
 La serie de mis lances infelice
 Narro á tu corazon condescendiente,
 Primero que mi labio finalice,
 Su luz robando al mundo y su alegría
 Habrá su giro completado el dia.

LXXII.

»De Troya procedentes (si ya sabes
Lo que fué un tiempo la ciudad que digo),
Tras largas vueltas y fatigas graves
Golpe de airados vientos enemigo
Lanzó sobre estas costas nuestras naves.
Yo soy el pio Enéas, que conmigo
Voy llevando doquier, del mar por medio,
Dioses salvados de voraz asedio.

LXXIII.

»Enéas, en las célicas esferas
Famoso ya; que por el mundo ando
De la Italia por patria, las riberas,
Y el linaje de Júpiter buscando:
Confíe al frigio mar veinte galeras,
El camino mi madre señalando,
Yo su enseñanza celestial siguiendo;
¿Qué hallámos? bravo mar y Euro tremendo.

LXXIV.

»Y hé aquí con siete buques mal librados,
Llego al cabo, ignorado, desvalido,
Del África á correr los despoblados,
Ya del Asia y Europa repelido!»...
Mas aquí, con afectos reavivados,
Vénus interrumpióle en su gemido:
«Tú, quienquier seas, que á Cartago vienes,
Las simpatías de los Dioses tienes.

LXXV.

»Ellos dan que los hálitos vitales
Respires para bien: feliz sendero
De la reina te lleva á los umbrales:
Vendrán á puerto nave y marinero,
Vuelos en su favor los vendavales;
Y si no falta el arte del agüero
En que hubieron mis padres de instruirme,
No dudes tú lo que mi labio afirme.

LXXVI.

»Vé esos cisnes, en número de doce,
Del éter, donde Júpiter la asila,
A darles caza el águila veloce
Se lanzó por la atmósfera tranquila:
De alegre libertad vueltos al goce,
Míralos descender en larga fila;
Ya del campo se adueñan los primeros,
Ya á flor de tierra asoman los postreros.

LXXVII.

»Cual el cielo cubrieron en bandada,
Y baten ora las festivas aves
La ala ruidosa, y cantan su llegada;
Tal la flor de los tuyos, tal tus naves
O entran al puerto, ó llegan ya á la entrada
Con vela abierta y céfiros süaves.
Tú sigue en tanto; y por do aquesta via
Conduciéndote va, los pasos guia.»

LXXVIII.

Tal Vénus dice; y vuélvese, y el cuello
Con el matiz le brilla de la rosa;
Y partiéndose en ondas, el cabello
Mana esencia de cielo deliciosa:
Cae la veste á los piés, sublime sello;
Y, andando, ser mostró de véras diosa.
El héroe, al descubrir su madre en ella,
Clamando sigue la fugace huella:

LXXIX.

«¿Y así burlado una vez más me dejas,
¡Oh madre mia! con falaz semblanza,
Tú tambien, tú cruel? ¿Y así te alejas
Sin que hablemos con dulce confianza
Ni estrechemos las manos?» Tal sus quejas
Al aire da, y á la ciudad se avanza;
Y ella, esparciendo opaca niebla en tanto,
Los ciñe en torno de nubloso manto.

LXXX.

Y así los cubre porque nadie pueda
Ni verlos ni ofenderlos en mal hora,
Ni curioso se cruce en la vereda
Con sus preguntas á tejer demora;
Y por los aires se remonta, y leda
Vuela al templo de Páfos, donde mora,
Do aras ciento en su honor mezclan olores
De arabio incienso ardiente y tiernas flores.

LXXXI.

Ellos con planta intríncanse ligera
Por do advierte la senda, y la colina
Coronan ya, que á la ciudad frontera,
De lleno allá sus cúpulas domina.
Enéas con asombro considera
La fábrica estupenda y peregrina
Do un tiempo fueron chozas; y suspenso,
Puertas ve, y calles, y el bullicio inmenso.

LXXXII.

No descansan los Tirios: ó se empleen
En alzar el alcázar y dirijan
El giro á la muralla, y acarreen
Gruesos cantos á empuje; ó puesto elijan
Para casa, y con zanja le rodeen:
Sobre traza soberbia sitio fijan
Propio al legislador, al magistrado,
Y al augusto recinto del Senado.

LXXXIII.

Quiénes, formando un muelle, cavan fosas;
Quiénes, para un teatro, anchos solados
Extienden, y columnas prodigiosas
Cortan, adorno á escénicos tablados.
Tales, en suma, suelen oficiosas
Ir las abejas por floridos prados
Cuando sacan al sol adultas crias
De estacion bella en los primeros dias;

LXXXIV.

Tales la miel fabrican rica; y llena
Las celdillas al cabo el néctar blando;
Y ya salen de paz, la carga ajena
A recibir ufanas; ya cerrando
En trabado escuadron, de la colmena
Los zánganos alejan, torpe bando:
Con afan vario la labor se enciende,
Y á tomillo vivaz la miel trasciende.

LXXXV.

«¡Qué gran dicha á unos hombres se depara
Que alzarse ven el suspirado muro!»
Dice Enéas á tiempo que repara
En las altas techumbres; y seguro,
Gracias, ¡oh maravilla! á que la ampara
Contino en derredor celaje oscuro,
Entra por la ciudad con paso listo;
Anda entre todos, y de nadie es visto.

LXXXVI.

Antiguo bosque de frescor ameno
Habia en medio á la imperial Cartago:
Lanzados ya los Tirios á su seno
De ondas y vientos por furioso amago,
Hallaron en las capas del terreno
De un corcel la cabeza, don presago
Que allí Juno les puso de victoria,
Prenda de salvacion, señal de gloria.

LXXXVII.

Grata la Reina á auxilios singulares,
Alzaba allí á la Diosa un templo extenso,
Que á la vez ilustraba sus altares
Con favor sacro y con devoto incienso:
Escalonado el atrio entre pilares
Y traves bronceadas, daba ascenso
A la alta puerta de metal bruñido
Que el quicio oprime, y gira con rüido.

LXXXVIII.

En este bosque el héroe al pecho laso
Halló aliento, á sus penas lenitivo,
Y alta lección de que en adverso caso
Hay siempre de esperanza algun motivo;
Pues, ya en el templo suntuoso, al paso
Que todo lo registra pensativo,
Y aguardando á la Reina, allá en su mente
Mide el poder de la ciudad naciente;

LXXXIX.

Miéntas nota á un plan mismo convertidas
Manos de artistas y el primor del arte,
Por órden halla en cuadros repartidas
Leyendas de Ilion, lances de Marte,
Que al orbe ocupan ya. Ve á los Atridas,
Ve á Príamo, é igual á cada parte
Aquíles en los rayos de su ira;
Párase aquí, y con lágrimas suspira:

XC.

«¡Acátes! ¿qué region, de nuestra fama
No hay ya en el mundo, ó nuestros hechos, llena?
Mira á Príamo: aquí la gloria llama
Al que allá injusta adversidad condena:
El sentimiento aquí llantos derrama,
Y aquí se siente en la desgracia ajena!
Animo, pues; nuestro renombre claro
Presta esperanzas de feliz reparo.»

CI

Dice, y con mil recuerdos embebec
En la inerte pintura los sentidos,
Y mudo llanto el rostro le humedece;
Que en ella, muro afuera, en lid tejidos,
Ya la troyana juventud parece,
Que á los Griegos acosa espavoridos;
Ya á los Frigios, Aquíles, que bizarro
Con plumaje gentil vuela en su carro.

XCII.

Reconoce con lágrimas, tras eso,
Las tiendas, con sus lonas cual de nieve,
Que Diomédes taló, vendido Reso
Del primer sueño en el regazo aleve:
Allí el cruel en sanguinario exceso
Huelga; y medroso de que alguno pruebe
Pastos de Troya ó en el Janto beba,
Los caballos indómitos se lleva.

XCIII.

Tróilo en pos viene: juvenil locura
Ha hecho que fuerzas inferiores mida
Con Aquíles: perdida la armadura,
Derribado de espaldas, de la brida
Traba, que al vacuo carro le asegura:
Tiran los potros en veloz corrida;
Arrastra el cuello y cabellera suelta,
Y el polvo fácil marca el asta vuelta.

XCIV.

Más allá al templo de Minerva, en tanto,
Teucas matronas á ofrecerle llegan,
Por vencer su rigor, un regio manto:
El tendido cabello al aire entregan;
Hieren el seno en muestra de quebranto
Las palmas; los humildes ojos ruegan:
Sorda la Diosa á la oracion prolija,
Torvas miradas en el suelo fija.

XCV.

Enéas adelante á Aquíles halla
Volviendo, á trueco de oro, el insepulto
Cadáver que en redor de la muralla
Tres veces arrastró con fiero insulto:
Hondo gemido de su pecho estalla
El muerto amigo viendo allí de bulto,
Y el carro vencedor y los despojos,
E inerme suplicando el Rey de hinojos.

XCVI.

Él mismo en noble puesto allá campea
Par del negro Memnon, que con su banda
De Oriente, cierra. Al fin Pentesilea
Las huestes amazónicas comanda
De corvo escudo: el cingulo rodea
Aureo so el pecho descubierto; y anda
Furiosa entre los gruesos escuadrones,
Y hembra y todo, armas hace con varones.

XCVII.

Miéntras con viva admiracion encuentra
Tales cuadros el héroe, y cada asunto
Le detiene, y la vista reconcentra
Luégo y la admiracion toda en un punto;
Dido, la hermosa Dido al templo entra,
La cual doquiera penetrando, junto
Con damas de copiosa comitiva,
La labor colosal risueña activa.

XCVIII.

Tal del Eurótas por la vega umbría
Ó ya del Cinto por el halda amena,
Gentil Diana leves coros guia
Y la aljaba pendiente al hombro suena;
Ninfas en torno agrúpanse á porfía,
Y á todas ella en majestad serena
Se aventaja al andar: delicia vaga
El seno de Latona oculta halaga.

XCIX.

Ya á las puertas la Reina se presenta
De do la Diosa estableció mo ada,
Y en el trono magnífico se asienta
Que el ámbito promedia de la arcada:
Rodéanla sus guardias: ella, atenta,
En dar la ley y hacer la paz se agrada;
Y ya á cada uno igual la carga mide,
Ya, echando suertes, la labor divide.

C.

Mas entre inmensa multitud, que en esto
Ansiosa al paso acude, al templo santo
Ha columbrado Eneas que Sergesto
Y Anteo viene, con el gran Cloanto,
Y otros que oscuro el Ábrego interpuesto
Lanzó á playas distintas. Con espanto
Entremezclado de alborozo vivo,
Ven los dos del embozo el fausto arribo.

CI.

Y aunque las manos estrechar anhelan,
Mas lo raro del caso los detiene,
Y en la cóncava nube se cautelan,
Do á los que llegan atender conviene,
Que dó surgieron digan, ó qué apelan,
Pues embajada forman en que viene
De cada nave un noble personaje,
Y audiencia al paso claman y hospedaje.

CII.

Como entraron, y el real asentimiento
Logrado hubieron de que alguno hable,
«¡Salve, oh Reina!» empezó con grave acento
Ilioneo, entre todos venerable:
«Tú, á quien fundar concede ilustre asiento
Jove, y justa regir gente intratable,
Hijos de Troya ves, ya há largos años
Agitados en piélagos extraños.

CIII.

»Hoy de incendio amenaza gente osada
Nuestros bajeles: tu poder lo impida!
De un pueblo religioso te apiada
Que con su historia tu amistad convida!
No á hacer riza venimos por la espada
En comarca á tu imperio sometida,
No á la costa á volver con rica presa;
Ni es de vencidos tan soberbia empresa.

CIV.

»Hay de antiguo un país, con apellido
De Hesperia por los Griegos señalado,
Pueblo en trances de guerra asaz temido,
Tierra asaz grata á la labor de arado:
Fué primero de Enotrios poseido;
Y hora Italia se nombra, por dictado
De famoso caudillo procedente,
Si ya constante tradicion no miente.

CV.

»Bogaban para allá nuestros navíos
Cuando Oríon, que cóleras desata,
Surge infausto del mar, y entre bajíos
Con subitáneo golpe nos maltrata;
Y servido á placer de austros impíos,
Entre espuma y fragor nos arrebatá
Por todo el mar. Muy pocos, cuasi á nado
Habemos á tus costas arribado.

CVI.

»Mas ¿qué raza cruel, señora, es ésta?
¿No rige ley que su barbarie elida?
Que áun no bien nos divisa, á lid dispuesta,
Conjúrase á estorbarnos la acogida
Que á náufrago infeliz la arena presta.
Oh! si á hombre no temeis que cuenta os pida,
Que hay Dioses recordad que nunca mueren,
Y premian la virtud y al crimen hieren!

CVII.

»Rey nuestro fué, de príncipes modelo,
Enéas, que otro igual no vió la tierra,
Quiere en la paz por su piadoso celo,
Quiere por su brazo poderoso en guerra.
Que si áun aura vital le otorga el Cielo,
Si hado adusto en tinieblas no le encierra,
Acabóse el temor, y á ti en agrado
Vendrá, fío, el favor anticipado.

CVIII.

»Mas oye: en la poblada, en la guerrera
Comarca siciliana poseemos
De Acéstes el favor, que en ella impera.
Y troyana es su sangre. Que arrimemos
Nuestros restos, consiente, á la ribera,
Y en tus bosques cortar tablaje y remos,
Y á Italia iremos, nuestro Rey al frente,
Si salva el hado vuelve nuestra gente.

CIX.

»Mas si ya feneció nuestra ventura;
Si ya, ¡oh amado Rey de los Troyanos!
Te dan líbicas olas sepultura,
Ni á Ascanio logran nuestros votos vanos;
Buscaremos siquier mansion segura
Navegando á los términos sicanos,
De do ya nuestra flota el vuelo alzara,
Que allí Acéstes bondoso nos ampara.»

CX.

Dice, y todos barbotan de consuno
Oscura frase que el asenso explica;
Y con modestia y dignidad en uno
La culta Reina al orador replica:
«¡Troyanos! desterrad el que importuno
Vago recelo el alma os mortifica:
Mis fronteras guardar por fuerza debo;
Dura es mi situacion, y el reino es nuevo.

CXI.

»Mas ¿quién no sabe á Troya y sus varones?
 No de tantas virtudes el tesoro,
 Los nombres de tan nobles campeones,
 Ni ya esa guerra gigantesca ignoro:
 No solemos los Penos corazones
 Tan incultos llevar; ni al carro *de* oro
 Sus caballos el Sol tan léjos ata
 De una ciudad que vuestra gloria acata.

CXII.

»Quier vuestro anhelo la region *preti*era
 De Hesperia, y campos que Saturno escuda;
 Quier la de Érice os llame lisonjera,
 A do el favor de Acétes os acuda;
 Doquiera ir presumais, ireis doquiera
 Seguros con mi amparo y con mi ayuda.
 ¿O hacer mansion conmigo os acomoda?
 Esta ciudad que fundo, es vuestra toda.

CXIII.

»Meted la flota: un mismo tratamiento
 Tendrá el Teucro en Cartago y el de Tiro.
 Y ¡oh si arribase con el propio viento
 El héroe que nombró vuestro suspiro!
 Pues yo daré á emisarios mandamiento
 Que exploren la comarca en largo giro,
 Por si, náufrago Enéas, mueve acaso,
 Ó en selva ó en poblado, incierto el paso.»

CXIV.

De la arenga tocados, rato habia
Los de la nube ansiaban salir fuera;
Y, á Enéas vuelto, Acátes le decia:
«Falta el que hundirse viste en la onda fiera;
Cúmplese en lo demas la profecía,
Hijo de Vénus, que tu madre hiciera:
¿Qué aguardas?» Suelta en esto se evapora
La opaca nube en la aura brilladora.

CXV.

Y el héroe apareció, de luz cercado,
A un Dios en aire y en miembros semejante;
Pues le habia su madre aderezado
La copia de cabellos arrogante;
Bañó sus ojos de inefable agrado,
Y dió luz rósea al juvenil semblante,
Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario
Ó argento engasta en oro el lapidario.

CXVI.

«Ved salvo al que buscais; yo soy Enéas!»
Dice; y á Dido se convierte luégo:
«Tú, sensible mujer, dichosa seas,
Sensible á nuestra historia, á nuestro ruego;
Que reino y casa á náufragos franqueas,
De la espada reliquias y del fuego,
Juguetes de la mar, de la fortuna,
Ya sin arrimo ni esperanza alguna!

CXVII.

»Señora, á tu largueza, á tu hidalguía
 Corresponder nosotros mal podremos,
 Ni cuantos restos de la patria mia
 Errantes van del orbe en los extremos.
 Mas si hay Dioses que ven con simpatía
 La virtud; si áun justicia conocemos;
 Si el tribunal de la conciencia es algo,
 El Cielo premiará tu porte hidalgo!

CXVIII.

»¡Oh feliz hora en que la luz primera
 Viste del cielo! ¡oh ilustres genitores!
 Miéntas amen del monte la ladera
 Las sombras; miéntas corran bramadores
 Los rios á la mar; miéntas la esfera
 Alimente sus trémulos fulgores,
 Durará tu alabanza y tu memoria:
 Doquier yo aliente, vivirá tu gloria.»

CXIX.

Dice; y adelantándose del puesto
 Las manos da regocijado: en tanto
 Que una ofrece á Ilioneo, otra á Seresto,
 Y al gran Gias de ahí, y al gran Cloanto,
 Y á todos á la vez. Dido de presto
 Enmudeció de admiracion y encanto:
 Al presentarse el héroe, con su brillo;
 Luégo, al abrir los labios, con oillo.

CXX.

Recobrada, expresó razones tales:
«¡Oh! ¿qué impía mano perseguirte osa
Al traves de contrarios temporales?
¿Quién, ilustre mortal, hijo de Diosa,
Á estas playas te impele inhospitales?
¿No eres tú á quien de Anquíses Cipria hermosa,
Del frigio Símois en el valle ameno,
Concibió grata en su amoroso seno?

CXXI.

»Recuerdo á Teucro, que en Sidon venido,
Trocaba con destierro el patrio clima,
Ya de mi padre Belo protegido,
Que imperaba triunfante en Chipre opima.
Troya y Grecia de entónces en mi oído
Sonaron con tu nombre. En alta estima
El tenía á los tuyos, si contrario,
Y áun de Troya alabóse originario.

CXXII.

»¡Mas venid luégo á mi real morada,
Mancebos! Cual vosotros combatida
De ruda suerte y vária, al fin cansada,
Donde agora os la doy, logré acogida
De mis propias desgracias enseñada
Miro por los que sufren condolida.»
Dice; y honrando á la Piedad divina,
Con el héroe á palacio se encamina.

CXXIII.

Y pródigo tendiendo el pensamiento
 Á los que quedan en la playa, envía
 Veinte toros allá, por bastimento,
 Cien gruesos cuerpos de cerdosa cria,
 Y cien ovejas y corderos ciento;
 Y el dón de alegre Dios, por granjería;
 En tanto que el palacio se adereza
 Con vario alarde de imperial riqueza.

CXXIV.

Ya en el seno interior del edificio
 Previénese el opíparo convite:
 Lucen vestes, do el clásico artificio
 Con la soberbia púrpura compite;
 Brilla de p'ata sólido servicio,
 Y copas de oro, do el buril repite
 Desde era inmemorial las patrias glorias,
 Y los Reyes en serie, y sus historias.

CXXV.

En este medio Enéas (no tolera
 Amor, pecho de padre sosegado)
 A Acates manda que en veloz carrera
 Lleve á Ascanio el obsequio, y á su lado
 Venga Ascanio;— que Ascanio cobra entera
 La ternura del padre y su cuidado,—
 Y traiga cuanta rica prenda y joya
 A los escombros se arrancó de Troya.

CXXVI.

Acuérdale la veste de oro llena,
Con sólidas figuras y labores,
Y el rico velo de la argiva Elena
Que de amarillo acanto esmaltan flores;
El mismo que ella, de rubor ajena,
Volando en pos de ilícitos amores,
Dón de Leda su madre peregrino,
Trujo de Grecia cuando á Troya vino.

CXXVII.

Reliquias con que á par venir dispone
El noble cetro que regir solia,
Hija mayor de Príamo, Ilione,
Y el collar de menuda pedrería,
Y el diadema do el oro se compone
Con finas perlas en igual porfía.
Acátes, que cumplir el cargo anhela,
Camino de las naves corre, vuela.

CXXVIII.

Nuevas trazas en tanto Citerea,
Nueva industria medita: que Cupido
Tome de Ascanio la figura, idea,
Y que, atenta al obsequio, obsequie á Dido;
Con que tocada de un incendio sea
Que el corazon le invada inadvertido;
Ca ese mixto hospedaje bajo un techo
Teme, y dos amistades en un pecho.

CXXIX.

Y, á su idea presente sin desvío
Juno cruel que la robara el sueño,
«Tú á quien debo mi fuerza y señorío,»
Dice, humilde apelando á Amor risueño:
«Tú, el único que ves, dulce hijo mio,
Libre y seguro de mi Padre el ceño
Que de Titanes quebrantó el arrojó!
Merced vengo á pedir, y á tí me acojo.

CXXX.

»Enéas sabes tú cuánto ha sufrido;
Cuál Juno en oprimirle atroz persiste,
De todo viento en todo mar barrido;
Que aún de él conmigo hermano te doliste:
Huésped agora la sidonia Dido
Con regio halago liberal le asiste;
Mas temo que á inclinarse en contra empiece
Hospedaje que á Juno á par se ofrece.

CXXXI.

»Que no su odiosidad terná arrendada
En tan ardua ocasion. Y así primero
Poner de Dido al corazon celada
Y de mi llama rodealle quiero;
Porque otra inspiracion no la disuada,
Y, con afecto al cabo verdadero
Asida á Enéas, de mi lado quede:
Oye cuál finjo que lograrse puede.

CXXXII.

«El infante real la voz de Enéas
Va á seguir, y de Acátes las pisadas,
A Cartago llevando las preseas
De Troya, al fuego y á la mar ganadas.
Porque él nada presume, y de él no seas
Turbado de la Reina en las moradas,
A Citera ó á Idalia llevaréle,
Do sacra oscuridad su sueño cele.

CXXXIII.

»Toma esta noche su figura, y lazo,
Niño en disfraz de niño, á armar vé á Dido:
Que ella habrá de acogerte en su regazo
Gozosa entre los brándis y el rüido;
Y tú á vueltas podrás del blando abrazo,
En la miel de sus ósculos, Cupido,
Depositar la punta que á su seno
Oculto del amor lleve el veneno.»

CXXXIV.

Manso á la tierna madre Amor da oidos,
Y marcha, á Ascanio igual, depuesta el ala;
Miéntas de Ascanio Vénus los sentidos
Con plácido sopor vence y regala;
Y abrigado en su seno, á los erguidos
Idalios bosques llévale, do exhala
Su aroma, y con sus sombras le guarece
El blando almoraduj que allí florece.

CXXXV.

En tanto de Cartago en seguimiento,
Obediente de Vénus al mandado,
Cupido va con dones opulento,
Con el favor de Acátes bien hallado.
Cuando llegado hubieron, fué el momento
En que en el centro de grandioso estrado
Dido en cojines recamados de oro
Se reclinaba con gentil decoro.

CXXXVI.

Enéas, que tras ella se avecina,
Entra, y con él la juventud troyana,
Que en órden se desparte, y se reclina
En muelles lechos de soberbia grana.
Agua da para manos cristalina
La servidumbre, y de suave lana
Toallas brinda, y de la rubia Dea
El dón en canastillos acarrea.

CXXXVII.

Cincuenta esclavas dentro, los manjares,
Puestas en fila, en sazonar se emplean,
Y con incienso en propiciar los Lares;
Copas ministran, viandas acarrear
Otras cien, y en la edad cien mozos pares.
Entran, llamados, Tirios que pasean
Densos en los alegres corredores,
Y los lechos ocupan de colores.

CXXXVIII.

Admiran de los dones la hermosura,
 Admiran al garzon, su faz que brilla,
 Y de su falsa labia la dulzura;
 Ven la áurea veste, el oro que amarilla
 La flor de acanto con primor figura:
 Mas Dido en especial se maravilla,
 Y de gozar no acaba;—ella, ¡ay! no sueña
 Que á un abismo, gozando, se despeña!

CXXXIX.

Y en el niño y los dones se recrea,
 Los mira, y cuanto mira, eso se inflama.
 ¿Qué hace el rapaz? Al cuello se rodea
 Del héroe, que en su error hijo le llama;
 Mas luégo que feliz le lisonjea,
 Déjale en paz, y con su activa llama
 Va á Dido, que en su error, niño inocente
 Jovial le invita con risueña frente.

CXL.

¡Ay! ya al seno le estrecha dulce y blanda,
 ¡Y es un gran Dios lo que en su seno anida!
 De la Reina en el seno, lo que manda
 La gran Diosa, su madre, Amor no olvida:
 De Siqueo la imágen veneranda
 Sin sentir borra, y sin sentir convida
 Con nuevo halago á nueva lid á un alma
 Que retirada há tiempo vive en calma.

CXXI.

Hubo el primer banquete terminado,
Y la mesa se sirve de licores,
Y festejan el vino regalado
Los hondos vasos adornando en flores.
Cien arañas del áureo artesonado
Penden: crecen sonando los clamores;
Y las hachas con luces triunfadoras
Quitan el campo á las nocturnas horas.

CXXII.

En este instante la sidonia Dido
La copa demandó que usar solia
Belo, y que en órden desde allá traído
Cada progenitor usado habia:
Copa del oro sustentada, unido
Con finas piedras en igual porfía;
Y de vino la llena, y al momento
Calla el concurso á su palabra atento:

CXXIII.

«¡Júpiter! si ya diste á los humanos
De la hospitalidad el sacro fuero,
Haz este dia á Tirios y á Troyanos
Grato por siempre y de felice agüero
Lo aplaudan nuestros nietos más lejanos:
Benigna Juno y Baco placentero
Lo honren presentes; y en gozoso grito,
Tirios, á saludarlo ahora os invito.»

CXLIV.

Dice; y sobre la mesa el néctar liba
Que generoso desbordaba, y luégo
La taza al labio toca fugitiva:
La alarga á Bícias con señal de ruego;
Toma, empínala él con ánsia viva,
Y el espumoso vino agota ciego:
Alzan todos los próceres sus copas,
Y el canto empieza del crinado Yópas.

CXLV.

El cual describe con laud divino
Lo que Atlas le enseñó por gran fortuna:
Cómo el sol desfallece en su camino;
Por qué altera su faz la móvil luna;
Deónde la bestia de los campos vino;
Cuál fué del hombre la primera cuna;
Qué fuente al mundo suministra el agua;
Dó está de los relámpagos la fragua.

CXLVI.

Canta eso mismo á Arturo, las dos Osas,
Y las Híadas tristes; el arcano
Que las noches alarga perezosas;
Por qué los soles del invierno cano
Con ruedas se despeñan presurosas
A bañarse en el líquido Oceano.
Cesa; y acogen su cantar sonoro
Tirios y Teucros aplaudiendo en coro.

CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,
Y Dido, platicando, amor apura;
Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas
A preguntar sobre Héctor se apresura:
Ya qué huestes trujera pavorosas
El hijo de la Aurora, oír procura;
Ya la historia saber de los gentiles
Potros de Reso, ó el poder de Aquíles.

CXLVIII.

«¡Que en fin,» exclama, «por ventura mía
Desde el principio en relatar vinieses
Los pasos de la griega alevosía,
Huésped, y vuestras glorias y reveses!
Tambien tus viajes entender querria,
Ya que contemplas los estivos meses
Tornar séptima vez desde que yerras
Mares cruzando y extranjeras tierras.»

LIBRO SEGUNDO.

I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva
De todos la atención, desde alto lecho
Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva
Inefable dolor mi herido pecho;
Que cómo á manos de la hueste aquíva
El troyano poder cayó deshecho
Recuerde: horrores que podré pintarte,
De ello testigo y no pequeña parte.

II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulíses fuera,
Si á tan largo dolor velos levanto,
Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera
Sin dar, á su pesar, tributo en llanto?
Acercándose al fin de su carrera
Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,
Y extinguiendo en la mar sus luces bellas
A descanso convidan las estrellas.

III.

»Mas pues tu noble corazon consiente
En ser de este dolor particionero;
Pues mandas que de Pérgamo te cuente
El afan congojoso postrimero
En breve narracion; aunque se siente
Horrorizado el ánimo, y del fiero
Espectáculo aparta la memoria,
Principiaré la miseranda historia.

IV.

»Yacian con el cerco prolongado
Rotos los jefes de la hueste aquea,
Maltrechos siempre del adverso hado;
Cuando Minerva en su favor emplea
Artificio sagaz. Por su mandado
Hueca mole fabrican gigantea
Que gran caballo al parecer figura,
De recia tablazon y contextura.

V.

»Simulan y propalan que se eleva
Por voto á Pálas hecho, de tranquilo
Viaje en demanda: por doquier la nueva
Mentirosa se esparce; y en sigilo,
Echadas suertes entre gente á prueba,
A ocupar suben el oscuro asilo
Del vasto seno y cóncavos costados,
Provistos de sus armas los llamados.

VI.

»Frontera á Troya Ténedos se ostenta,
Que otro tiempo gozó de nombradía:
Isla famosa, fértil, opulenta
Durante la troyana monarquía:
En su abandono y soledad presenta
Hora á las naves pérfida bahía:
A sombra de sus costas sin testigo
Los bajeles ensena el enemigo.

VII.

»Pensamos que, la vela dada al viento,
Bogando irian por la mar serena
Para la patria: el largo abatimiento
La ciudad de sus hijos enajena:
Las puertas abre; al griego acampamento
Rápida corre de alborozo llena
La multitud, y visitar le agrada
Yermo el campo, la playa abandonada.

VIII.

»Aquí los batallones del furioso,
Del fuerte Aquíles; acullí su tienda:
Allí tomaban plácido reposo,
Acá trabámos áspera contienda.
Así van discurriendo; y el coloso
Infausto, reputado por ofrenda
A la casta Minerva, hace que, muda
De asombro, turba inmensa en ruedo acuda,

IX.

»Fuese traicion, ó que la adversa suerte
Para entónces el golpe reservase,
Timétes clama que la mole al fuerte
Se lleve al punto, y las murallas pase.
Cápis, empero, que el peligro advierte,
Aconseja con otros que la abrase
Fuego voraz, y la vecina onda,
El sospechoso dón trague y esconda;

X.

»Ó que el oscuro seno se barrene
Para indagar lo que en el fondo encela.
Indecisa la turba se mantiene.
En esto de la excelsa ciudadela
Con numerosa muchedumbre viene
Laoconte, al campo arrebatado vuela,
Y, «¡Oh desgraciados!» desde léjos grita:
«¿Qué demencia á la muerte os precipita?

XI.

»¿Pensais que el enemigo nuestra tierra
»Dejó? ¿Fiais en sus mentidos dones?
»¿Cuán poco á Ulíses conoceis? Ó encierra
»Esta fábrica aquivos campeones,
»O artificiosa máquina de guerra
»Es: nuestra situacion y habitaciones
»Por cima intentan registrar del muro,
»Para luégo caer sobre seguro.

XII.

»Ello, hay engaño. ¡Oh Teucros, confianza
 »Negad á ese caballo! Como quiera,
 »Yo temo de los Griegos la asechanza
 »A vuelta de sus dones traicionera.»
 Dijo; y desembrazó fornida lanza
 Hácia un lado del cóncavo; certera
 Vuela, clávase, vibra: conmovido
 Dió el seno cavernoso hondo bramido.

XIII.

»¡Ay! á no ser por la fortuna impía
 Que nos robaba libertad y acierto,
 Laoconte en su furor logrado habria
 Que pusiésemos luégo en descubierto,
 Hendiendo la armazon, la alevosía.
 Aun hoy tu alcázar descollara yerto,
 ¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada
 No cayera tu pompa derribada!

XIV.

»Frigios pastores con tumulto y grito,
 Atras ambas las manos, prisionero
 Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita
 Abrir el muro con ardid artero
 A los suyos; ni el ánimo le quita
 El peligro de infame paradero;
 Resuelto á todo, el pérfido se hizo
 Con aquellos pastores topadizo.

XV.

»La multitud agólpase, y denuesta
 Al prisionero que curiosa mira.
 (Reina, las artes de los Griegos de esta
 Traicion colige; su maldad admira.)
 Inerme se detiene, manifiesta
 Medrosa turbacion: los ojos gira
 La turba rodeando que le oprime,
 Abre los labios, y temblando gime:

XVI.

«¡Cielos! ¿á dónde me arrojaís? ¿qué puerto
 »Queda ya á mi infortunio? La cadena
 »Del Griego á quebrantar áun bien no acierto,
 »Y ya el Troyano á muerte me condena.»
 Compone á su gemido el desconcierto
 La multitud, el ímpetu serena,
 Y con instancia á declarar le mueve
 Patria, linaje, y la intencion que lleve.

XVII.

»Títulos aguardamos con que abone
 Palabras de cautivo. Reparado
 De la sorpresa, el impostor repone:
 «¡Rey! la verdad confesaré de grado:
 »No á mi labio veraz candado pone,
 »Aunque adverso me fuere, el resultado:
 »Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna;
 »Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

XVIII.

»Quizá en conversacion por accidente,
»De Palamédes, generosa rama
»Del linaje de Belo floreciente,
»Llegó á tu oído el claro nombre y fama.
»Porque la guerra no aprobó, demente
»Llamóle el pueblo, y con indigna trama
»Trájole al hierro de la muerte: ahora
»Inmaculado le confiesa y llora.

XIX.

»Mi padre, escasa el arca de dinero,
»Guerrero aventuróme, y al cuidado
»De aquel varon fióme, compañero
»Antiguo nuestro y próximo allegado.
»Tomámos de esta playa el derrotero
»Muy al principio. Prosperó el Estado
»Miétras honrarle y atenderle supo,
»Y parte á mí de su esplendor me cupo.

XX.

»Mas el término vi de mi contento
»Cuando de sus manejos el astuto
»Itacense, el infame acabamiento
»De Palamédes recogió por fruto.
»Notorio el caso fué. Yo en aislamiento
»Dime á vivir y en miserable luto:
»Pensaba siempre en mi inocente amigo,
»Y eterna indignacion iba conmigo.

XXI.

»Ni pudiendo tener continuo á raya,
 »Demente ya, mi cólera sombría,
 »Clamé, juré que si á la amada playa
 »Tornase vencedor, me vengaría.
 »Odios que Ulíses en silencio ensaya
 »Hubo de acarrearne la osadía
 »De mis palabras: sin enmienda aquello
 »Vino á poner á mi desgracia el sello.

XXII.

»De entónces más, calumnias el aleve
 »Ideó nuevas: comenzó rumores
 »Vagos á propalar entre la plebe;
 »Ni pudo sosegar en los terrores
 »Con que el crimen persigue, hasta que en breve
 »Con Cálcas, el augur, á sus rencores...
 »Mas ¿á qué, derramando el pensamiento,
 »Así os fatigo, y mi dolor aumento?

XXIII.

»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,
 »Si á todos nos nivela vuestra saña?
 »Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!
 »Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;
 »Su triunfo, el Itacense.» El artificio
 No vemos con que á fuer de Griego engaña;
 Antes le instamos á explicarlo todo.
 Con fina astucia y misterioso modo,

XXIV.

«Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora
 »Volver pensaron, y soltar la clava,
 »Del asedio cansados. En mal hora
 »Tornábalos á puerto la onda brava
 »Y el ala de los vientos bramadora.
 »Mas esa estatua al ver, que en pié se alzaba,
 »Con ira nueva y general tronido
 »Resonó el cielo en llamas encendido.

XXV.

»Eurípilo, que hicimos acudiera
 »Al apolíneo oráculo, tornando
 »Trajo esta, en solucion, voz lastimera:
 »*Griegos: los vientos aplacasteis, cuando*
 »*Marchabais á Ilíon la vez primera,*
 »*En el ara una vírgen inmolando:*
 »*Si en la vuelta anhelais propicia calma,*
 »*Sangre verted, sacrificad un alma.*

XXVI.

»La voz á oídos de las gentes vino
 »Moviendo al corazón mortal recelo;
 »Todos el rigor tiemblan del destino;
 »Cuaja á todos la sangre torpe hielo.
 »En tal crisis á Cálcas adivino
 »Saca Ulises con ímpetu y anhelo,
 »Y de la hueste aquéjale en presencia
 »A interpretar la funeral sentencia.

XXVII.

»Ya de aquel pecho de piedad desnudo
 »Sondando muchos el ardid secreto,
 »Me auguraban mal fin. Diez días mudo
 »Difirió Cálcas el fatal decreto.
 »Cediendo al cabo al clamoreo agudo,
 »Y á la mente ajustando del inquieto
 »Instigador el fallo, lo pronuncia:
 »Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

XXVIII.

»Place á todos; y el golpe que temia
 »Cada uno enántes en su mal, en cuanto
 »Sobre un triste descende, en alegría
 »Pública trueca el general quebranto.
 »Ya se acercaba el tenebroso día
 »De la degollacion: con gozo, en tanto,
 »La salsamola alistan, y disponen
 »Fúnebres vendas que mi sien coronen.

XXIX.

»Libertéme, es verdad, de la atadura;
 »Y de un pantano entre la juncia y cino
 »Logré ocultarme con la noche oscura,
 »Aguardando partiesen, si sereno
 »Lo comportaba el mar por mi ventura.
 »Mas la esperanza huyó de ver el seno
 »Antiguo de la patria, y á mi lado
 »El hijo dulce, el padre deseado.

XXX.

»Ellos, blanco al furor de mis tiranos,
 »Por mí habrán de lastar en roja pira!
 »Por los dioses del cielo soberanos
 »Que apartan la verdad de la mentira,
 »Por la noble lealtad, si ya en humanos
 »Pechos cupo lealtad, la suerte mira
 »No merecida, ¡oh Rey! que en mi se ceba;
 »Tanto infortunio á compasion te mueva!»

XXXI.

»La piedad que con lágrimas demanda,
 Con lágrimas le dan los corazones.
 Abogamos por él. Al punto manda
 Que los lazos le suelten y prisiones
 El Rey, y así le dice con voz blanda:
 «Olvida ya las bárbaras legiones,
 »Mancebo, y sus malvados procederés:
 »De hoy más, quienquier tú seas, nuestro eres.

XXXII.

»Mas la verdad declara sin rebozo:
 »¿Quién inventó esta mole? ¿Con qué intento?
 »¿Máquina amenazante de destrozo
 »Es? ¿ó bien religioso monumento?»
 Dice el buen Rey; y el atrevido mozo
 Mostrado, á usanza griega, al fingimiento,
 Exclama así, las maños desatadas
 Volviendo al cielo, y húmidas miradas:

XXXIII.

»¡Astros eternos! ¡Dioses que castigos
 »Al dolo reservais! ¡Cuchilla! ¡velo!
 »Aras del sacrificio! sed testigos
 »Del derecho cabal con que cancelo
 »Antiguos pactos: odio á los que amigos
 »Pude llamar; ¡sus crímenes revelo!
 »Mas ¡oh! ¡si en mí tu salvacion se apoya,
 »Guárdate fiel á tus promesas, Troya!

XXXIV.

»Los Griegos de Minerva en el robusto
 »Auxilio descansaron confiados
 »Hasta que el hijo de Tideo injusto
 »Y fraguador Ulíses de atentados,
 »Su estatua milagrosa al templo augusto
 »Se aunaron á robar; y, degollados
 »Los guardias del castillo, con sangrienta
 »Mano asieron de la alba vestimenta.

XXXV.

»Cayó miedo en los ánimos: su ayuda
 »Cambió la Diosa en no dudoso amago;
 »Que, al campo apénas se llevó, ceñuda
 »Los ojos clava con fulgor aciago;
 »¡Raro prodigio! humor amargo suda,
 »Y del suelo tres veces se alza en vago,
 »El escudo flamígero delante,
 »Y el asta blandiendo retemblante.

XXXVI.

»Incontinente Cálcas determina
»Que el sitio los guerreros abandonen;
»Diz que en vano de Troya la ruina,
»Por bien que la expugnaren, presuponen,
»Si, tornando á cruzar la onda marina,
»En Árgos los auspicios no reponen,
»Á la Diosa aplacando en sus desvíos
»Que cuidaron llevar en los navíos.

XXXVII.

»Á Micéνας ahora encaminados
»(De Cálcas los auspicios tal declaran),
»Prevenidos mejor y apertrechados,
»La vuelta á dar de asalto se preparan.
»Mas ántes que partiesen, avisados,
»En igual de la que ímpios enojaran
»Robada estatua, edificaron ésta
»Para purgar la violacion funesta.

XXXVIII.

»Plúgole á Cálcas, además, que fuese
»De trabes poderosas guarnecida
»Y que las nubes con la frente hiriese,
»Porque su peso y altitud impida
»Que por las puertas quepa, y atraviese
»Las murallas, no avenga que presida
»A la ciudad, del Paladion viuda,
»Y con la antigua proteccion la acuda.

XXXIX.

»Que si este dón violais—el agorero
 »Pronostica (primero se convierta
 »En quiebra suya el malhadado agüero!)—
 »Troya vencida quedará y desierta:
 »¿Qué es Troya? ¡el Asia! ¡Triunfareis, empero,
 »Si le internareis, la muralla abierta,
 »Y á las aguas de Grecia vuestras proras
 »Irán, andando el tiempo, vencedoras!»

XL.

»Así en un punto entre sus lloros viles,
 Caza Sinon con pérfidos amaños
 En red de muerte á los que el grande Aquiles,
 Ni el hijo de Tideo, ni diez años
 De terca opugnacion, ni naves miles
 Pudieron domeñar. Tras sus engaños,
 Con espanto de todos repentino,
 Oye el paso cruel que sobrevino.

XLI.

»Sacerdote por suerte designado
 Á honrar al Dios del húmedo elemento,
 Era Laoconte: ante el altar sagrado
 Degollábale un toro corpulento.
 Súbito á la sazón venir á nado
 Vemos (de horror estremecerme sienta),
 De la ínsula vecina procedentes,
 Por sobre el mar tranquilo dos serpientes.

XLII.

»El pecho entrambas enhestando iguales,
 Con encarnada cresta gallardean,
 Y en ruedas, al andar, descomunales
 El largo cuerpo sobre el pontoar quean:
 Rotos gimen los líquidos cristales
 Por do hienden: abordan ya y campean,
 La vista en sangre y rayos encendida:
 Todos huimos, la color perdida.

XLIII.

»Lamiéndose las bocas sibilantes
 Con la vibrante lengua, van derecho
 Para Laoconte: mas sus hijos ántes,
 Tiernos gemelos, en abrazo estrecho
 Aferran, y sus miembros palpitantes
 Apedazan, devoran. Pecho á pecho
 Y meneando la aguzada hoja,
 Encima el genitor se les arroja.

XLIV.

»¡Vano auxilio! ¡arduo afan! Ellas le abrazan
 Con doble, firme vuelta la cintura;
 Los escamados lomos le relazan
 Á la garganta, y á mayor altura
 Sobrealzando las crestas, amenazan.
 Con ambas manos él entre la impura
 Ponzóna que las ínfulas le afea,
 Por sacudir los nudos forcejea.

XLV.

»Descoyuntado al fin, y cual pudiera
El toro que del ara huyendo herido,
De hacha insegura libertado hubiera
Su manchada cerviz, en alarido
Rompe horrible. Las sierpes de carrera
Parten al templo de Minerva, y nido
A los piés de la Diosa encrudecida
Hallan seguro bajo el ancha egida.

XLVI.

»Nuevo motivo de terror asalta
Los ánimos, que el miedo señorea;
Supone el vulgo que Laoconte, al alta
Estatua encaminando el asta rea,
Mereció el golpe que siguió á su falta:
Que el caballo se interne, clamorea,
Y que á la Diosa con devotas preces
Se persuada á poner sus altiveces.

XLVII.

»Presto aportillan el adarve: toma
Movimiento el coloso: iguales giran
Ruedas que al pié le ajustan: con maroma
Atando el cuello, á competencia tiran.
Ya grave de armas sobre el muro asoma:
Todos con ánsia á la labor conspiran:
Garzones y doncellas entre tanto
Alzan en torno religioso canto.

XLVIII.

»Ya entra bamboneando, á tu firmeza
 Cierta amenaza, ¡oh Troya! ¡oh patria! ¡estancia
 Antigua de altos Dioses! ¡fortaleza
 Do vió un pueblo estrellarse su arrogancia!
 Sigue, y tres veces al umbral tropieza
 Con ronco són que retumbó á distancia;
 Mas insta el vulgo en su porfía loca,
 Y al fin en el alcázar le coloca.

XLIX.

»Vanamente Casandra entusiasmada
 Esforzando la voz—su voz divina,
 Por castigo de un Dios menospreciada—
 Grandes calamidades vaticina.
 ¡Ay! sus anuncios estimando en nada,
 Al borde ya de la comun rüina,
 Nosotros sólo en decorar pensamos
 Templos y altares con festivos ramos.

L.

»Gira miéntras la esfera, y vase alzando
 La noche de las ondas, el desvelo
 Y fraudes enemigos ocultando
 En espantoso horror, la tierra, el cielo.
 Yacen mudos los Teucros: sueño blando
 Acá y allá los encadena. A vuelo
 Torna entre tanto la pelasga flota
 A las sabidas playas la derrota.

LI.

»A sordas con la luna y el sosiego
De la noche, que muda las arropa,
Marchan las naves ya, que ha dado el fuego,
Concertada señal, la régia popa.
Sinon, á quien, en daño nuestro ciego
El hado guia, la escondida tropa
Acude á libertar, y la honda cava
Abre que tenebrosa los guardaba.

LII.

»Y por cables que lanzan de ligero,
Desguíndanse de la hórrida guarida
Esténelo, Tisandro, Ulises fiero,
Tornando á respirar aura de vida:
Menelao; Macaon, que fué el primero,
Y Acamante y Toante de seguida,
Y Ncoptólemo audaz el de Peleo,
Y el trazador del artificio, Epeo.

LIII.

»Á entrar la muchedumbre se acelera
En la ciudad, que yace en sueño y vino,
Y matando las guardias, carnicera,
Y las puertas abriendo, da camino
Y se une á los que abordan. Tiempo era
En que el sueño primero, dón divino,
Los cuerpos sosegando fatigados
Envuelve en manso olvido los cuidados.

LIV.

»En medio del silencio, á la imprevista,
 Reputándolo yo por caso cierto,
 Héctor en sueños muéstrase á mi vista,
 De polvo vil y amarillez cubierto:
 Mustia la faz, que el ánimo contrista,
 Mustia y llorosa; y, cual despues de muerto
 Y arrastrado por rápidos bridones,
 Taladrados los piés de correones.

LV.

»¡Cuán trocado de aquél que á nuestros ojos
 Resplandeció tras recias embestidas,
 Ó de Aquíles trujese los despojos
 U incendiase las naves combatidas!
 Yerta barba; cuajados los manojos
 Del pelo en sangre; vivas las heridas
 Que en torno recibió de la muralla;—
 Y aquí en sueños mi voz en llanto estalla:

LVI.

«Gran Héctor, que de gloria y de consuelo
 »Astro por siempre á los Troyanos fuiste!
 »¿De cuál remoto y olvidado suelo
 »Tornas al fin á nuestra playa triste?
 »¿Y tras fatiga tanta, estrago, duelo,
 »Hoy de nuevo tu brazo nos asiste?
 »¿Mas por qué herido así? Tu faz serena
 »¿Por qué se cubre de sangrienta arena?»

LVII.

»Nada contesta: con mortal gemido
 «¡Vuela! ¡huye!» exclama: «el Griego se apodera
 »De la ciudad: incendio embravecido
 »Estalla: ¡Troya se desploma entera!
 »Mucho á la patria y al monarca ha sido
 »Sacrificado: si algo la valiera,
 »Salvárala este brazo: en su agonía,
 »Su culto, hijo de Vénus, te confía.

LVIII.

»Mansion busca á sus Dioses tutelares
 »Que fundarás, y grande, finalmente,
 »Audaz cruzando procelosos mares.»
 Y mientras habla entrégame impaciente
 La alma Vesta que arranca á los altares,
 Y los velos y el fuego indeficiente.
 Por la ciudad en tanto se extendía
 El estruendo confuso y vocería.

LIX.

»Y aunque distante de la puerta Escea
 Yacia de mi padre la morada,
 Opaca de un jardín que la rodea,
 De la invasora muchedumbre armada
 Llega sordo el rumor; mi sien golpea;
 Salto veloz, el ánima azorada,
 Y á la azotea trepo, y al rüido
 Que crece más y más, tiendo el oído.

LX.

»Tal cuando en mieses subitánea llama,
 Soplando el Austro, enfurecida prende;
 Ó bien si desbordado se derrama
 Y valles, surcos y sembrados hiende
 Bravo raudal, y en remolinos brama
 Arboles arrastrando que desprende;
 Sobre un peñon, de la tormenta aquella,
 Testigo inmóvil el pastor descueña.

LXI.

»Bien á mis ojos lo que en torno pasa,
 Bien la aviesa traicion se patentiza.
 Con estampido el gran palacio arrasa
 De Deífobo, el fuego, y se encarniza
 Sin detenerse, en la contigua casa
 De Ucalegonte, y de su luz rojiza
 Parece arder abierto el mar Sigeo:
 Suenan trompetas, cunde el clamoreo.

LXII.

»Echo mano á las armas alterado,
 Y á discurrir no acierto á mi albedrío:
 Al alcázar volar con un puñado
 De compañeros, en confuso ansío:
 Mal ciego de furor, desatentado
 En manos de la muerte la honra fio;—
 Cuando al Otrída, del altar febeo
 Ministro en el alcázar, llegar veo.

LXIII.

»Él los Dioses vencidos, casi á vuelo,
 Trae, y sacros adjuntos que á la saña
 Hurtó enemiga su piadoso celo;
 Y un nieto pequeñuelo le acompaña.
 «¡Panto!» al verle clamé con vivo anhelo:
 «¡Habla! ¿qué pide adversidad tamaña?
 »¿En dónde haremos la defensa? ¿en dónde?»
 Dando un hondo gemido me responde:

LXIV.

«¡La hora que los hados previnieron
 »Llegó de asolacion! ¡Jove inclemente
 »Trastorna la balanza! Fueron, fueron
 »Troya, su gloria, su esplendor potente!
 »Todo los enemigos lo invadieron:
 »Del caballo intramuros eminente
 »Griegos brotan armados: triunfante
 »Sinon propaga el fuego devorante.

LXV.

»Por las ya francas puertas á oleadas
 »Cuantos vinieron de la gran Micéas
 »Tantos que entran parece: están tomadas
 »Las avenidas: de reposo ajenas
 »Amenazan fulgentes sus espadas:
 »La primer guarnicion ensaya apénas
 »Al tropel oponerse que la embiste,
 »Y en ciega riña desigual resiste.»

LXVI

»Ardo á su voz: el corazon me inflama
 No sé cuál Dios ó aliento sobrehumano:
 Do la ira impele, do el rumor me llama
 Corro el hierro á arrostrar y el fuego insano.
 Á la luz vaporosa que derrama
 La blanca luna, de Ífito el anciano,
 De Hípanis, de Dímas y Rifeo,
 Que se me allegan, los semblantes veo.

LXVII.

»Corebo, el hijo de Migdon, partido
 Tomó tambien, y se nos puso al lado:
 Estaba en Ilion recien venido,
 Con pasion de Casandra enamorado;
 Y de Príamo yerno prometido,
 Su espada nos brindó como aliado.
 ¡Ay! ¡cuán diverso su destino fuera
 Si á la inspirada profetisa oyera!

LXVIII.

»Yo así á todos les dije en el momento
 Que en órden los vi puestos de pelea:
 «¡Mancebos de alma grande, que de aliento
 »Heroico, pero estéril, se rodea!
 »Si seguir pretendéis mi osado intento,
 »Igualed el peligro con la idea:
 »Los Dioses que este reino custodiaran
 »Hoy altares y templos desamparan.

LXIX.

»Á una ciudad, oh pechos denodados,
»Acorreis que en pavesas se convierte:
»La muerte, pues, busquemós, y arrojados
»Entre enemigos, generosa muerte;
»¡Quien con el cielo lucha y con los hados
»Sólo desnudo de esperanza es fuerte!»
Así exaltado les hablé, y mi acento
Su denuedo redobla y su ardimiento.

LXX.

»Cual del hambre al furor lobos rapaces,
Mientras que los cachorros por su vuelta
Anhelan, seca la garganta, audaces
Corren en sombras la campaña envuelta;
Por medio de los hierros y las haces
Enemigas así la planta suelta,
De la muerte lanzados al encuentro
Tocamos ya de la ciudad al centro.

LXXI.

»La noche mientras con su negro manto
Nos cobijaba. ¡Oh noche de tormentos!
¿Quién podrá darte el merecido llanto
Ó el número decir de tus lamentos?
¡La alta, antigua ciudad, de lauro tanto
Coronada, flaquea en sus cimientos!
Por calles, plazas, templos invadidos,
Cadáveres se ven yacer tendidos.

LXXII.

»Mas no toda la sangre que se vierte
Sangre es troyana. Amenazante aviva
Tal vez el ántes abatido; inerte
El vencedor en tanto se derriba.
Igual á entrambas partes la ímpia suerte
Terror, desolacion sembrando iba
Por acá y por allá: la muerte toma
Miles semblantes, y doquier se asoma.

LXXIII.

»Al paso Andrógeo nos salió el primero
Con gente mucha entre la sombra espesa,
Y creyéndonos suyos, delantero,
«Amigos,» dice, «¿qué indolencia es ésa?»
»¡Apresurad! Cuando Ilion entero
»Es ya ceniza y dividida presa
»Al ímpetu feliz de nuestras tropas,
»¿Vos apénas dejais las altas popas?»

LXXIV.

»Haber caído entre enemiga gente
Nuestra respuesta adviértele indecisa,
Y cortando el discurso de repente,
Arredra el pié con azorada prisa;
Bien cual trémulo salta el que serpiente
Inesperada entre malezas pisa,
Que se le vuelve enfurecida de ello
Y enhiesta ensancha el azulino cuello.

LXXV.

»Andrógeo así despavorido huía;
 Y á su tropa nosotros con denuedo
 Cargámos, que el lugar desconocía,
 Y á más temblaba en vergonzoso miedo:
 Cargámosla, y en ellos á porfía
 Matar pudimos. Animoso y ledo
 Al aura de fortuna lisonjera,
 Corebo razonó de esta manera:

LXXVI.

«Bien la fortuna apunta, amigos; ¡ea!
 »El camino sigamos que señala:
 »Con los Griegos cambiemos de librea;
 »En mal del enemigo, ¿quién no iguala
 »Fuerza y astucia? ¡El mismo armas provea!
 Dice, y ciñe el estoque argivo, y cala
 El almete de Andrógeo penachudo,
 Y ornado de blason prende el escudo.

LXXVII.

Rifeo le imitó; ni hacerlo dudan
 Dímas al punto y los demás presentes:
 Todos en armaduras propias mudan
 Los trofeos magníficos recientes.
 Así ajenos auspicios nos escud. n
 Y oscuro el aire: á su favor frecuentes
 Choques de paso aventurando á tiento,
 Despeñámos al Orco almas sin cuento.

LXXVIII.

»Cuáles en tanto, de peligro ajenos,
Merced de presta fuga, en la ribera
Se acogen á las naves: cuáles llenos
De vil temor, del monstruo de madera
En los profundos conocidos senos
Trepan á guarecerse. Mas ¿qué espera
El mortal infeliz, ó en qué confía,
Si al brazo de los Dioses desafía?

LXXIX.

»Hé aquí entre ásperas puntas, falleciente,
Casandra, hija de Príamo, iba envuelta:
Del sagrario de Pálas por furente
Ciego invasor arrebatada: suelta
La cabellera; al cielo vanamente
Con vivísimo ardor los ojos vuelta...
¡Los ojos, ay, que las hermosas manos
Con cadena oprimieron los villanos!

LXXX.

»No tal sufrió Corebo arrebatado,
Y entre el tumulto, de morir sediento,
Precipitóse: en escuadron cerrado
Seguimos los demas su movimiento.
Mas, ¡ay dolor! los nuestros del terrado
Del templo, observan en fatal momento
Nuestro arreo y crestones, y en su engaño
Presto nos hacen lastimoso daño.

LXXXI.

»Como vientos alígeros que en roto
Torbellino se encuentran frente á frente,
Y Zéfiro combate, y Euro, y Noto,
—Euro, que en sus bridones del Oriente
Va ufano;—y gime estremecido el soto,
Y, de espumas cubierto el gran tridente,
Nereo en su furor no da reposo,
Y mueve desde el fondo el mar undoso:

LXXXII.

»Así brama, con fiera arremetida
Correspondiendo á nuestro audaz embate
Caterva que á vengar salta ofendida
De la doncella el súbito rescate:
Ajax violento, y uno y otro Atrida,
Y los Dólopes todos. En combate
Entran también los que esparcido había
Por la oscura ciudad nuestra arteria.

LXXXIII.

»Tornan éstos á hallarnos cara á cara,
Y el habla que nos oyen diferente
El disfraz de las armas les declara.
Al número sucumbe, en fin, mi gente.
Peneleo á Corebo al pié del ara
Inmoló de la Diosa armipotente;
¡Ay! de los suyos recibiendo heridas
Rinden Dímas é Hípanis las vidas.

LXXXIV.

»Ni tu piedad ni el apolíneo velo
Te hurtaron, Panto, á la enemiga hueste:
Y el justo, el santo del troyano suelo,
Rifeo, cae, sin que amparo preste
A su virtud (¡misterio grande!) el Cielo.
Connigo Ífito y Pélias quedan: éste
Mal herido de Ulíses, tardo el paso;
Esotro por la edad de fuerza escaso.

LXXXV.

»Con ellos en forzosa retirada
Abandoné la desigual porfía.
¡Oh pira extrema de mi Patria amada,
Sacras cenizas de la gente mia!
Testigos sed que en la infeliz jornada
Tanto arrostré cuanto arrostrar debía,
Y, á consentirlo el fallo de la suerte,
Ganara por mi mano honrosa muerte.

LXXXVI.

»Torcemos al estruendo sin tardanza
Al palacio del Rey, do tan horrenda
Refriega hallamos, cual si aquella estancia
Fuese el único campo á la contienda;
¡Tal era el brío y la marcial pujanza!
¡Así en masa á los Griegos estupenda
Precipitarse vemos, y la entrada
Asediar bajo densa empavesada!

LXXXVII.

»De un lado y otro el edificio ascienden.
Por pilares y escalas; con los brazos,
El escudo al izquierdo, se defienden
De pedradas sin cuento y saetazos;
Suelto el derecho, en el remate prenden
Del edificio altísimo. En pedazos
En tanto los troyanos campeones
Las techumbres derruecan y bastiones.

LXXXVIII.

»De tales armas su defensa fian,
Áureas trabes lanzando en su despecho
Que de antiguos monarcas dado habian
Noble decoro al admirado techo.
Otros abajo á resguardar se alían
Las puertas, y tras ellas en estrecho
Grupo, puñal en mano, se aglomeran,
Y apercebidos la avenida esperan.

LXXXIX.

»Al palacio escalado se convierte
Mi atencion toda: diligente acudo
A esforzar á quienquier se desconcierte
Y alientos dar contra el asalto crudo.
Un portillo hubo atras, que á buena suerte
Al ciego sitiador hurtarse pudo;
Tras él los tramos del palacio unia
Tránsito oscuro, oculta galería.

XC.

»Por allí sola Andrómaca en su duelo,
 Cuando aún cetro empuñaba el Rey anciano,
 Ir solia á sus suegros, y al abuelo
 Llevaba el hijo tierno de la mano.
 A entrar por allí mismo ahora yo vuelo;
 Calo el postigo, y la eminencia gano,
 Do abajo (¡vano ardor!) los Teucros echan
 Cuanto á la mano ven, cuanto destechan.

XCI.

»Á plomo allí con la pared se erguia
 Excelsa torre en la region del viento,
 Que toda la ciudad mandaba un dia
 Y la enemiga armada y campamento.
 Por do fácil de herir aparecia
 Batámosla en redor: del alto asiento
 Al combinado impulso desprendida,
 Cede, y precipitamos su caida.

XCII.

»Ella rodando con fragoso estruendo
 En fragmentos veloz se despedaza,
 Y abajo ámplio escuadron tapa cayendo,
 Que otro, cual ola súbita, reemplaza.
 Sigue sin tregua el combatir tremendo:
 Ya ante el mismo vestíbulo amenaza
 Pirro animoso, en el umbral primero,
 Con metálica luz radiante y fiero;

XCIII.

»Cual dragon que aterido, soterrado,
De venenosas hierbas se sustenta,
Mas de nuevo arreándose, en el prado
Sale á campar cuando el calor le alienta:
Voluble el lomo en roscas arrollado
Miles colores con la luz ostenta;
Al sol mirando, el cuello al aire libra,
Y la trisulca lengua hórrido vibra.

XCIV.

»Automedonte, que de Aquíles fuera
Auriga, ora escudero, y Perifante
Corpulento acomete, y la guerrera
Esciria juventud, y á un mismo instante
Llama arrojan que al aire va ligera:
Pirro, hacha en mano, abócase adelante,
Quiciales estremece, vigas raja,
Y las ferradas puertas desencaja.

XCV.

»Las trabes á su empuje crujen, ruedan;
Enorme boqueron dan los tablones,
Ni cosa abrigan que ocultarle puedan
Dentro los vastos atrios y salones:
De los antiguos soberanos quedan
Francas y descubiertas las mansiones,
Y afuera comparecen los soldados
Que las puertas guardaban atropados.

XCVI.

»¡Oh cuánta turbacion adentro! ¡oh cuánto
 Terror! Los huecos artesones llena
 Femenil alarido, ronco planto,
 Grita confusa y vária al cielo suena.
 Cruzan matronas con afan y espanto
 Las anchas salas que el rumor atruena,
 Y las colunas á abrazar se arrojan,
 Las besan, y en sus lágrimas las mojan.

XCVII.

»Mas Pirro igual al padre se adelanta.
 ¿Qué arma, qué brazo atajará el pujante
 Hierro esgrimido con braveza tanta?
 Postes ni cerraduras son bastante;
 Ferrada maza á golpes los quebranta.
 Plaza abre á fuerza: á quien le va delante
 A tierra, y su cohorte furibunda
 A la redonda el edificio inunda.

XCVIII.

»Así de altiva cumbre se desata
 De pronto hinchado un espumoso rio,
 Y oleadas horrísonas dilata
 Hundiendo el malecon, creciendo en brío;
 Y establos y ganados arrebatá
 Impetüoso. Yo, yo vi al impío
 Cebarse airado en el estrago horrendo;
 Vi á los Atridas el umbral cubriendo.

XCIX.

»Vi á Hécuba y sus hijas, sus amores
 Vi á Príamo, del ara en el sagrado,
 El fuego que adoraron sus mayores
 Matar en sangre suya mal su grado;
 Vi los cincuenta lechos, que de flores
 Habia la esperanza engalanado
 En pro del trono, y las soberbias puertas
 De oro y rico botin rodar cubiertas.

C.

»Griegos el campo ocupan que aún da el fuego,
 —Mas ya ansiosa querrás, augusta Dido,
 De Príamo saber. Príamo, luégo
 Que de las puertas oye el estallido,
 Y encima siente al desbordado Griego,
 Ciñe al endeble cuerpo envejecido
 Inútil hierro y olvidada malla,
 Y aguja á perecer en la batalla.

CI.

»Al raso en medio del palacio habia
 Ancho altar, y por cima un lauro anciano
 Asombrando á los Lares, descogia
 Denso follaje de verdor lozano.
 Hécuba en la marmórea gradería
 Con sus hijas los Dioses ciñe en vano,
 Bien cual palomas que en bandada avienta
 El repentino són de la tormenta.

CII.

»Como á recursos el Monarca apele
Ya ajenos á su edad, «¿Qué desvarío,»
Hécuba clama, «á perdicion te impele?
»Hoy de mi Héctor la fuerza y poderío
»Fuera en vano; pues ¿qué ese brazo imbele
»Hará en el caso extremo? Esposo mio,
»Vén: este altar refugio á todos sea,
»O á todos juntos sucumbir nos vea.»

CIII.

»Dice; á su lado le reduce, y puesto
Sobre las losas á ocupar le obliga.
Desacordado y jadeante, en ésto,
Polítes, de ellos hijo, á quien hostiga
Pirro desaforado, el pié, tan presto
Como lo sufre su mortal fatiga,
Por los vacíos atrios acelera,
Y señala con sangre su carrera.

CIV.

»Ya con la pica por detras le toca,
Ya entre las manos el cruel le mira,
Cuando en faz de sus padres desemboca,
Y dando en tierra ensangrentado espira.
El venerable viejo, á quien provoca
El duro lance á generosa ira,
No en io sumo del riesgo el labio sella,
Mas respetos y amagos atropella:

CV.

«Si justo el cielo de los hombres cura
 »Darános,» dice, «por tamaña ofensa,
 »A mí venganza á colmo; larga y dura
 »A tí la merecida recompensa!
 »Poner te place al padre en angostura
 »De ver caido al hijo sin defensa,
 »Y no acatando encanecidas sienes
 »A darle en rostro con su sangre vienes

CVI.

»Calla de hijo de Aquíles el dictado,
 »Que le desmiente tu cobarde encono:
 »Él supo dar la mano al que postrado
 »Miró á sus piés en mísero abandono;
 »Tornóme el hijo muerto, que enterrado
 »Fuese en fúnebre pompa, y á mi trono
 »Me concedió volver.» Dijo, y con tardo
 »Aliento el Rey de allí soltóle un dardo

CVII.

»Que rebotado al punto con sonido
 Ronco, al tocar el defendido acero,
 Quedó en el centro del broquel prendido.
 Pirro repuso con sarcasmo fiero:
 «¡Sí, vé á mi padre, y que su ejemplo olvide
 »Díle; que de su sangre degenero;
 »Que oprobio eterno de mi porte espere;
 »Eso y más dile; y por ahora muere!»

CVIII.

»Y diciendo y haciendo, el inhumano
Al mismo altar impávido arrastraba
Al noble Rey, que, trémulo de anciano,
En la sangre del hijo resbalaba:
Le ase del pelo con la izquierda mano,
Y con la diestra á su placer le clava
Hasta el pomo la daga en el costado,
Fúlgida en alto habiéndola vibrado.

CIX.

»Tal rodó su corona refulgente;
Tal vino á ver su antigua fortaleza
Humo y polvo tornarse de repente,
Aquél que al esplendor de su grandeza
Miró á cien pueblos inclinar la frente!
Su cuerpo, tronco informe, la cabeza
Cercenada por bárbara cuchilla,
Yace sin nombre en solitaria orilla.

CX.

»Horror profundo allí por vez primera
Sobrecogióme, viendo la agonía
Penosa de mi Rey, y la manera
Como el postrero anhélito rendía.
Mi padre, que cuanto él anciano era,
Delante me fingió la fantasía:
La dulce esposa, el hijo tierno, á rudo
Ultraje abandonados sin escudo.

CXI.

»Por ver con quiénes cuento, en torno paso
 Las miradas; á nadie ya diviso:
 Dieron unos al fuego el cuerpo laso,
 Arrojáronse otros de alto piso.
 Así todo oteándolo de paso,
 Al claror de las llamas, de improviso
 Observo un bulto en el umbral de Vesta;—
 Erase Elena en lo escondido puesta.

CXII.

»Esa ahora á las aras acogida,
 Furia que al mundo le nació ominosa,
 De Troyanos y Griegos maldecida,
 De Griegos y Troyanos temerosa,
 Salvar tentaba la infelice vida
 Huéspedada ingrata, amancillada esposa;
 Matar pensé la infame advenediza
 Por vengar de la Patria la ceniza:

CXIII.

»¿Cómo? ¿habrá de salvarse la menguada
 »Rastrándose en oscuros escondrijos?
 »¿Y en Micéνας y Esparta hará su entrada
 »Reina ella entre marciales regocijos,
 »De troyanos esclavos acatada
 »Tornando á ver esposo, padres, hijos?
 »¿Y Troya en bravas llamas consumida?
 »¿Y triunfante el acero regicida?

CXIV.

»¿Y para esto tornada ardiente lago
»Tantas veces la playa en sangre nuestra?
»¡Oh! ¡no! que si en matar una hembra, no hago
»De varonil valor gloriosa muestra,
»Dar á tal monstruo el merecido pago
»Hazaña es justa y digna de mi diestra:
»No ya sedienta al envainar mi espada,
»Más de una sombra dejaré vengada!»

CXV.

»Rugia yo con voz tempestüosa
Cuando espléndida toda de hermosura,
Me apareció mi madre bondadosa
Radiante entre la sombra de luz pura,
Con el encanto y majestad de Diosa
Con que se muestra en la celeste altura;
Súbite el vengador brazo me toca,
Y abre entre aromas la purpúrea boca:

CXVI.

«¡Cálmate, hijo! ¡tus palabras mide;
»Tu pecho hirviente su ímpetu reporte!
»Dí, ¿será justo que el rencor te olvide
»De la familia nuestra, y no te importe
»Saber si el genitor, á quien impide
»Vejez cansada, el hijo, la consorte
»Vivos están? ¿No ves que los circunda
»La multitud que la ciudad inunda?»

CXVII.

»Por mí, el hierro su sangre no devora;
 »Por mí, el fuego sus huesos no calcina.
 »¿Y á qué la faz baldonas seductora
 »De esa Lacedemonia que abomina
 »Tu corazon? Y á París á deshora
 »¿Por qué oprobias? No tiene la rüina
 »De Troya la opulenta humano origen;
 »Airados Dioses son quienes la afligen.

CXVIII.

»Es fuerza superior la que derriba
 »Sus altos techos. Si cejar te duele,
 »Yo esa que lenta en derredor te priva
 »De luz, haré que de tus ojos vuele,
 »Húmida, opaca niebla, y la cautiva
 »Vista dilates. Quién, verás, demuele
 »Aquestos muros, y al materno aviso
 »La frente inclinarás grato y sumiso.

CXIX.

»Allá, do envuelto en polvo el humo ondea,
 »Y en pié no hoy mole ya ni canto alguno,
 »La ciudad en su asiento bambalea
 »A golpes del tridente que Neptuno
 »Sacude. Acá sobre la puerta Escea
 »Ante todos sañuda avanza Juno,
 »Y audaz, cubierta de acerada escama,
 »La amiga tropa de las naves llama.

CXX.

»Torna, torna á mirar: Pálas cruenta
»Ya los altos alcázares domina.
»Y envuelta en nimbo centelloso, ostenta
»La terrible cabeza serpentina.
»A los Dánaos el Padre mismo alienta,
»El Padre universal, y en la divina
»Legion contra tu Patria iras enciende.
»Tú el hierro envaina, pues; la fuga emprende.

CXXI.

»Nada temas: tu planta irá segura
»De la paterna casa á los umbrales;
»¡Contigo soy!» Y bajo sombra oscura
Encubrióse, al decir palabras tales.
Entónces la terrífica figura
Vi de adversas deidades colosales;
La hoguera vi donde Ilion se abrasa;
Y Troya conmovida por su basa,

CXXII.

»Cual viejo fresno que la ufana frente
Señorease sobre el monte enántes,
Y hora en redor la campesina gente
Le diese al tronco hachazos incesantes;
Que la alta copa temerosamente
Estremece á los golpes resonantes,
Y amenaza, y restalla, y de la cumbre
Desploma con fragor su pesadumbre.

CXXIII.

»Desciendo, en fin; mis piés mi madre guía;
 Campo las armas dan, receja el fuego.
 Mas no bien de la antigua casa mia
 Á los umbrales anhelante llego,
 Mi padre, ¡ay! el primero á quien queria
 Fuera llevarme, niégase á mi ruego
 Pues sobre tantas ruinas apellida
 Vil el destierro y mísera la vida:

CXXIV.

«¡Huid los que en lozana primavera
 »Corazon abrigais esperanzado:
 »No así el Cielo mi nido destruyera
 »Si fuese mi existencia de su agrado!
 »¿Qué aguarda el que la Patria ya á extranjera
 »Cadena vió doblarse? demasiado
 »Sobrevivo al estrago de los míos;
 »¡Oh! ¡dadme el adios último, y partíos!

CXXV.

»Avara del botin, condolecida
 »De mi miseria, el fin dará que aguardo
 »Alguna mano á mi cansada vida;
 »Ni por falta de tumba me acobardo.
 »A mi inútil vejez, aborrecida
 »De los Dioses, el término retardo
 »Desde que plugo al brazo omnipotente
 »Lanzarme un rayo y aturdir mi mente.»

CXXVI.

»Mi padre así tendido en tierra dijo;
Y vanamente en lágrimas bañados
Yo, mi Creusa, mi inocente hijo,
Todos le suplicamos apiñados
No así mal tanto consumase, fijo
En afrontar los inminentes hados;
Mas él, sordo al solícito lamento,
Mantiénese en su puesto y firme intento.

CXXVII.

»Torno á las armas, y el arnes requiero,
Y á morir batallando me preparo;
Ni más alivio á mi dolor espero,
Ni otra salida, ni mejor reparo.
«¡Oh padre mio!» en mi dolor profiero;
«¿Y pudiste idear que en desamparo
»Te abandonase por salvarme? ¿Agravios
»Vierten cual éste paternas labios?

CXXVIII.

»Si es que completa asolacion previene
»A Troya el Cielo en su insaciable enojo,
»Si la medida quieres que se llene
»Con nuestros restos, cumplirás tu antojo:
»Ya vendrá Pirro; franco el paso tiene:
»Pirro con sangre del Monarca rojo,
»De cuyo brazo mat d r no ampara
»Ni al hijo el padre, ni al anciano el ara.

CXXIX.

»¿Y á esto sólo me sacas, alma Dea,
 »Salvo por medio del adverso bando?
 »¿A que testigo en mis hogares sea,
 »No ya en la lid, de su rencor infando?
 »¿A que, uno entre la sangre de otro, vea
 »Hijo, padre y esposa agonizando?
 »¡Al arma! ¡al arma! ¡La postrera hora
 »Llama al vencido, amigos, vengadora!

CXXX.

»¡Tornar dejadme á la ardua lid! Mi diestra
 »Renovará el conflicto: al fin, vengada
 »Corra, si ha de correr, la sangre nuestra.»
 Dije, á la cinta acomodé la espada,
 Y el escudo embrazando á la siniestra,
 Ya iba á salir, cuando mi esposa amada
 Se echa á mis piés en el umbral de hinojos,
 Y nuestro dulce hijo alza á mis ojos.

CXXXI.

«Si es morir lo que atentas,» me decia,
 «Todos iremos á morir contigo;
 »Mas si áun tu brazo de las armas fia,
 »Primero es que defiendas este abrigo.
 »¡Cómo! tu hijo, tu padre, la que un dia
 »Buena esposa llamaste, ¿al enemigo
 »Así vas á entregar?» Tal su desgracia
 Gime; el eco en los ámbitos se espacia.

CXXXII.

»Súbita maravilla sorprendente
De todos luégo las miradas llama:
En medio del abrazo y el doliente
Coloquio paternal, brota una llama
De Ascanio en la corona, y por su frente
E ilesos rizos mansa se derrama:
Quién, al verle, el cabello le sacude;
Quién ya con agua, en su temor, le acude.

CXXXIII.

»Mas mi padre con plácida alegría
El rostro augusto eleva; ambas las manos
Tiende, y al cielo esta plegaria envía:
«¡Omnipotente Júpiter, si humanos
»Ruegos te mueven á clemencia pia,
»Una mirada compasiva dános!
»Si merecemos proteccion, propicio
»Sénos, y sella el venturoso auspicio.»

CXXXIV.

»Á estas voces en súbita estampida
Tronó á la izquierda; y por el vago cielo
Rápida estrella de esplendor vestida
Hendió á la noche el nebuloso velo:
Llegaba hácia nosotros, cuando al Ida,
Alumbrando el camino, tuerce el vuelo;
Su luengo sulco blanda luz señala,
Y humo sulfúreo al esconderse exhala.

CXXXV.

»Convéncese mi padre, se levanta,
 Da gracias á los Númenes, y adora
 La luz divina. «Gobernad mi planta,»
 Dice: «no más suscitaré demora. —
 »Y ¡oh patrios Dioses! vuestra mano santa
 »Reconozco que á Troya cubre ahora:
 »¡Mi familia guardad, guardad mi nieto!
 »Partamos, hijo; la Deidad respeto.»

CXXXVI.

»Mas ya el calor sofoca; ya se escucha
 Más y más cerca el fuego turbulento
 Que con los muros y edificios lucha
 Su furor avivando y movimiento.
 «Sube en mis hombros, padre: á fe que mucha
 »No ha de serles la carga: en todo evento,
 »Uno sea el peligro á entrambos; una,
 »O piadosa ó adversa, la fortuna.

CXXXVII.

»Ascanio venga de su padre al lado;
 »Tú, Creusa, seguir mis huellas cuida;
 »Y todos en los ánimos grabado
 »Tened lo que os encargo en esta huida:
 »Bien sabeis, servidores, de un collado
 »Que está de la ciudad á la salida,
 »Do de Céres ruinoso un templo antiguo
 »A un vetusto cipres yace contiguo:

CXXXVIII.

»Cipres que nuestros padres reverentes
 »Honraron siempre en sus felices dias;—
 »Allí nos juntaremos, diligentes
 »Sendereando por diversas vias.—
 »Toma, ¡oh padre! los Dioses: yo de ardientes
 »Refriegas salgo; si las manos mias
 »Pusiese en ellos, en corriente clara
 »No lustradas aún, los profanara.»

CXXXIX.

»Callo; y encima del comun vestido,
 Con una piel bermeja leonina
 Los anchos hombros encubrirme cuido,
 Y al grato peso mi cerviz se inclina.
 El tierno Ascanio, de mi mano asido,
 Conmigo á paso desigual camina:
 Quedóse atras mi esposa: opaca niebla
 En torno nuestro los espacios puebla.

CXL.

»Mas yo que en la ciudad momentos ántes
 No temí de la lid el alto estruendo,
 No las armas, no griegos batallantes
 Remolinados en tropel horrendo,
 Ahora al sonar las auras oscilantes,
 Al más leve rüido me suspendo,
 No temeroso por la vida mia,
 Sí por mi dulce carga y compañía.

CXLI.

»Parecíame ya llegar seguro
Al deseado fin, cuando repente
Cual de veloces piés que el suelo duro
Batiesen, sordo estrépito se siente;
Y mi padre mirando de lo oscuro,
«Hijo,» dice, «huye, hijo; asoma gente:
Desvía; el temeroso centelleo
De las rodelas y corazas veo.»

CXLII.

»¡Ah! en tanto que mi pié medroso excusa
Por ignoradas vueltas el camino,
No sé qué ívido Dios mi ya confusa
Razon de lleno á desquiciarme vino:
No supe más qué fué de mi Creusa;
Si la detuvo mi cruel destino,
Si erró la via, ó se sentó cansada;—
De entónces más, á mi clamor negada.

CXLIII.

»Ni la eché ménos hasta haber llegado
Todos los míos, con turbada huella,
Al templo antiguo y salvador collado:
Reunímonos; ¡faltaba sola ella!
Faltaba á su hijo, en lágrimas bañado;
Faltaba á mí, que en áspera querella,
¡Oh entre males tamaños mal supremo!
De hombres y Dioses con furor blasfemo.

CXLIV.

»Hijo, y padre, y penates encomiendo,
Puestos y ocultos en profundo valle,
A mis amigos: despechado emprendo
La ciudad recorrer hasta que halle
La infelice consorte; y no temiendo
Volver á abrirme entre enemigos calle,
Me ciño de la fúlgida armadura,
Y entrégome al dolor y á la ventura.

CXLV.

»Llego primero al murallon oscuro,
Puerta y umbral por do pasado habia;
Esfuérzome á mirar, y mal seguro
Sigo por rastros una y otra via.
Horror, silencio en el desierto muro
Sólo hallar pude. Á la morada mia
Acudo, por si allá mi compañera
Tal vez, tal vez la planta dirigiera.

CXLVI.

»Mas de los enemigos mi morada
Presas era ya: la llama devorante
Por el Ábrego rápido aventada,
Crece, sube, revuélvese ondeante.
Enderezo al alcázar, y en la entrada
Del sagrario de Juno (en lo restante
Abandonada ya la ciudadela),
Hacen Fénix y Ulises centinela:

CXLVII.

»De los templos tornados en pavesas
 Custodian el espléndido tesoro,
 Vestes sacerdotales, sacras mesas,
 Macizos vasos de luciente oro.
 Víanse en torno de las ricas presas
 Niños sumidos en confuso lloro,
 Mustias las madres que el dolor embarga,
 Cautiva muchedumbre en rueda larga.

CXLVIII.

»Allí sin fruto y por doquier demandando
 El bien perdido: una vez y otra al viento
 Su nombre doy, los ámbitos llenando
 Con la cascada voz de mi lamento.
 Así por las sombrías calles ando
 En su busca con ciego desatiento,
 Cuando al paso atraviésase y me nombra,
 Pálido, alto fantasma;—era su sombra.

CXLIX.

»Tiémblame el corazón, se me eneriza
 El cabello, la sangre se me hiela:
 Mas ella hablando así me tranquiliza
 Y futuros destinos me revela:
 «¿Por qué tu corazón se martiriza,
 »Ó á dó tu loca fantasía vuela?
 »Templa el furor: no temerario oses
 »Al imperio oponerte de los Dioses.

CL.

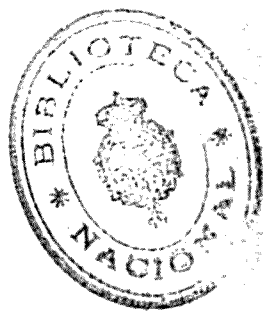
»Vencer no pienses mi eternal reposo,
 »No contigo llevarme á otra ribera:
 »Védalo *aquél* que todopoderoso
 »En las sedes olímpicas impera.
 »Vasto mar que surcar, amado esposo,
 »Largo destierro que cumplir te espera;
 »Mucho errarás; empero, finalmente,
 »Llegarás á las playas de Occidente:

CLI.

»A Hesperia, patria de ínclitos varones,
 »A donde ameno y dilatado ondea
 »El lidio Tibre, que en besar los dones
 »De sus fértiles ribas se recrea.
 »Ancho imperio, magníficos blasones,
 »Régia consorte encontrarás; ni sea
 »Mi memoria á tu pecho dolorosa:
 »Harto has llorado á tu apartada esposa.

CLII.

»Que no á la nuera de la cipria Diva,
 »La hija del frigio Rey, reduce el hado
 »A sierva humilde de matrona aquiva:
 »¡No irá á ver, no, del vencedor airado
 »Soberbios techos mísera cautiva! .
 »La madre de los Dioses á su lado
 »Me acoge. ¡Adios! por nuestro Ascanio vela;
 »¡Amale siempre, y tu dolor consuela!»



CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,
 Mil cosas fuí á decir, cuando en sombríos
 Celajes se encubrió. Tres veces le echo
 Al cuello los amantes brazos míos,
 Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho
 Contra el burlado corazón vacíos,
 Desvanecida á mi anheloso empeño
 Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

CLIV.

»La noche terminó con mi porfía,
 Y torné. Con portátiles haberes
 Notable multitud llegado había,
 Ausente yo, cabe el altar de Céres.
 Apellídanme todos jefe y guía:
 «Contigo,» dicen, «á doquier esperes
 »¡Ay! alejarnos del confin troyano,
 »Rostro haremos al lóbrego Oceano.»

CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,
 Y larga y miserable muchedumbre.
 Y ya anunciaban pálidos reflejos
 Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.
 Ocupadas las puertas á lo léjos,
 Huye de auxilio la postrer vislumbre:
 Cedo á la suerte: á recibir me inclino
 Mi padre, y á los montes me encamino.

LIBRO TERCERO.

I.

«Despues que el Cie'o la inculpada gente
De Priamo y troyana monarquía
Derribó en tierra, y la ciudad potente
En círculos de humo perecia;
Tambien por alta inspiracion presente,
Mas sin saber por dónde el hado guia
O dó hemos de parar, labramos pinos
Que á otras playas nos lleven peregrinos.

II.

»Éramos cabe Antandro congregados
Al pié de Ida, y no bien pintó el estío,
Manda mi padre en brazos de los hados
Soltar velas del viento al albedrío.
Con llanto el puerto dejo, y los amados
Campos do Troya fué; y á la onda fio
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,
Y empiézome á engolfar en altos mares.

III.

»Cae por allá un país que Marte ampara
Y el austero Licurgo rigió un día;
Extensas tierras son que el Trace ara,
A quien ley de hospedaje nos unia;
Y viéronse sus Dioses en un ara
Con los Dioses de Troya en compañía
Cuando imperio feliz fuimos: ahora
Allí arribamos con humilde prora.

IV.

»Fundé en su corva orilla la primera
Ciudad, y á sus colonos apellido,
En mi memoria, Enéadas; mas era
Infausto el punto. Mal correspondido,
A mi madre la Diosa de Citera,
Y á los electos Númenes convidó;
Y en balde un toro albo, como á solo
Rey de los Dioses, al Saturnio inmoló.

V.

»Era allí un cerro, y en su cima habia
De puntas erizado un mirto: atento
La ara á vestir de verde lozanía,
Acudo, y ramas arrancar intento.
Mientras raíces desvolver porfía
Mi mano (¡oh singular, oh atroz portento!)
Brotar contemplo de las ramas rotas
Sangre que el suelo empapa en negras gotas.

VI.

»De espanto helado el corazon flaquea;
 Mas recobrado tiro de otra rama
 Por descubrir lo que el prodigio sea,
 Y otra vez sangre el vástago derrama.
 Confuso, dando de una en otra idea,
 Ya á Marte invoco que á los Getas ama,
 Ya á las huéspedas Ninfas de la selva
 Porque el signo de horror fausto se vuelva.

VII.

»Con esta mira y con esfuerzo nuevo
 Tercera rama desraigar decido;
 Mas cuando, hincada la rodilla, pruebo
 Su rigor á vencer, siento un sonido
 (No sé si ose decir, ó callar debo):
 Una voz funeral hiere mi oido:
 «¡Ay! ¿por qué, Enéas, las entrañas mias
 »Rompes? ¡No manches más tus manos pias!

VIII.

»Hijo yo fuí de la n acion troyan,
 »¿Y al que ya conociste ofendes muerto?
 »¡Esa sangre no es de árboles do mana!
 »¡Ah! ¡que de esta region huyas te advierto,
 »Aurívora region, playa inhumana!
 »Yo Polidoro soy: yace cubierto
 »Mi cuerpo aquí de flechas homicidas,
 »Ahora en ásperas ramas convertidas.»

IX.

»Adolorido, absorto me suspendo,
Sin voz, yerto el cabello. ¡Polidoro!
El mismo ¡ay! á quien Príamo, sintiendo
Vacilar en su mano el cetro de oro
Al amago de ejército tremendo,
Fió en secreto espléndido tesoro,
Y á que ajeno creciese á la desgracia,
A cargo le envió del Rey de Tracia.

X.

»Mas el perverso príncipe, copiando
En su porte mudanzas de la suerte,
Triunfante al ver de Agamemnon el bando
En contra del caído se convierte;
Y todo fuero con furor nefando
Atropella, y al mísero da muerte,
Y le asalta el caudal. ¿Qué de maldades,
Sacrílega sed de oro, no persuades?

XI.

»Vuelto en mí del espanto que me hi,
Hablo á mi padre, y á los jefes junto,
Lo que voz misteriosa me revela
Narro, y el parecer comun pregunto.
Todos proponen darnos á la vela
Y aquel sitio de horror dejar al punto;
No sin que al desdichado compatriocio
Pagado hayamos el postrer oficio.

XII.

»Túmulo, pues, alzámosle de arena,
Y á los manes dos aras que guarnecen
Cipres y tristes fajas; la melena
Sueltan matronas que en redof parecen.
Altos vasos que ó leche tibia llena,
Ó sangre consagrada, allí se ofrecen:
La tumba al alma errante da acogida,
Y clamamos la eterna despedida.

XIII.

»Así las sacras ceremonias, graves
Cumplido habiendo, á la señal primera
Que el Austro da con hálitos suaves
De que onda masa nuestra flota espera,
Corremos á la mar: sacan las naves
Mis compañeros, cubren la ribera;
Cruzamos ya los líquidos desiertos,
Y atras irse miramos playas, puertos.

XIV.

»Allá en mitad de los Egeos mares
Hay una isla entre todas la más grata,
Que, Númenes por siempre tutelares,
A Dóris bella y á Neptuno acata:
Ella un tiempo rondaba los lugares
Convecinos; ya errante el mar no trata;
Apolo entre las Cíclades fijóla,
Y allí inmóvil contrasta viento y ola.

XV.

»Allí abordamos, y el dichoso abrigo
Gozamos con que el puerto nos convida;
Mientras de Apolo la ciudad bendigo,
A darnos sale el Rey franca acogida.
Anio en mi padre abraza á un viejo amigo;
Anio, á quien, porque al par que le apellida
Ministro un Dios, un pueblo Rey le nombra,
Con la ínfula el laurel la sien le asombra.

XVI.

»Yo al templo secular devoto llego:
«¡Buen Dios!» exclamó, «¡término seguro
»Dá á nuestro error, á nuestro afan sosiego,
»Dá fundar feliz prole y propio muro!
»Nueva Troya lo llames, ó del fuego
»Hurtados restos y de Aquíles duro,
»Salva el tesoro, tú, que va conmigo;
»Dí, ¿cuál norte, cuál voz, cuál rumbo sigo?

XVII.

»Señal dá, en fin, y á nuestra mente envía
»Tu inspiracion.» Callé, y en tal momento
Ya el pórtico, ya el lauro se movía,
Y el monte en torno retembló en su asiento.
El velo que la trípole cubría
Gimió, abrióse el sagrario: al pavimento
Inclinamos las frentes confundidos,
Y sacra voz hirió nuestros oídos:

XVIII.

«¡Fuertes Troyanos! ved que la fortuna
 »Hinchado el seno de la patria os muestra
 »Que á vuestra raza fomentó en la cuna;
 »¡Buscad, buscad la antigua madre vuestra!
 »Id; allí Enéas, sin mudanza alguna,
 »Cimentará su casa, y de su diestra
 »El cetro heredarán sobre las gentes
 »Hijos, nietos, lejanos descendientes.»

XIX.

»Habló Apolo; y llenó los corazones,
 Amargada por dudas, la alegría,
 Pues «¿Dó aquellas están patrias regiones?»
 Preguntábamos todos á porfía.
 Mi padre ya de viejas tradiciones
 Recuerdos en su mente revolvía:
 «¡Oid, nobles!» prorumpe; «yo el secreto,
 »Á vuestras esperanzas interpreto.

XX.

»Hay una isla en el mar, Creta nombrada,
 »Cuna ya nuestra, con su monte Ida,
 »Cuna tambien de Júpiter sagrada,
 »De cien ricas ciudades guarnecida.
 »Trocó el gran Teucro esa feliz morada
 »Con la retea costa: á su venida
 »Ni allí á Pérgamo halló, ni halló poblados,
 »Sino hombres por los valles derramados.

XXI.

»Él, si éstas que aprendí no son infieles
 »Memorias, los cimientos sociales
 »De Troya echó, y el culto de Cibéles
 »Trajo, con sus misterios y atabales,
 »Los carros con leones por corceles,
 »Los bosques sacros, y aún en nombre iguales.
 »¡Partamos! el oráculo dichoso
 »Allá nos llama, á la region de Gnoso.

XXII.

»Ni estamos léjos de su orilla grata;
 »Tres luces gastaremos. Falta sólo
 »Que aplaquen dones al que el mar maltrata,
 »Que amparo preste el que serena el polo.»
 Dice, y en la ara sendos toros mata
 A Neptuno y á tí, divino Apolo;
 Sendas ovejas al Invierno negra,
 Blanca á Favonio que la mar alegra.

XXIII.

»La voz se esparce que del patrio suelo
 Proscrito Idomeneo huido habia,
 Que á huéspedes librando de recelo,
 Creta sus puertas solitaria abria.
 Y así á Ortigia dejando, hendiendo á vuelo
 El mar, á Náxos báquica y sombría
 Costeando vencemos, á Oleáros,
 Verde Donisa y albicante Páros.

XXIV.

»Entrambos por las Cíclades ligeros
Y el mar corremos de islas esparcido,
Y emúlense, al pasar, mis compañeros
Con clamores y náutico ruido;
«¡A Creta! ¡á Creta!» gritan vocingleros;
«¡A nuestra patria, á nuestro antiguo nido!»
E hiriéndonos en popa aura serena,
Al fin tocamos la anhelada arena.

XXV.

»Fundé una villa, mi dorado sueño,
Que Pérgamo llamé: del nombre ufanos
A los colonos miro, y los empeño
A alzar el muro y á arraigarse hermanos.
Yace en la enjuta orilla el hueco leño:
Yo dicto comun ley, reparto llanos;
Y á cultivar se entregan los mancebos
Nuevos lazos de amor y campos nuevos.

XXVI.

»Hé aquí, el aire infestando de repente,
El contagio cruel sacude el ala;
Infausto nuncio de estacion doliente,
Los arboredos y sembrados tala:
La vida va arrastrando falleciente
Quien ya el aliento último no exhala:
El Can ardiente estrago sordo hace;
Marchito el lustre de los campos yace.

XXVII.

»Y, sustento negando yermo el suelo,
Mi padre del oráculo divino
Manda que vamos á implorar consuelo
Tornando á abrírnos por el mar camino:
Que cuál término, diga, al mustio duelo
De este pueblo reserva peregrino;
A quién habemos de acudir; á dónde
Enderezar el rumbo corresponde.

XXVIII.

»Era alta noche y muda: en mi retiro
Yacia yo, la mente aletargada,
Cuando delante á los Penates miro
Que hurté al incendio en la fatal jornada.
Por mis ventanas, en su errante giro
Lograba á la sazón la luna entrada,
Y del brillo bañados macilento
Ellos me hablaban con benigno acento:

XXIX.

«No temas,» me decían; «pues de parte
»De Apolo, que oficioso nos envía,
»Los destinos venimos á anunciarte
»Que él, volviendo tú allá, te anunciaría.
»Tu brazo nos salvó de adverso Marte,
»Librónos tu piedad de llama impía;
»Hemos seguido tu fortuna, y fieles
»Navegamos contigo en tus bajeles.

XXX.

»En grato premio á tu favor, mañana
 »Al cielo hemos de alzar tus descendientes;
 »Mas hoy, á esa ciudad que soberana
 »Herencia haremos de invencibles gentes
 »(Que esto es tuyo, no nuestro), el paso allana:
 »Lo harás, si en largo viaje no consientes
 »Reposo: asiento muda: el Dios profeta
 »No te brindó con descansar en Creta.

XXXI.

»Hay de antiguo un país, con apellido
 »De Hesperia por los Griegos señalado,
 »Pueblo en trances de guerra asaz temido,
 »Tierra asaz grata á la labor de arado.
 »Fué primero de Enotrios poseido,
 »Y hoy Italia se nombra, por dictado
 »De famoso caudillo procedente,
 »Si ya constante tradicion no miente.

XXXII.

»¡Ésta, ésta es nuestra patria verdadera!
 »Que allí Dárdano y Yasio nacimiento
 »Tuvieron; aquel Dárdano, primera
 »Cepa de nuestra raza. Tú contento
 »Vé, y de ello al viejo genitor entera
 »Por cierto. Y de Corito en seguimiento
 »A los ausonios términos navega.
 »Mansion en Dicte Júpiter te niega.»

YOMO Y.

S

XXXIII.

»Como esto ví y oí (no en sueños vanos
 Eran; que bien las sienes discernia
 Veladas, y los rostros soberanos,
 Y áun bañaba en sudor mi frente fria),
 Salto del lecho arónito: las manos
 Extiendo suplicante; ofrezco pia
 Libacion en mi hogar: de ahí contento
 Corro á mi padre, y la vision le cuento.

XXXIV.

»Del doble origen la talacia siente
 Él, y confiesa que sufrido habia
 Con la antigua senal error reciente:
 «¡Hijo,» así hablaba, «á quien la suerte impia
 »Burla cruel! Casandra solamente
 »Hizo de estos sucesos profecía;
 »Y á menudo se oyó, recuerdo ahora,
 »¡Hesperia! ¡Italia! de su voz sonora.

XXXV.

»¿Mas quién iba á pensar que á Hesperia iria
 »Nuestra gente jamás? ¿Ni quién pudiera
 »A Casandra creer? ¡Hoy, hoy nos guia
 »Voz infalible que partir impera!»
 Tal dijo, y aplaudimos á porfía.
 Quedan algunos en la infiel ribera;
 Y el áncora levando y la esperanza
 El hueco leño al piélagos se lanza.

XXXVI.

»Cuando ya nos hubimos engolfado,
Y entre agua y cielo, al fin, no vemos cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre mi nave sólido se posa
De lóbreguez y tempestad cargado.
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidad se entenebrece,
Esfuérzanse huracanes, la onda crece.

XXXVII.

»¡Tristes! que arrebatándonos el viento
En la vasta extensión, á golpe duro,
Relámpagos cruzando el firmamento,
Ciegos erramos sobre el ponto oscuro.
Todo es horror el húmedo elemento:
¿Es día? ¿es noche? el mismo Palinuro
Nada distingue; en negro torbellino
Sacudido del rumbo, perdió el tino.

XXXVIII.

»Ya tres días llevábamos enteros
Y tres noches á oscuras, desmandados,
Cuando léjos notamos placenteros
Visos de tierra, y asomar collados,
Y humo al cielo subir. Los marineros
Las antenas calando arrebatados,
Asen del remo, y al batir continuo
Cubren de espuma el líquido camino.

XXXIX.

»Al suyo las Estrófades, del seno
Librados de las ondas, nos invitan:
Ínsuias son que con renombre heleno
En el vasto mar Jonio se acreditan.
Allí, allí la terrífica Celeno
Y las arpías de su casta habitan,
Del tiempo en que de Fíneo y sus moradas
Las alejó el temor, nunca saciadas.

XL.

»¡Arpías, hórda atroz, monstruos furiales!
Generacion igual jamás vió el mundo,
Ni peste más cruel á los mortales
Envió el cielo ni abortó el profundo:
Alado el cuerpo, rostros virginales;
Arroja el seno vil vestigio inmundo;
Corvas manos y piés, garfios rapantes;
Pálidos siempre de hambre los semblantes.

XLI.

»Áun no bien nuestra flota anclado habia,
Cuando notamos por allí ganados
Vacunos y lanares ir sin guia
Ledos paciendo en abundosos prados.
Hicimos en la grey carnicería;
Brindamos con los fáciles bocados
A los Dioses, á Júpiter; y á priesa
Aderezamos la campestre mesa.

XLII.

»Ya el manjar succulento en sillas blandas
De céspedes gustábamos. En ésto
Dejan sus montes las aéreas bandas
Con ala resonante y salto presto;
Nos rapan de revuelo las viandas;
Todo lo manchan con su aliento infesto;
Y fuera de ofender vista y olfato,
El viento hieren con aulido ingrato.

XLIII.

»De ahí en el hueco de un peñon antiguo
Otra vez el banquete cauto extiende,
De corvas selvas al repuesto abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo.
Ya ponía en el ara el fuego amigo,
Y otra vez de cien partes con estruendo
Baja improviso el escuadron nefando,
Y royendo revuela y escarbando.

XLIV.

»Al arma llamo; en la soez canalla
Hacer estrago, en cuanto vuelva, ordeno:
Y ocultamos á intento de batalla
Entre las hojas y el verdor ameno
Cuchillas y broqueles. Todo calla...
Mas ya que por la orilla vió Miseno
Que acuden en tropel, de una alta roca
Do atalayaba, su bocina toca.

XLV.

»Corremos á la seña, en lid no usada
 La ímpia raza á extirpar del mar salida;
 Mas ¡vano esfuerzo! que lesion la espada
 No hace en las plumas, ni en el cuerpo herida.
 Infectan cuanto muerden de pasada,
 Y hedor esparcen en su impune huida;
 Y una de ellas, Celeno, en yerta altura
 Infausta así con voz siniestra augura:

XLVI.

«Vinisteis á matar nuestros rebaños,
 »¡Hijos de Laomedon! ¡manos impías!
 »Y en guerra, de sus patrios aledaños
 »Quereis lanzar, sin culpa, á las Arpías!
 »¡Pues oid y temblad horribles daños!
 »Catad lo que os anuncio en profecías
 »La mayor de las Furias: trasmitiólo
 »A Febo Jove, y á Celeno Apolo.

XLVII.

»Buscáis á Italia con errante quilla,
 »Y cierto que con vientos aplacados
 »Ireis á Italia, y cobrareis la orilla
 »Que os diputan benévolos los hados;
 »Mas no podreis la deseada villa
 »Ceñir, sin que á expiar desaguizados
 »Con fuerza ántes os mueva el hambre aciaga
 »Tal, que aún las mesas devorar os haga.»

XLVIII.

»Dijo, y al bosque alçteando vuela.
 Á influjo de su voz mis compañeros,
 A quien la sangre de terror se hiela,
 Con el brío deponen los aceros.
 Ya con votos, con súplicas se apela
 A pedir paz y á deshacer agüeros,
 Ora malvadas y aves ominosas
 Sean aquellas, ó terribles Diosas.

XLIX.

»Y vuelto Anquíses hácia el mar, las manos
 Extiende, y con solemnes sacrificios
 Los Númenes invoca soberanos:
 «¡Dioses!» clama, «¡torced tales auspicios!
 »¡Dioses! ¡tales anuncios haced vanos!
 »¡A un pueblo justo defended propicios!»
 Dice, y cables soltar en el momento
 Manda, y las lonas descoger al viento.

L.

»Cumplióse lo mandado; y ya hincha el Noto
 Las velas que á sus soplos confiamos;
 Merced suya, y en manos del piloto,
 Entre espumosas ondas navegamos:
 Zacinto se aparece, ameno soto,
 En medio de la mar: Duliquio, Sámos;
 Ardua y fragosa Néritos se ostenta,
 Ítaca con escollos fraudulenta.

LI.

»Huimos de ellos, y del patrio clima
 De Ulises maldecimos. Adelante
 Léucates yergue su nublosa cima,
 Apolo hace temblar al navegante.
 Allá torcemos: fatigada arrima
 A la humilde ciudad la flota errante;
 Ya á proa el marinero anclas arroja;
 Ociosos cascos la ribera aloja.

LII.

»En no soñado asilo aras enciendo
 Do mis votos á Júpiter desato;
 Y en tierra de Accio, celebrar emprendo
 Juegos de Frigia. El patrio pugilato
 Todos, desnudo el cuerpo, el cuerpo ungiendo,
 Renuevan con ardor. Recuerdo es grato
 Haber vencido riesgos y fatigas
 Entre tantas ciudades enemigas.

LIII.

»El sol á la sazón su añal carrera
 Concluía, y con hálitos glaciales
 El cierzo aborregaba la onda fiera.
 Fijé á un poste, del templo á los umbrales,
 Combo escudo que el grande Abas trajera,
 Y del caso en memoria, letras tales:
 MONUMENTO GANADO Á LAS AQUEAS
 TRIUNFANTES HUESTES : CONSAGRÓLO ENÉAS.

LIV.

»Llamé al remo; y dejamos, con suspiro
Del batido oleaje, las arenas;
Pronto las cumbres de Feacia miro,
Y tórnanse á esconder, vistas apénas.
Llegamos al Caonio puerto, á Epiro
Costeando, y pedimos las almenas
Excelsas de Butroto. Aquí una nueva
Dichosa hallamos que increíble eleva.

LV.

»Oigo que en griego territorio impera
Heleno, hijo de Príamo, debido
A ser de la viuda y heredera
De Pirro, nieto de Éaco, marido;
Que así el antiguo rango recupera
Andrómaca. Turbado, conmovido,
De amor llevado, de ansiedades lleno,
La playa dejo y flota, y voy á Heleno.

LVI.

»Hé aquí con sacros funerales dones,
Ántes de la ciudad, en selva umbría,
Cabe un fingido Símois, libaciones
Al caro polvo Andrómaca ofrecia;
Y los manes con tristes oraciones
A la tumba llamaba, que vacía
De verde césped, á Héctor dedicara.
Y una, motivo al llanto, doble ara.

LVII.

»Tal Andrómaca estaba en el instante
 En que, subiendo yo por el camino,
 A mí propio y las armas delirante
 Vió de Troya; y del caso peregrino
 Pasmada al punto queda: vacilante,
 Perdió el rostro el color, la planta el tino;
 Y solo á obra de tiempo el labio mudo
 Articular sueltas palabras pudo:

LVIII.

«¿Que en fin te miro en corporal figura?
 »¡Hijo de Vénus! ¿mensajero cierto
 »Me apareces? ¿áun gozas la aura pura?...
 »¡Ah! ¿y Héctor dónde está, si ya eres muerto?»
 Esto dijo llorando, y la espesura
 Llenaba su clamor. Su desconcierto
 Febril, dejóme sin respuesta; al cabo
 Mal breves frases anheloso trabo:

LIX.

«No dudes; palpas realidades. Vivo,
 »Y á cien peligros arrojé mi vida;
 »Mas véme: salvo á tu presencia arribo.
 »Ah! ¡y de tan gran varon destituida,
 »Pobre mujer! ¿te vuelve el hado esquivo
 »Algo de tu ventura merecida?
 »Tú, la Andrómaca de Héctor venturosa,
 »¿Yaces aún avasallada esposa?»

LX.

»Ella el rostro inclinando, recobrada,
Con voz sumisa su dolor expresa:
«¡Oh entre todas nosotras fortunada
»Tú, inocente beldad, jóven princesa,
»Que al pié del patrio muro, por la espada
»Fuiste á morir sobre enemiga huesa!
»Que ni suertes sacaste á tu despecho,
»Ni de amo vencedor serviste al lecho!

LXI.

»¡No así la que incendiados sus hogares,
»Sufrió á un duro jayan, de raza altiva
»Sufrió el rigor, y por remotos mares
»Anduvo errante, y concibió cautiva!
»Y despues que probé tantos azares,
»El tirano raptor en llama viva
»Por Hermíone ardió, nieta de Leda,
»Y á Esparta corre do en su amor se enreda.

LXII.

»Entónces á un esclavo dió su esclava;
»Cedióme á Heleno. Oréstes que veía
»Quitársele su esposa, se abrasaba
»De amor, de ardor furial, de rabia impía;
»Y ante el paterno altar á hierro acaba
»Desprevenido á su rival un dia;
»Con que Heleno, de siervo que ántes era,
»Cobró aquestas regiones en que impera.

LXIII.

»Él de entonces á sus campos y pabladros
 »Apropió de Caonia el apellido,
 »En honor de Caon; y en los collados
 »Que ves, segundo Pérgamo se ha erguido
 »Y ese nuevo Ilion. Mas dí, ¿qué hados
 »Favorables de guía te han servido?
 »¿Qué aura feliz, cuál misteriosa fuerza
 »Causa es que acá tu nave el rumbo tuerza?

LXIV.

»¿Qué se hizo Ascanio? ¿vive aún? Y aquella
 »Que en la noche fatal...? ¿Destino impío!
 »Pobre niño, ¿recuerdos guarda de ella?
 »¿Le anima á la virtud, al patrio brío,
 »Ver cuál dejan de sí brillante huella
 »Enéas, su buen padre, Héctor su tío?»
 Así hablaba llorando, y vanamente
 Corria de sus lágrimas la fuente.

LXV.

»Heleno, que hácia allí bajando vino
 Con gran cortejo, nos conoce en tanto,
 Y á la ciudad nos guía, y de camino
 Nos habla con palabras y con llanto.
 Yo, andando, reconozco ó adivino
 Nueva Troya, otro Pérgamo, otro Janto,
 Bien que aquél breve y pobre aquéste sea,
 Y abrazo en mi ilusion la puerta Escea.

LXVI.

»Cual propia, en la ciudad mis compañeros
 Entran: pórticos que amplios los reciban
 Les abre Heleno, y de ellos los primeros
 En fuentes, tazas de oro, comen, liban;
 Llenas copas empinan placenteros,
 Y resuena el salon. Así se iban
 Corriendo un dia y otro. El soplo austrino
 Ya hinchaba, voceando, el vago lino.

LXVII.

»Ántes, empero, de soltar las naves,
 Yo á Heleno interpele con tales voces:
 «Tú que de Febo los misterios sabes,
 »Y sus lauros y trípodas conoces;
 »Tú que entiendes los astros, y las aves
 »Con su canto augural y alas veloces;
 »Troyano vate, intérprete del Cielo,
 »Con alta inspiracion calma mi anhelo!

LXVIII.

»Profecías, oráculos, deidades
 »Trázanme rumbo de asechanza ajeno,
 »Señalando repuestas heredades,
 »Nombrando á Italia. Sola ya Celeno
 »Cruda hambre anuncia, acerbas novedades;
 »¡Arpía atroz! ¡aviso de horror lleno!
 »Tú, ¿cuál riesgo evitar me importa, y cómo,
 »Dí, amagos frustró y contratiempos domo?»

LXIX.

»Él toros ántes, como el rito manda,
 Inmola; descinó la venda pia;
 El favor de los Númenes demanda,
 Y por la mano hácia el altar me guia.
 ¡Oh Febo! en tu presencia veneranda
 Temor yo entónces y temblor sentia,
 Cuando comienza, sacerdote sabio,
 Heleno á hablar con inspirado labio:

LXX.

«¡Hijo de Vénus! no del prez receles
 »Que te anuncian auspicios celestiales:
 »Tal es la voluntad de Jove, y fieles
 »Tal la necesidad, tus hados tales.
 »Empero, porque rueden tus bajeles
 »En tu navegacion ahorrando males,
 »Y firme gozo al aferrar te quepa,
 »Tus destinos, de hoy más, tu mente sepa.

LXXI.

»Cosas nay que decillas Juno, es cierto,
 »O sabellas tal vez las Parcas vedan;
 »Mas yo entre mucho lo esencial te advierto
 »Y anuncios doy que aprovecharte puedan.
 »Ante todo, á esa Italia, vega y puerto
 »Que á tu corto entender cercanos quedan,
 »Aun de tí la separan, á fe mia,
 »Largo espacio interpuesto y larga via.

LXXII.

»Y á fe que el remo blandear se vea
 »Del mar Trinacrio y Tusco en los cristales,
 »Y la ínsula de Circe, hija de Ea
 »Visites, y los lagos infernales,
 »Tiempo ántes que de tí fundado sea
 »Estable muro. Agora las señales
 »Escucha de la tierra prometida,
 »Y en la memoria conservarlas cuida.

LXXIII.

»Cuando oculto raudal con planta lenta
 »Rondando fueres caviloso un dia,
 »Si allí una hembra de cerdo corpulenta
 »Al márgen ves entre robleda umbría,
 »Con treinta lechoncillos que alimenta,
 »Alba, en torno á sus ubres la alba cria,
 »Esa es la seña: allí podrás, te auguro,
 »De afanes tantos descansar seguro.

LXXIV.

»Ni el pronóstico tiembles de comeros
 »Hasta las mesas: os oirá benino
 »Apolo, y á cumplirse los agüeros
 »Vendrán sin daño por mejor camino.
 »Mas de la ítala costa á do con fieros
 »Tumbos va á desbravarse el mar vecino,
 »Huye, que todas por ahí moradas
 »Son, de pérfidos Griegos habitadas.

LXXV.

- »Fundada por los Locros aparece
 »Naricio allá: con militar arreo
 »Los campos Salentinos, que enaltece
 »Procedente de Licto Idomeneo:
 »Allá humilde Petilia, á quien guarnece
 »Filoctétes, caudillo melibeo:
 »Huye en suma y traspuestos esos mares,
 »Grato, saltando en tierra, eleva altares.

LXXVI.

- »El voto entónces cumplirás, la frente
 »Cubriendo en torno de purpúreo velo,
 »No sea que ante el fuego sacro, ardiente
 »En honor de los Númenes del Cielo,
 »Hostil presencia, súbito accidente
 »Al rito dañe. Con piadoso celo
 »Guardad esta costumbre los Troyanos;
 »La guarden vuestros nietos más lejanos!

LXXVII.

- »Ya que al confin te impela siciliano
 »El viento, y de Peloro el paso estrecho
 »Más ancho mires cuanto más cercano,
 »Entónces rodeando largo trecho
 »El rumbo sigue hácia la izquierda mano;
 »Trata el siniestro lado, huye el derecho;
 »Y vé en ese pasaje tú y pondera
 »Cuál la avanzada edad todo lo altera.

LXXVIII.

»Eran en uno entrambos continentes;
 »Mas vino el mar con ímpetu y rüina
 »Y con sus olas separó rugientes
 »De la sícula costa la vecina.
 »Opónense de entónces diferentes,
 »Y opresa en el canal la onda marina,
 »Tal vez muros, tal vez fértil campaña,
 »Acá y allá con sus espumas baña.

LXXIX.

»El paso asedian, por el diestro lado
 »Scila, Caríbdís en la parte opuesta:
 »Tres veces en su abismo exacerbado
 »Las aguas con hervor se sorbe ésta,
 »Y escúpelas al Cielo de contado;
 »Miéntas de oscura cavidad repuesta
 »Saca por tiempos la ancha boca aciaga
 »Scila entre escollos y los buques traga.

LXXX.

»Es humano su aspecto, y peregrino
 »Le lava un seno de mujer la ola;
 »Monstruo en el resto osténtase marino,
 »Vientre de lobo y de delfin la cola.
 »Doblar prefiere el cabo de Paquino
 »En tarda vuelta, á ver una vez sola
 »Al encorvado semipez horrendo,
 »Con sus canes cerúleos y alto estruendo.

TOMO I.

LXXXI.

»Tú, si fias de Heleno, ¡hijo de Diosa!
 »Si de Apolo el oráculo obedeces
 »Que Heleno anuncia, aún óyeme: una cosa
 »Te intimo y te encarezco una y mil veces:
 »Que hábil de Juno triunfes poderosa
 »Con votos y con dones y con preces:
 »Triunfante has de ir, porque seguro vayas
 »Las sículas dejando, á ítalas playas.

LXXXII.

»Verás, llegando á Cúmas, los sagrados
 »Lagos, y Averno que entre bosques suena;
 »Y cantando una maga ocultos hados
 »En hueca roca, de entusiasmo llena:
 »Nombres ésta y caracteres grabados
 »En hojas tiene; lo que grava ordena;
 »Y el antro aquel las misteriosas notas
 »Guarda, cada una en su lugar, inmotas.

LXXXIII.

»El órden luce en la mansion tranquila;
 »Mas si gira la puerta, y cala el viento
 »Y entre las hojas frágiles oscila,
 »Que caducas esparce con su aliento,
 »Ni sus versos recuerda la Sibila,
 »Ni á adornar torna el cóncavo aposento
 »Con las reliquias; y si ansioso vino,
 »Maldiciente se aleja el peregrino.

LXXXIV.

»Guarte no allí te asuste útil demora:
»Ten calma, aunque los tuyos te den prisa,
»Aunque el rumbo marcando bullidora
»Haga fuerza á los mástiles la brisa;
»Ten calma, y los oráculos implora,
»Acude á consultar la profetisa,
»Que persuadida de tus ruegos ella
»Cantará los semblantes de tu estrella.

LXXXV.

»Y los pueblos, y gentes venideras
»De Italia te dirá, guerras futuras;
»Y de llevar te enseñará maneras,
»O tal vez de eludir fatigas duras;
»Caminos te abrirá, si la veneras,
»Y prósperas hará tus aventuras...
»No me es lícito más. Vé ahora, y constante,
»A Troya al Cielo tu virtud levante.»

LXXXVI.

»Tonos usando de amistad süaves,
Así consejos dábame prudentes
El vate; y que llevasen á las naves
Mandó luégo magníficos presentes:
Aureos adornos los hicieran graves
Y de elefante elaborados dientes:
Y de plata riquezas amontona,
Y vasos nos regala de Dodona.

LXXXVII.

»Y de triples metales fabricada
 Y de anillos de oro guarnecida,
 Una cota me da, y una celada
 Con espléndido airon enriquecida,
 De Pirro enántes armadura usada:
 Ni dones él para mi padre olvida.
 De caballos, de guias, de remeros
 Nos abastece y suministra aceros.

LXXXVIII.

»Manda mi padre que á zarpar se a'liste
 La escuadra al espirar del fresco viento;
 Cuando el profeta á quien Apolo asiste
 Háblale así con obsequioso acento:
 «¡Anquíses! ¡tú que digno hallado fuiste
 »Del tálamo de Vénus opulento!
 »¡Tú, objeto caro á la bondad divina,
 »Salvo dos veces de comun rüina!

LXXXIX.

» Hé ahí del mar Italia se levanta!
 »¡Vé arrebatarla de tu flota al vuelo!...
 »Ten; que allende, al olor de gloria tanta,
 »Ha de rondar paciente vuestro anhelo;
 »De Ausonia la region que Apolo canta,
 »Aun léjos cae. ¡Te defienda el Cielo,
 »Padre feliz por la filial ternura!
 »Basta: ¡el Austro os convida, y ya murmura.»

XC.

»Andrómaca á su vez, bañada en lloro,
 Una ausencia eternal viendo cercana,
 Ropas presenta recamadas de oro
 Y una clámide á Ascanio da troyana;
 De ornadas telas de sutil tesoro
 Empieza á desvolver la pompa ufana,
 Y, «Guarda estas labores de mis manos,»
 Dice, excusando cumplimientos vanos:

XCI.

»¡Acuérdete la veste que te ciño
 »De Andrómaca el amor, de Héctor esposa!
 »¡Postrer dón de los tuyos lleva, oh niño,
 »Tú, única imágen de mi prenda hermosa!
 »En ti me representa mi cariño
 »Sus ojos, su ademan, su habla amorosa:
 »Hoy podria vivir; hoy si viviera,
 »A par contigo florecer le viera!»

XCII.

»¡Yo gimiendo les daba adioses tales:
 «¡Oh! ¡dichosos quedad, pues la fortuna
 »Fijasteis! ¡Arrostramos temporales
 »Nosotros: vos no hendeis ola importuna
 »Ni á playas vais que os huyan desleales!
 »La paz se os concedió. De un Janto y una
 »Troya gozais que hicieron vuestras manos:
 »¡Así auspicios la quepan más humanos!

XCIII.

»¡Así los Griegos la atalayen ménos!
»Si al Tibre arribo y campos comarcanos
»Que hace del Tibre la corriente amenos,
»Y alzo el muro que espero á mis Troyanos,
»Lacio y Epiro, de recuerdos llenos,
»Sólo una Troya compondrán hermanos:
»Tales el Cielo cumpla nuestros votos;
»Tal gocen nuestros nietos más remotos!»

XCIV.

»De allí hácia los Ceraunios, desde donde
Puede á Italia pasarse sin fatiga,
Navegámos. En tanto, el sol se esconde,
Y la sombra los montes cubre amiga.
Ya en tierra, á qué remeros corresponde
Velar, hacemos que la suerte diga;
Solaz cobramos en orilla grata,
Y manso el sueño nuestros miembros ata.

XCV.

»La noche áun no mediaba su carrera
De las horas llevada, y Palinuro
Ya se alza, y á la brisa más ligera
Oidos tiende entre el silencio oscuro:
De una ojeada al rodear la esfera,
Ve en paz los astros declinar; ve á Arturo,
Y las Híadas tristes y las Osas,
Y áureo con armas Orion lumbrosas.

XCVI.

»Visto en el cielo plácidas señales,
Nos dió la suya de hácia el mar sonora;
A cuya voz movemos los reales,
Y velas descogemos á la hora.
Hendíamos los líquidos cristales;
Rósea los astros ahuyentó la Aurora,
Y al teñir de su luz los horizontes,
Hé aquí avistamos nebulosos montes.

XCVII.

»Italia léjos honda aparecia;
«¡Italia!» Acátes exclamó el primero,
Y todos repitieron á porfía
El saludo de «¡Italia!» placentero.
Colma Anquíses de vino, en su alegría,
Un alto vaso que adornó primero
De hojas festivas, y en la popa erguido
Con preces tales dominó el rüido:

XCVIII.

«¡Oh grandes Dioses de la mar y el suelo!
»¡Arbitros de los vientos! Dad que aprisa
»Avancen nuestras naves en su vuelo;
»¡Merced hacednos de oportuna brisa!»
Y el aura, anticipándose á su anhelo,
Arreciaba amorosa. Se divisa
Cercano arrimo; y de Minerva un templo
En yerta cumbre descollar contemplo.

XCIX.

»El velámen cogiendo incontinente
 Damos fondo á las proras. Arqueado
 El puerto á impulsos de oriental corriente,
 Le oculta y ciñe natural vallado.
 Yertos escollos guárdanle de frente
 Que azota encanecido el mar salado;
 Y como á entrar el leño se aproxima,
 Semeja huir la consagrada cima.

C.

»Cuatro potros vi allí, primer agüero,
 Níveos rozando la menuda grama;
 A cuya vista, «¡Oh suelo forastero!
 »Tu hospedaje es de guerra,» Anquíses clama:
 «¡Guerras ama el corcel; nuncio es guerrero!
 »Mas tambien el corcel los juegos ama;
 »Tiempo há que, dócil copia, carros tira;
 »El presagio, á esta cuenta, paz respira.»

CI.

»Pálas, la diosa de armas resonantes,
 Fué, á quien gracias rendimos, la primera
 Que allí Troyanos hospedó triunfantes:
 Con la púrpura frigia, en su ribera,
 Cubrimos ante el ara los semblantes;
 Y, lo que Heleno tanto encareciera,
 Con pompa ritüal á Juno argiva
 Hicimos sacrificio y rogativa.

C'I.

»Todo en órden cumplido, el mar convida;
 Torcemos la asta á la vestida entena,
 Y la costa dejamos, por guarida
 De aleves Griegos, de asechanzas llena.
 El golfo de Tarento vi en seguida;
 Fundo de Hércules ya, si no condena
 La verdad á la fama. Preeminente,
 Sacra Lacinia se aparece en frente.

CIII.

»Y ya asoma Caulonia, y Scilaceo
 Que náufraga infamó reliquia tanta;
 Y ya el sículo Etna léjos veo
 Que, al parecer, de la onda se levanta;
 Y oigo roto en la playa el clamoreo
 Del mar que en peñas su furor quebranta;
 Enríscese la espuma, y el arena
 Arrebatada en remolino suena.

CIV.

»Y mi padre gritaba: «Ésta es, sin duda,
 »Caríbdis abismosa, y éstos, éstos
 »Los arrecifes, ¡amenaza aguda!
 »Que Heleno ya nos anunció funestos.
 »¡Ea! cada uno con el remo acuda
 »Tanto riesgo á evitar!» Acuden prestos;
 Palinuro, el primero, á izquierda vira,
 Y gimiendo la proa en la onda gira.

CV.

»Y todos, á poder de brazo y viento,
Á izquierda tuercen. Súbita oleada
Acércanos, erguida, al firmamento,
Y luégo á los abismos, aplanada.
Se oye tres veces el hervor violento
De la riscosa cóncava morada,
Y tres veces la espuma se alborota,
Y una pluma del agua el aire azota.

CVI.

»El sol ya declinaba hácia su ocaso,
El aura tenue falleciendo iba,
É incierto el rumbo y el aliento escaso,
Dimos de los Ciclopes en la riba.
Serenos el puerto se dilata, y paso
Niega á asaltos del mar la rada esquivá;
Mas no léjos de allí con torva saña
Etna ruge atronando la campaña.

CVII.

»Ya pez negra y cenizas albicantes
Etna, en turbion de nubes, fuera bota,
Y en globos que carcomen vacilantes
El brillo sideral, incendios brota;
Ya peñascos alanza fulminantes,
Toscos fragmentos de su entraña rota,
Y lava arracimada, á són de trueno,
Y sordo hierve el cavernoso seno.

CVIII.

»Del rayo á médias calcinado, es fama
Que Encélado padece en la honda sima:
Deja á veces por grietas ver la llama
Etna descomunal sentado encima;
Y cuando, preso en la insufrible cama,
A ladearse el réprobo se anima,
Trinacria toda retemblar parece,
Y envuelto en humo el Cielo se oscurece.

CIX.

»Sobrecogidos de pavor pasámos
La noche bajo amago tan tremendo,
En hueca selva de tejidos ramos,
Ignorantes la causa del estruendo;
Que ni brillar un astro divisamos,
Ni el éter nos bañó, su luz cerniendo,
Mas la noche con sombras importuna
En triste nimbo arrebozó la luna.

CX.

»Ya se alzaba á anunciar un nuevo dia
El matinal lucero en oriente,
Y ahuyentando tras él la niebla fria
Risueña el alba coloró el ambiente;
Cuando un bulto que humano parecia,
Cadavérico aspecto, aire doliente,
Saliendo de los bosques más cercanos,
Tiende á la playa las incermes manos.

CXI.

»Faz de dolor y gesto de gemido,
 Ostentaba su rostro extenuado:
 Grifos su barba; andrajos su vestido,
 Con espinas sujeto de pescado.
 Vuelta, el caso cruel mi gente vido,
 Y quedó absorta. En lo demas, soldado
 Haber sido de aquellos parecia
 Que envió Grecia contra Troya un día.

CXII.

»Él, como arreos columbró troyanos,
 Paróse, dando de terror señales;
 Vuela luégo á la orilla, y en insanos
 Lloros prorumpe y en palabras tales:
 «¡Por los Dioses del Cielo soberanos,
 »Por esta santa luz y auras vitales,
 »Oid, hijos de Troya, mi gemido:
 »Arrancadme á esta playa; es cuanto pido!

CXIII.

»Yo la verdad confesaré de grado:
 »Griego hice ya contra Ilión campaña:
 »Si perdon no os merece mi pecado,
 »Fin poner presto á adversidad tamaña.
 »¡Ea! ¡heridme, matadme; destrozado
 »Al mar lanzadme á sosegar su saña!
 »Pues del hado el rigor quiere que muera,
 »A manos de hombres moriré siquiera.»

CXIV.

»Habla, y nuestras rodillas adherido
 Abraza, de rodillas derribado:
 Movémosle á que diga su apellido,
 Su linaje, y mudanzas de su estado.
 Ca'ló breves momentos, y dolido
 Mi padre Anquíses, con benigno agrado
 La diestra ilustre tiende al magro jóven,
 Y añade muestras que el temor le roben.

CXV.

«Yo Aqueménides soy,» dijo sincero
 El afan serenando que le aterra:
 «Fuí del mísero Ulíses compañero,
 »A Itaca tuve por nativa tierra.
 »Mi padre, escasa el arca de dinero,
 »Me aventuró á los lances de la guerra:
 »Llamábase Adamasto. ¡Ah, siempre el hado
 »Me mantuviese de mi padre al lado!

CXVI.

»Miéntras huir de esta ímpia costa emprende
 »Hé aquí mi gente me dejó en olvido,
 »En un antro que lóbrego se extiende
 »De manjares sangrientos esparcido:
 »El antro de un Ciclope. El monstruo hiende
 »(Oh, qué monstruo cien veces maldecido!)
 »Las nubes, si la frente alza espantosa;
 »Y nadie hablarle ni áun mirarle osa.

CXVII.

»Crudos devora á cuantos tristes caza.
 »Tendido en medio al antro donde espía,
 »Con la mano feroz con que atenaza
 »Asir dos de los nuestros vile un dia:
 »A golpe en un peñon los despedaza;
 »El umbral de la sangre se mecia;
 »Vi humor los miembros destilar, y ardiente
 »Tremar la carne al dar diente con diente.

CXVIII.

»No tal Ulíses soportó; ni en ese
 »Trance á su fama desmintió su pecho;
 »Mas aguardó á que el monstruo se rindiese
 »De manjares y vino satisfecho:
 »Rindióse al fin, doblando el cuello, y fuése
 »Adurmiendo en la cueva, su amplio lecho;
 »Y su boca brotaba entre ramores,
 »Trozos de vianda, y de licor vapores.

CXIX.

»Á los Dioses llamando en nuestra ayuda,
 »Sorteado el peligro, á un mismo instante
 »Corremos en redor, y una asta aguda
 »Clavamos en el ojo del gigante:
 »Ojo, al metal que á Argivos combo escuda,
 »O al gran disco de Febo semejante;
 »Ojo único, bajo hosca ruga oculto;—
 »Y así vengámos su brutal insulto.

CXX.

»¡Huid, tristes, huid! todo os conjura!
»Cortad los cables sin perder momento;
»Pues como ese, que agora por ventura
»Ordeña, consolando su tormento,
»Su grey lanosa en su caverna oscura,
»Como ese horrendo Polifemo, hay ciento,
»Y en magna procesion la prole infanda
»Ronda esta costa, y por los montes anda.

CXXI

»Ya por tercera vez brillar he visto
»Las fases de la luna renovadas,
»Desde que en esta soledad existo
»Y á las fieras disputo sus moradas.
»Cauto los monstruos de una peña avisto,
»Y su voz tiemblo y tiemblo sus pisadas;
»Y zonzas nutren mi existencia acerba
»Silvestres bayas y arrancada hierba.

CXXII.

»Vi llegar vuestra flota á esta ribera,
»Miéntas miradas de ansiedad dirijo
»Cuan léjos logro; y fuese lo que fuera,
»Palpitando volé de regocijo.
»Ya, ya estoy libre de esta raza fiera:
»¡Ahora matadme si quereis!» Tal dijo;
Y ya un bulto, áun no bien de hablar acaba,
En los vecinos montes descollaba.

CXXIII.

»Obeso Polifemo se movia
En medio del lanígero ganado,
Y á la usada ribera el paso guia:
¡Gran monstruo, informe, atroz, de luz privado!
Hácenle sus ovejas compañía,
Consuelo solo de su adverso estado,
Sírvele de baston desnudo un pino,
Y con resuelto pié cata el camino.

CXXIV.

»Llega á la playa de su ruta al cabo;
Y al mar entrando, con sus ondas lava
Del ojo, herido del ardiente clavo,
La sangre que grumosa chorreaba.
Crujir los dientes le hace el dolor bravo
Que el mal renueva y el enojo agrava;
Y más y más se interna en la agua, y ésta
Le moja apénas la cintura enhiesta.

CXXV.

»Tembiando, y á par nuestro recibido
El que, eso visto, la verdad decia,
Las amarras soltamos sin rüido,
Y el mar los remos barren á porfía.
Sintió el gigante, y se volvió al sonido;
Mas vió que con el brazo no podia
Tocarnos ya, ni competir tampoco
Con las jónicas ondas, de ira loco.

CXXVI.

»Gimió entónces: el ponto se estremece
 Al inmenso clamor, el viento zumba;
 Italia toda retemblar parece;
 Etna en sus hornos cóncavos retumba.
 Y de montes y selvas se aparece,
 Al són de alarma, la feroz balumba
 De los otros Ciclopes, que se ordenan
 En largas filas, y las playas llenan.

CXXVII.

»Yo los vi, yo, los étneos hermanos,
 En pié, con sendos ojos imponentes,
 ¡Junta horrenda! mirádonos insanos,
 Al cielo alzadas las soberbias frentes.
 Tales inmoble ostentan los ancianos
 Cipreses y los robles eminentes
 Cima piramidal ó copa vana,
 En los bosques de Jove ó de Diana.

CXXVIII.

»Con el vivo temor que nos aguija,
 Al sacudir el cable, al dar la vela,
 Torcemos á do el viento nos dirija,
 Y á do el viento sopló, la nave vuela.
 Mas porque no el azote nos aflija
 Entre Scila y Caríbdis, que revela
 La voz de Heleno, que á evitarlo exhorta,
 Volver y el rumbo enderezar importa.

CXXIX

»Bóreas en tanto de la estrecha boca
De Peloro enviado, nos ampara.
El Pantágias pasamos, que entre roca
Viva desagua; el seno de Megara,
Y Tapso humilde. Nuestra quilla toca
En sitios que Aqueménides declara;
Que en rumbo inverso los corrió primero,
Ya del mísero Ulises compañero.

CXXX.

»Hay en el golfo siciliano, en frente
Del undoso Plemirio, una isla bella,
Y quiso ya la primitiva gente
Con el nombre de Ortigia noble hacella.
Fama es que Alfeo de Élide, latente
Vino y errante bajo el mar á ella;
Y ya unido, Aretusa! á tus raudales
Vuela ufano á los sículos cristales.

CXXXI.

»Habiendo allí los Númenes honrado,
Y el campo atras dejado peregrino
Que el Heloro fecunda remansado,
Los salientes peñascos de Paquino
Raemos. Léjos aparece el vado
Que un Dios vedó moviesen Camarino;
Y el gran pueblo de Gela, y su campaña,
A quien dió nombre el rio que lo baña.

CXXXII.

»Tierra de nobles potros afamada,
Acragas en seguida se presenta,
Y de léjos fijó nuestra mirada
El ancho muro de que está opulenta.
Selínos, la de palmas coronada,
Ya atras te quedas: la onda fraudulenta
Del rocalloso Lilibeo corto,
Y á Drépano ¡ay, llorosa playa! aporto.

CXXXIII.

»Tras tanto afan, en extranjero suelo,
El hado á Anquíses me robó tirano;
Era en mis penas mi único consuelo,
Él daba aliento á mi cansada mano.
¡Oh padre bondadoso! ¡oh acerbo duelo!
¡De cuántos riesgos escapaste en vano!
No me anunció, entre tanto mal, Heleno
Desgracia tal, ni la cruel Celeno!

CXXXIV.

»Meta de viajes, causa de gemidos
En Drépano encontré. De ahí del viento
Vinimos por el piélago impelidos,
Merced de un Dios, á vuestro ilustre asiento.»—
Tal sucesos del Cielo dirigidos
Narraba el héroe al auditorio atento,
Contratiempos, errores y peleas:
Calló, en fin, y descanso tomó Enéas.

LIBRO CUARTO.

I.

Herida en breve de dolencia aciaga,
Pábulo da la Reina en cada hora
Al placer mismo de enconar la llaga,
Y de fuego secreto se devora:
Del héroe, su valor, su alcurnia, halaga
El pensamiento, y de su voz sonora
El eco, y de su faz guarda el trasunto;
Y tregua el vivo afan no sufre un punto.

II.

Húmida el alba sonrió, y el día
Con luz roja entre nieblas despuntaba,
Cuándo á su amante hermana el paso guía
Dido, y con ella así coloquio traba:
«¿Qué sueño tentador, querida mía,
El sueño fué que de agitarme acaba?
Mas este huésped que tenemos, dime,
¿Cuál corazón habrá que no le estime?»

III.

»¿Qué brío á su alma y brazo no acompaña?
¡Cuál se pinta en su frente su destino!
Yo, si mis ojos la ilusion no engaña,
Que descende de Dioses adivino;
Pues torpe miedo que el semblante empaña,
Siempre delata al corazon mezquino;
Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,
¡Qué de combates concluidos canta!

IV.

»Eterno, irrevocable es mi desvío
De un nuevo enlace al criminal deseo;
Que mi esperanza en flor y el amor mio
Yacen con las cenizas de Siqueo.
Mas si á mis ojos sin fulgor sombrío
Pudiese arder la antorcha de Himeneo,
ólo de este héroe la gentil presencia
Capaz fuera á vencer mi resistencia.

V.

»Confesártelo quiero: desde el dia
Que el doméstico altar fué enrojecido
Por la venganza del hermano impía
Con la inocente sangre del marido,
Sólo aqueste extranjero á simpatía
Ha logrado moverme, y su latido
Volver al corazon, que ya se inflama;
El calor sientto de la extinta llama.

VI.

»Mas hiéndase y sepúlteme en su seno
La tierra; el padre del Olimpo santo
Me precipite al retumbar del trueno
En la mansion de noche eterna y llanto,
Si es ¡oh pudor! que mi deber no lleno,
Si tu sagrado código quebranto.
Pues de todo mi amor hice á él promesa,
Amar debo su sombra, honrar su huesa!»

VII.

Dice; y baña en sus lágrimas, vencida,
El seno amigo. Respondióle Ana:
«Tú, á quien más amo que mi propia vida,
Qué, ¿pasarás la juventud lozana
Sin coger flores con que amor convida,
Sin lograr frutos de que amor se ufana?
¿Piensas que de los vivos los cuidados
Van el sueño á inquietar de los finados?»

VIII.

»Fuese así, ¿qué les debes? No hubo amante,
Ni hoy en esta nacion, ni ántes en Tiro,
Que tu pecho ablandase de diamante:
Á Yárbas desdeñaste, y el suspiro
De tantos de que al África arrogante,
Claros guerreros, alabarse miro.
¿Mas á tu amor y utilidad te opones?
Oye á ese amor y mira á estas regiones.

IX.

»Las gétulas ciudades aguerridas
De una parte amenazan al Estado;
Ves allá los indómitos Numidas,
La Sirte inhospital: por otro lado
Los Barceos errantes y homicidas,
El árido desierto y abrasado;
¿Y lo que ha de venir de Tiro sabes?
¿Qué, si el airado hermano apresta naves?

X.

»Fué de los Dioses voluntad, no dudo,
Favor de Juno, que en tu bien se esmera,
Que frigios buques tras embate rudo
Saludasen al fin nuestra ribera.
¿Qué no promete tan dichoso nudo?
Con la troyana juventud guerrera
¡Cuánto en gloria y poder la patria gana!
¡Qué gran nacion la que verás mañana!

XI.

»En tanto á la Deidad en los altares
Inclina en tu favor con sacrificios,
Mientras al extranjero en tus hogares
Obligas con benévolos oficios.
Causas proponle de aguardar: los mares
Agitados de vientos impropicios,
La flota inhábil para alzar el vuelo,
El pluvioso Oríon y ambiguo el cielo.»

XII.

Ana habló así; y el reprimido fuego
Torna de Dido en llamas encendidas,
Y en esperanzas del amor más ciego
Las timideces de pudor nacidas.
Juntas, altares visitando, el ruego
Cantan de paz, y ovejas escogidas
Ofrecen, según rito, á Febo, á Céres
Que leyes da, y al Dios de los placeres

XIII.

Más que á todos á Juno, la que enlaza
Cuellos de amantes con feliz cadena,
La Reina acude, y si ofrecerle traza
Blanca novilla, que inmolar ordena,
Entre uno y otro cuerno ella la taza
De sagrado licor derrama llena;
Y si, ornado el altar, favores pide,
La sacra ceremonia ella preside.

XIV.

Torna á iniciar con cada nueva aurora
Nueva fiesta. Con labios anhelantes
Su destino en las víctimas explora
Consultando las fibras palpitantes.
La ciencia del augur ¡oh cuánto ignora!
Ni ¿cuál rito sanó pechos amantes?
Consume fuego halagador la vida,
Fresca recata el corazón su herida.

XV.

Tal la Reina abrasada incierta gira:
Así tambien en la selvosa Creta
Algun vago pastor de léjos tira
A cierva incauta rápida saeta;
El, que clavó el arpon tal vez no mira;
Ella en bosques y valles huye inquieta,
Y en vano huyendo de librarse trata,
Que va con ella el dardo que la mata.

XVI.

Y ya á Enéas á ver los muros guia
Y primores le enseña por do viene;
Empezados proyectos le confía,
Va á hablar tal vez, y al pronto se detiene;
O ya en festines, en cayendo el dia,
Con preguntas, cual ántes, le entretiene;
Que lances torne á referir le agrada,
Y torna á oirle, de su voz colgada.

XVII.

Tambien á veces la infeliz, hallando
El semblante del héroe en su semblante,
Estrecha á Ascanio contra el seno blando,
Por si engañado Amor duerme un instante.
Y cuando todos se retiran, cuando
Su móvil faz, á trechos radiante,
Con velo funeral cubre la luna
Y se hundén las estrellas una á una;

XVIII.

Cuando todo á los vivos aconseja
Tomar descanso, en la desierta sala
Pasea sus congojas, y honda queja,
Consigo á solas, de su pecho exhala;
Ó en el lecho tal vez caer se deja
Que ocupó en el festin, y se regala
Con el amado, que al amado ausente
Presente le ve allí; le oye, le siente.

XIX.

Suspensa en tanto la comun tarea,
Ni en ejercicios de armas se solaza
La juventud, ni en concluir se emplea
Nadie ya el puerto, ni en murar la plaza:
No se alza más la torre gigantea;
Inconcluso, rüinas amenaza
Todo el muro, y la máquina que osa
Hasta el cielo empinarsc, asombra ociosa.

XX.

La hija de Saturno, la que al lado
Reina de Jove, ha visto á la infelice;
Ve que al amor inmola ya el cuidado
De su fama, y á Vénus llega, y dice:
«Rica presa hijo y madre habeis logrado
Que una mujer la planta en red deslice
Que dos Dioses le armaron de concierto,
¡Es gran conquista y memorable, cierto!

XXI.

»Mal pudiera ignorar que sospechosas
Tú de Cartago las mansiones hallas;
Yo sé que en tus recelos no reposas
Cuando ves de Cartago las murallas.
Mas ¿no habrá fin á tan acerbas cosas?
¿Siempre hemos de reñir duras batallas?
Justo es ya que finquemos, si te place,
Eterna paz en venturoso enlace.

XXII.

»Cuanto pudo halagar tu fantasía,
Todo lo tienes á sabor cumplido:
Dido muere de amor: la llama impía
Cala y consume el corazon de Dido.
Que esta nacion rijamos tuya y mia
Con igual potestad, es lo que pido:
Dido al Troyano obedecer se vea;
Dote fiada á ti Cartago sea.»

XXIII.

Vénus, cual si no hubiese en sus razones
La mira penetrado traicionera
De llevar á las líbicas regiones
El reinado feliz que á Italia espera,
«Acojo,» respondió «lo que propones;
Que en vez de ello altercar, demencia fuera:
Falta sólo que el vínculo que dices
Efectos logre, cual prevés, felices.

XXIV.

»Yo, yo temo del Hado los arcanos;
Ni decir sé si Júpiter se paga
De que, uniéndose Tirios y Troyanos,
Solo un pueblo la union de entrambos haga.
Mas tú los pensamientos soberanos
Del mismo Jove suplicante indaga;
Que es derecho de esposa; y de consuno
Obraremos despues.» Respondió Juno:

XXV.

«Fíalo á mi prudencia, que lo aplaza
Para su tiempo. A lo que está primero
Por el pronto atendamos: con qué traza
Lograremos el fin, decirte quiero.
Salir han concertado al monte á caza
Dido y Enéas: que saldrán espero
Cuando el sol tienda desde la alta cumbre
Los primeros destellos de su lumbre.

XXVI.

»Yo, en viendo las garzotas de colores
Agitarse, y que empiezan la espesura
Con cuerdas á ceñir los cazadores,
Recia borrasca moveré en la altura,
El cielo en torno asordaré á rumores,
Granizo lanzaré de nube oscura;
Dispersos correrán, y á todos lados
Con ciega sombra toparán cerrados.

XXVII.

»Dido y el Rey de la troyana gente
En una gruta entónces á deseo
Reparo buscarán: seré presente,
Y haré, si tu favor cordial poseo,
Que á consorcio se obliguen permanente,
Y el juramento sellará Himeneo.»
Tal su ardid Juno expone á Vénus; y ésta
Sonrisa de adhesion dió por respuesta.

XXVIII.

Aurora en tanto de la mar salia
Hermosa: y redes ya de claros hilos
La alegre multitud trae á porfía,
Y lonas, y venablos de anchos filos:
A la vez llegan con sagaz jauría
A caballo los ágiles Masilos;
Y á Dido, que en la régia alcoba áun tarda,
Region florida en el umbral aguarda.

XXIX.

Soberbio de oro y grana, el campo huella,
Y espumoso un bridon tasca el bocado:
Ya ella sale á montarle, y va con ella
El juvenil cortejo alborozado.
Su clámide purpúrea franja bella
Pinta; es áureo el carcaj que lleva al lado;
La veste ciñe en áureo broche; en oro
Coge de sus cabellos el tesoro.

XXX.

Asoma ya la juventud troyana;
Gozoso llega Ascanio, Enéas llega
Radiante de hermosura soberana,
Y las bandas, cual príncipe, congrega.
No en gentileza ó majestad le gana
Apolo, cuando hurtándose á la vega
Del Janto, ó á la Licia envuelta en hielos,
Fiestas instaura en la materna Délos:

XXXI.

Honran al Dios, su altar ciñendo santo,
Y Cretenses y Dríopes en coró,
Y abigarrados Agatirsos, canto
Mezclando y danzas en tropel sonoro;
El de Cinto en las cumbres vaga en tanto;
Orna el suelto cabello, á par del oro,
Con tiernas hojas de gentil guirnalda,
Y los dardos retiemblan á la espalda.

XXXII.

Cuando al monte llegaron y al sagrado
De hojosos laberintos, á deshora
Del risco descolgándose empinado
Ven la silvestre cabra trepadora.
Mueve á los ciervos súbito cuidado,
Y la manada al campo voladora
Cruza; nube de polvo en torno crece,
Y los montes dejando, desaparece.

XXXIII.

Ascanio revolviendo va á doquiera
Su brioso caballo por el llano,
Y ya á los unos en veloz carrera,
Ora á los otros se adelanta ufano.
Entre inermes rebaños, aplaudiera
Un jabalí espumoso haber á mano,
Y ruega que del áspero boscaje
Algún rojo leon al campo baje.

XXXIV.

Hé aquí el cielo amenaza, óyense truenos,
Sigue granizo y tempestad oscura;
Y, Tirios y Troyanos de atan llenos,
Cada cual por su lado huir procura:
Ni de Vénus al nieto acosa ménos
El cielo: albergues van por la llanura
Buscando: de las sierras eminentes
Se despeñan las aguas á torrentes.

XXXV.

Iba el troyano capitan con Dido,
Y á una gruta se acogen á deseo:
Presagia la alma Tierra con rüido,
Y Juno, al rito atenta, el himeneo:
El cielo en los misterios instruido,
Alumbró con siniestro centelleo;
Las Ninfas á que el monte da moradas,
Gimieron en las cumbres elevadas.

XXXVI.

¡Oh raíz de infortunio, hora funesta!
 No alimenta en su amor furtiva llama
 La Reina ya, ni miramiento presta
 A lo que honor ó la opinion reclama:
 Por velo da á su culpa manifiesta
 Nombre de matrimonio. Y ya la Fama
 Por cuantas villas Africa numera
 Canta con voz los hechos pregonera.

XXXVII.

Fama aquella malvada se apellida
 Que es veloz como igual no ha visto el cielo,
 En su movilidad está su vida,
 Y le crecen las fuerzas con el vuelo:
 En los primeros pasos va encogida;
 Luégo se alza ambiciosa: por el suelo
 Humildemente rateando empieza;
 Luégo esconde en las nubes la cabeza.

XXXVIII.

Llena de ardor contra los Dioses, creo,
 La Tierra hubo á la Fama hija postrera,
 Póstuma hermana á Encélado y á Ceo,
 Agil de miembros y de piés ligera.
 Cuantas plumas, enorme monstruo y feo,
 Ciñendo al cuerpo va, ¿quién tal creyera?
 Tantos debajo oculta ojos despiertos,
 Tantas bocas y oídos siempre abiertos.

XXXIX.

Estridente en la sombra mueve el ala
 De noche, y entre tierra y cielo vuela;
 Nunca el sueño sus párpados regala!
 De día, misterioso centinela,
 En techo ó torre altísima se instala,
 Y asombro dando á las ciudades, vela,
 Y con ardor igual, doquier que gira,
 Divulga la verdad y la mentira.

XL.

Lo mismo ahora, ufana, diligente.
 Mezcla verdades y ficciones vanas,
 Y esparciéndolas vuela entre la gente
 Corriendo las provincias comarcanas:
 Que ha arribado, de Troya procedente,
 Enéas á las playas africanas;
 Que le acoge, y consiente en ser su esposa,
 La soberana de Cartago hermosa;

XLI.

Más: que olvidando públicos cuidados.
 En la red del placer entretenidos,
 Gozan los días del invierno helados,
 Por amor, lo que duren, encendidos:
 La ímpia Diosa por campos y poblados
 Va esto poniendo en bocas y en oídos,
 Y al rey Yárbas torciendo, llega en breve,
 Le inflama el alma, y á furor le mueve.

XLII.

Robó á la ninfa Garamanta un día
 Jove Amon; de éstos hijo Yárbas era;
 El cual cien templos dedicado había,
 En los vastos dominios en que impera,
 A su padre, y cien aras, donde ardia
 Velador fuego que morir no espera:
 El suelo en sangre víctimas coloran;
 Tiernas guirnaldas el dintel decoran.

XLIII.

El rumor revolviendo que le aqueja
 Yárbas allí, entre estatuas tutelares,
 Gime alzando las palmas; ni se aleja
 Sin fatigar con ruegos los altares:
 «¡Oh Jove omnipotente, á quien festeja
 Con obsequios del Dios de los lagares
 La gente maura en recamados lechos!
 ¿Ves, dí, la iniquidad de humanos pechos?»

XLIV.

»¿Ves? ¿Ó cuando á las nubes rompe el seno
 El fuego, y tiembla el hombre, asombro es vano?
 ¿No es voz de tu furor el ronco trueno?
 ¿Ciegos salen los rayos de tu mano?
 Vino aquí errante una mujer: terreno
 Compró para ciudad pequeña: un llano
 La di que cultivado la abastase;
 A su dominacion yo eché la base.

XLV.

»Y ella ayer desechóme por marido;
¡Ah! ¡y ella un huésped hoy sienta á su lado!
Y éste que unge el cabello y va servido
De eunucos, nuevo Páris, y el tocado
Meonio ciñe, en vergonzoso olvido,
Gozando libre está de un bien robado;
¡Y yo, que en darte culto no reposo,
Llevo infeliz renombre de dichoso!»

XLVI.

Tal, asido al altar, Yárbas gemia;
Y oyendo el Padre su clamor prolijo
Vió la copia de amantes que yacia
En torpes lazos, y á Mercurio dijo:
«Óyeme, y cruza la region vacía;
Los céfiros te ayuden, vuela, hijo;
Vé al Rey troyano que en Cartago olvida
Mansiones do Fortuna le convida.

XLVII.

»¡Que no así, le dirás, su madre hermosa
Me le ofreció; ni para fin tan triste,
Cuando la muerte entre la lid le acosa,
Una vez y otra á remediarle asiste;
Mas para que su raza gloriosa
Restaure, y éntre á Italia, y la conquiste
Henchida de poder, hirviente en guerra,
Y leyes dicte al orbe de la tierra!

XLVIII.

»Que si no le da impulsos la memoria
De sus altos destinos, ni se afana
Por ceñirse el laurel de la victoria,
Débele á Ascanio la ciudad romana.
¿Y querrá á un hijo defraudar su gloria?
¿Ó qué entre gente á su mision profana
Proyecta? ¿Por lo suyo no suspira?
¿Ni allá los campos de Lavinio mira?

XLIX.

»;Tú vé; intímale, pues, mi mandamiento:
Yo mando, en conclusion, se haga á la vela!»
Dijo; á su voz el mensajero atento,
Cumplir el cargo presuroso anhela;
Y la sandalia calza en el momento,
La áurea sandalia con que alado vuela
Cual soplo de los céfiros, lo mismo
Sobre la tierra y sobre undoso abismo.

L.

Cobra en seguida el Dios su caduceo:
Con él las sombras pálidas evoca
Que yacen en el Orco, y al Leteo
Lleva tambien las ánimas: provoca
Y disipa los sueños á deseo;
Los mustios ojos abre si los toca:
Con él nublados trata, auras domina;
Y ya volando á Atlante se avecina.

LI.

El cual con pinos hórrida levanta,
Y de hoscas nubes guarnecida ostenta
Su anciana frente, estriba en firme planta,
Y el alto cielo sobre sí sustenta:
Nieve arropa sus hombros; se quebranta
En sus flancos rugiendo la tormenta,
Y á trechos en arroyos se desliza
El bronco hielo que su barba eriza.

LII.

Allí el cilenio Dios descanso toma;
Paz da á las alas que al igual batía,
Y luego al mar con fuerza se desploma;
Y cual ave que al pez la gruta espía
Y en las playas, rasando el alga, asoma,
Tal á las costas líbicas venía,
Distante en breve del materno abuelo,
Entre agua y tierra el Dios á salto y vuelo.

LIII.

No bien chozas tocó su planta aladꝝ
Muros trazando y casas al caudillo
Troyano ve, cuya ceñida espada
Puntas de jaspe esmaltan de amarillo,
Y á quien clámide en púrpura bañada
Los hombros cubre con ardiente brillo:
Obsequios de la rica soberana
Que con oro sutil bordó la grana.

LIV.

Fué uno verle y ponérsele delante:
 «¿Tú á echar las bases de Cartago atento?
 ¿Tú ornando esta ciudad, postrado amante?
 ¿Tú de tus hados sordo al llamamiento:
 Pues dime—que de Olimpo radiante
 Me envía á ti por sobre el raudo viento
 El que el mundo gobierna y las esferas—
 ¿Qué es lo que en Libia descuidado esperas?»

LV.

»Que si no te da impulsos la memoria
 De tus altos destinos, ni te afanas
 Por ceñirte el laurel de la victoria,
 Mira á Ascanio crecer: las italianas
 Comarcas son su herencia; allí su gloria
 ¿De un hijo harás las esperanzas vanas?...
 Calló, y la vista deslumbrada deja,
 Y cual sombra en el aire huye y se aleja.

LVI.

Quedó Enéas absorto, híspido el pelo,
 Hecha un nudo la voz en la garganta.
 Ya en dejar piensa aquel amado suelo,
 Que la divina inspiracion le espanta.
 Mas ¡duro trance! ¡amargo desconsuelo!
 ¡Ir á anunciar que el áncora levanta
 A aquella que por él de amor fallece!...
 Cómo, no sabe, ni por dónde empieza.

LVII.

Propónese mil cosas, y cuan presto
Se fija en una, á esotra vuelve en tanto;
Vacila: al fin resuelve, y á Sergesto
Y á Mnesteo convoca, y á Cloanto:
Que hagan, les manda, sin rumor apresto
De embarcaciones; que su gente á canto
Reunan de zarpar; armas prevengan,
Y sus intentos bajo sello tengan.

LVIII.

Que él entre tanto con mesura y tiento—
Pues la espléndida Dido nada sabe,
Ni espera que en eterno alejamiento
Aquel tan grande amor tan presto acabe—
Para hablarle, buscando irá momento
El más propicio, y modo el más süave:
Esta es su voluntad. Todos aprueban,
Y alegres el mandato á cabo llevan.

LIX.

¿Cómo engañar á un corazon que ama?
Ella todo lo sabe, lo adivina;
Fué quien primero descubrió la trama,
Y, aún en horas serenas, de rüina
Amagos presintió. ¿Qué más? La Fama
Sus ocultos recelos amotina,
Maligna susurrando que aparejan
Naves los Teucros; que á Cartago dejan.

LX.

Fuera de tino la soberbia amante
Corre por la ciudad, como se agita
En las órgias solemnes la bacante
Cuando oye en torno la vinosa grito,
Y los tirso descubre, y resonante
A sus misterios Citeron la invita:
Tal va la Reina, y tal sin más recato
Vuela á afrentar al amador ingrato.

LXI.

«¿Disimular ¡oh pérfido! esperaste
Tu malvada intencion, tu felonía?
¿Y tu nave en mi puerto imaginaste
Que en silencio las velas soltaria?
¿Cosa no habrá que á disuadirte baste?
¿Ni mi amor, ni la fe jurada un dia?
¿Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por ti morirá de muerte dura?»

LXII.

»¡Y que en lo crudo de hibernales meses
Quieres de presto aderezar tu flota!
¡Que tanto en levar ferro te intereses
Cuando más Aquilon la espuma azota!
Díme, cruel, si en lejanía vieses
No extraños campos, no ciudad ignota,
Mas renaciente á Troya, ¿á tus hogares
Cruzando irias procelosos mares?»

LXIII.

»¡Huyes de mí! Mas nuestra union te pido
 Que recuerdes; y este único tesoro
 Que reservé, mi corazon herido,
 Mírale aquí, y las lágrimas que lloro!
 Si algo te merecí, si hallaste en Dido
 Algo de amable, tu clemencia imploro!
 ¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
 ¡Ah! ¡si aún vale rogar, muda de intento!

LXIV.

»Nómades reyes, gentes confinantes
 Me odian por ti; mi pueblo me desama;
 Por ti inmolé el pudor, y la que ántes
 Me alzaba á las estrellas, limpia fama.
 ¡Oh huésped! en mis últimos instantes
 Me abandonas; y ¿á quién? Mi voz te llama
 Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tarde?
 ¿Al extranjero ó al hermano aguardo?

LXV.

»¿Yárbas feroz, que mi persona aprese?
 ¿Pigmalion, que mi nacion arrase?
 ¡Oh! ¡si ántes de esa fuga al ménos de ese
 Amor alguna prenda me quedase:
 Un tierno Enéas que en mi hogar corriese
 Que en su rostro infantil tu faz copiase!
 No tan desamparada me veria;
 No fuera tan cruel tu accion impía!»

LXVI.

Él, que de Jove, miéntras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso,
Fijos los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
«Mi gratitud tu esplendidez alaba,»
Esto al fin dijo apénas; «y confieso
Que si arguyes ¡oh Reina! con mercedes,
Muchas y grandes recordarme puedes.

LXVII.

»Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imágen tuya dulcemente unida,
Miéntras guarde mis propias tradiciones,
Miéntras mi pecho aliente aura de vida.
Mas oye, en la cuestion, breves razones:
No pensaba ocultarte mi partida,
Ni de union conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi mision no es ésa.

LXVIII.

»¿No ves que si el destino me otorgara
Guiar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¡Podria de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzarán sus alcázares reales,
Y poderosa, como en ántes era,
Troya de sus cenizas renaciera!

LXIX.

»Mas ¡ay! la voz de oráculo divino
Fuerza mi voluntad, Febo me guía;
Navegar para Italia es mi destino,
Ya éste es mi amor, y esta es la patria mia!
Cual hoy Troyano á Ausonia me encamino,
Tiria á Cartago tú viniste un dia;
Ya en paz la riges: en igual manera
Buscamos, do reinar, zona extranjera.

LXX.

»Mi padre Anquíses, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
Y brillan las estrellas por el cielo,
En sueños me habla, y su actitud me aterra:
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
Y en él mirando, el corazón se cierra;
Que aquí, distante del confin hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

LXXI.

»No há mucho el nuncio de los Dioses vino;
Por vida de ambos que le vi te juro,
Enviado por Júpiter, camino
Por los aires abrir, y entrar el muro:
Estoy mirando su esplendor divino;
Oyendo estoy su mandamiento duro!
No me des más, no más te des tormento;
Llévanme á Italia, y con dolor me ausento!»

LXXII.

Miéntras hablaba, fiera y desdeñosa
 Con ardiente inquietud ella le mira;
 Mirándole en silencio, ira rebosa,
 Y luégo á voces se desata en ira:
 «No fué tu madre, ¡pérfido! una Diosa,
 Que descienes de Dárdano es mentira;
 Cáucaso te engendró entre hórridos lechos,
 Hircana tigre te crió á sus pechos!

LXXIII.

»Ya ¿qué hay que disfrazar? ¿qué más espero?
 Ve llorando á su amante, ¿y se contrista?
 ¿Le merecí una lágrima, un ligero
 Signo de compasion? ¿volvió la vista?
 ¡Cielos! ¿Qué agravio acusaré primero?
 ¿Cuál Dios habrá que á vindicarme asista?
 Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!
 Con justa indignacion miran mi daño.

LXXIV.

»¡Oh justicia! ¡oh lealtad! ¡nombres vacíos!
 ¡Yo náufrago, desnudo, falleciente
 Le recogí, le abrí los reinos míos,
 El imperio con él partí demente!
 Yo los restos salvé de sus navíos,
 Yo libré de morir su triste gente!..
 ¿A dónde me despeña el pensamiento?
 ¡Llevada de furor, arder me sientó!

LXXV.

»¡Y ahora la voz de oráculo divino
Fuerza su voluntad! ¡Febo le guía!
Ni há mucho el nuncio de los Dioses vino,
¡Y es heraldo que Júpiter le envía!
¡Y en los aires abriéndose camino
Le trae la órden fatal! ¡Quién pensaria
Que hubiesen de alterar cuidados tales
La alta paz de los Dioses inmortales!

LXXVI.

»Nada te objeto, ni partir te impido:
Vé, y por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido;
¡Busca esa Italia con favor del viento!
Mas si justas deidades, fementido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
Y á Dido por su nombre allí mil veces

LXXVII.

»Invocarás; y Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente;
Y cuando á manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, á tu mirada
En todas partes estaré presente!
Tu crimen pagarás; sabráse, oirélo:
¡Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!»

LXXVIII.

Ella súbito aquí la voz detiene,
Y huye la luz odiosa con gemido;
El, que á oponer razones se previene,
Queda atónito, absorto, atontecido.
Y hé aquí un grupo de esclavas la sostiene
En brazos; y la llevan sin sentido
Al tálamo, de mármoles labrado,
Y la reclinan sobre el regio estrado.

LXXIX.

Cierto que con palabras de dulzura
El religioso príncipe quisiera
Mitigar de la triste la amargura
Y el dolor suavizar que la exaspera.
Gime él de corazon su desventura,
Que amor le oprime con angustia fiera;
Todo, empero, lo vence, y determina
Recto cumplir la voluntad divina.

LXXX.

Ya á revistar su armada acude al puerto,
Y ya las altas popas de la orilla
Los Troyanos alanzan de concierto;
Flota liviana la embreada quilla.
Remos y tablas da, de hoja cubierto,
Tronco informe, áun no bien la hacha le humilla;
Y en este afan por coronar la empresa,
Salen de la ciudad todos de priesa.

LXXXI.

Tal las hormigas pródidas saquean
Riquezas que en sus antros acumulan;
Y, en la hierba cruzándose, negrean,
Y en senda angosta, por do van, pululan:
Unas á empuje granos acarrean,
Otras, á la que tarda ora estimulan,
Corrigen ora á la que pierde el tino;
Con tanta agitacion hierve el camino.

LXXXII.

¡Tu pobre corazon qué sentiria!
¡Cuán grande hubo de ser, Dido, tu pena,
Cuando hirviente la playa en lejanía
Atalayabas desde la alta almena!
¡Qué, al sentir la confusa vocería
Con que al mar asordaba la faena!...
Tú ¿á qué un alma no obligas, amor ciego?
Por ti ella al lloro vuelve, y vuelve al ruego.

LXXXIII.

Con interpuestas súplicas ensaya
Ir á amansar rebeldes sentimientos;
Que morir no es prudente sin que haya
Esforzado los últimos intentos:
«¡Ay, Ana! ¿ves bullir toda la playa?
Míralos: corren, vuelan; ya contentos
Las popas adornarón de coronas;
Ya convidan al céfiro sus lonas.

LXXXIV.

»Yo que pude esperar dolor tan fiero
 Lo sabré soportar, hermana mia.
 Este único favor te pido, empero:
 Pues te preciaba en tanto, y ser solía
 El pérfido contigo verdadero,
 Y tú hallabas sazón de entrarle y vía,
 Anda, y doblar con súplicas procura
 Esa cerviz cual de enemigo dura.

LXXXV.

»Que no con Griegos, le dirás, la guerra
 Juré en Áulide, naves á hacer riza
 No envié á Troya, no moví la tierra
 Que cubre de su padre la ceniza.
 ¿Pues por qué oídos á mi llanto cierra?
 ¿Qué huye azorado así? ¿Quién le hostiliza?
 Buen viento espere y que la mar se ablande:
 Es gracia, y la postrera que demande.

LXXXVI.

»No ya que vuelva por la fe de esposo
 Ni á ese Lacio renuncie tan querido,
 Que le costara asaz, pedirle oso,
 Tiempo (nada le cuesta) es cuanto pido!
 ¡Tregua al dolor, momentos de reposo
 Dé, en que el pecho á sufrir se avece herido!
 Esto ruego; sé, hermana, compasiva;
 Haz esto, y soy tu esclava mientras viva.»

LXXXVII.

Tal la triste con lágrimas decia;
 Tal á Enéas con lágrimas la hermana
 Habla, y vuelve, y retorna, y su porfía
 (No hay con él argüir) fatiga es vana;
 Que ni por llantos su intencion varía,
 Ni á ruegos ya su voluntad se allana;
 Rigor del hado: al penetrar su cido
 Embota un Dios la fuerza del gemido.

LXXXVIII.

Cual recio, antiguo roble á quien trabada
 Legion de vientos en el Alpe embiste;
 Braman; cruje la rama atormentada
 Y de hoja el suelo en derredor se viste;
 Mas él, asido de peñascos, nada
 Teme, y á opuestos ímpetus resiste,
 Y el cielo con su copa hiriendo altiva,
 Con raíz honda en el Averno estriba;

LXXXIX.

Él a í de querellas golpeado,
 Cuando su angustia divertir no pueda
 Tenaz resiste de constancia armado;
 Inútil llanto de los ojos rueda.
 Mas Dido, á quien temblar hace su hado,
 Morir quiere que el cielo la conceda;
 Ni la bóveda espléndida celeste
 Torna á mirar sin que pesar le cueste.

XC.

Fortuna, que en su daño se encruelece,
Porque su infausto fin seguro sea
Hace que á tiempo que devota ofrece
Dones en la ara do el incienso humea,
Note el agua lustral que se ennegrece
Y en sangre el vino corromperse vea.
¡Oh vista horrible! Atónita, confusa,
Áun á su hermana declararlo excusa.

XCI.

Dedicado á Siqueo un templo habia,
Todo de mármol, al palacio adjunto:
Ella le ama, ella le honra, y le atavía
Con velos blancos como nieve, junto
Con tiernas ramas. En la noche umbria
Parecióle que el cónyuge difunto
La llama, del oscuro monumento
Con misteriosa voz, con hondo acento.

XCII.

Oyó á un buho tambien que se lamenta
Solitario en los altos torreones
Con lloroso clamor; su duelo aumenta
El recuerdo de aciagas predicciones.
Enéas mismo en sueños la atormenta;
Y por largo camino, por regiones
Aridas, siempre sola, peregrina,
Ir buscando á los suyos se imagina.

XCIII.

Tal las huestes de Euménides Penteo
Y dos soles, dos Tébas mira insano;
Tal Oréstes con ciego devaneo
Comparece en la escena huyendo en vano:
Con fuego y sierpes tras el hijo reo
Arma una sombra la terrible mano,
Y vengadoras Furias las entradas
Sitian del templo, en el umbral sentadas.

XCIV.

El dolor la ha vencido; la despeña
El furor: el partido extremo abraza;
Y en su mente los trámites diseña,
Acuerda el modo, y el momento aplaza.
Su intento oculta, y con la faz risueña
Dice á la triste hermana: «Hallé la traza
Como al ingrato á reducir acierte,
Ó de él mi atado corazon liberte.

XCV.

»Me des la enhorabuena, hermana, espero;
Mas oye el caso. En el país lejano
Que ve del sol el resplandor postrero
Y el límite final del Oceano,
Allí demora el último lindero
Que posee atezado el Africano;
Allí el cielo con fuego rutilante
Rueda en los hombros del eterno Atlante.

XCVI.

»Hija de esos incógnitos confines,
Con fuerte encanto vindicarme fia
Negra maga que el templo y los jardines
Guardó de las Hespérides un día:
Ella daba sustento á los mastines,
Y el árbol milagroso defendia,
Y de amapola soporosa, y blanda
Miel, esparcia la eficaz vianda.

XCVII.

»Que ardores hiela con sus cantos jura,
Y da al helado fuego en que se quemc;
Ataja los torrentes, y en la altura
Suspenso el astro sus hechizos teme;
Sombras evoca entre la noche oscura,
Y oirás bajo sus piés cuál muje y treme
La tierra; y cuál, verás, los fresnos bajan,
Que al conjuro, del monte se descuajan.

XCVIII.

»Tú, en lo interior, si mi salud deseas,
Alza al raso una hoguera sin testigo
(Séalo el Cielo, y tú, mi bien, lo seas,
Que á usar de esta arte á mi pesar me obligo).
La espada que dejó pendiente Enéas,
El lecho que en mi mal nos fuera amigo,
Ponlo allá todo; la adivina aguarda
Que no quede reliquia sin que arda.»

XCIX.

En sus labios aquí se heló la risa,
Y ocupa el rostro palidez funesta;
Mas ¡ay! en balde en su silencio avisa
Que un nuevo estilo funerario apresta;
Ana ciega aún no en Dido aquel divisa
Mental furor; ni la imagina expuesta
Á golpe más cruel, dolor más crudo
Que en muerte del marido estarlo pudo.

C.

Y así ignorante la infeliz jornada
Va á preparar. La Reina, en cuanto mira
Al cielo descubierta levantada
En el patio interior la triste pira,
Con leños resinosos solidada
Y con rajas de roble, en torno gira
Tendiendo hojosa amenidad, y al muro
Guirnalda cuelga de verdor oscuro.

CI.

Y sobre el lecho, con fingido intento
La efigie y armas del traidor coloca:
En torno hay aras: con horrible acento
La hechicera, en cabello, al Cielo toca;
Y deidades allí tres veces ciento,
Y al negro Caos y al Erebo invoca,
Y, vírgen en tres fases conocida,
En tres formas á Hécate apellida.

CII.

Con aguas ya que del Averno el cieno
Mustias figuran, libacion se hizo;
Y alléganse, cargados de veneno,
La hierba pubescente, el tallo rizo
Que de la luna al esplendor sereno
Cortó segur de cobre; y el hechizo
Que, hurtado á la cerviz de potro tierno,
Falto dejóle del amor materno.

CIII.

Dido misma la sal ofrenda y trigo,
Un pié descalzo, desceñido el manto,
É invoca á las estrellas, por testigo
Tomando de su fin al Cielo santo:
Ellas su historia saben, y si amigo
Hubo algun Dios á quien moviese el llanto
De amantes mal pagados, ése pide
Vea en su causa y de vengarla cuide.

CIV

Era la noche: al medio del camino
Iban los astros por el alto Cielo;
Calla el bosque y el piélagos marino;
Yacen los brutos que sustenta el suelo:
Ni en breñas ni por lago cristalino
Se ve de ave esmaltada salto ó vuelo:
Todo está en calma, y todo mal se olvida;
Naturaleza yace adormecida.

CV.

Sólo Dido sus penas no adormece;
 No se hizo el sueño para angustia tanta
 Ni sus ojos ni su alma favorece
 Muda la noche con su sombra santa:
 Amor entre su pecho se embravece
 Y nuevas olas sin cesar levanta;
 Y de ellas combatida, de esta suerte
 Torna consigo á disputar su muerte:

CVI.

«¿Qué he de hacer? ¡Oh tormentos inhumanos!
 ¿Buscaré mis antiguos amadores?
 ¿Iré humilde á los reyes comarcanos?
 ¡Yo pisé su esperanza y sus amores!
 ¿Seguiré, triste sierva, á los Troyanos?
 ¡Harto gratos han sido á mis favores!
 ¿Ni á bordo su altivez me sufriria?
 Qué, ¿aun no he probado bien la alevosía

CVII.

»De esa de Laomedonte infame raza?
 ¿Sola iré tras su pompa? ¿Ó con los míos
 Volaré armada en pos á darles caza?
 Mas si á éstos de sus términos natío.
 Arranqué á viva fuerza, ¿con qué trazas
 Los moveré á tornar á los navíos?
 No, no; mi salvacion la muerte sea;
 ¡Calle á hierro el dolor de una alma rea!

CVIII.

»¡Tú, hermana, tú á mis llantos indulgente,
Márgen diste á tan grande pesadumbre,
Tú doblaste al amor mi dócil frente!...
¡Yo que pude, ejerciendo la costumbre
De la bestia del campo independiente,
Libre vagar de acerba servidumbre!...
Muere, infiel de tu esposo á la ceniza!...»
Querellándose así, Dido agoniza.

CIX.

En tanto Enéas, todo ya dispuesto,
Ajeno él mismo de temor, dormido
Quedóse en la alta popa: al Dios en esto
Torna á mirar, que en las murallas vido:
Con la propia actitud, la voz, el gesto
Viene, en todo á Mercurio parecido;
Aureo cabello y juvenil belleza
Ornan sus blandas formas, y así empieza:

CX.

«En mal punto en sus brazos te entretiene
El sueño, hijo de Vénus! ¡Alza y mira,
Torna el daño á mirar que sobreviene,
Y oye á Favonio que oportuno espira!
¿Los lazos sabes tú que ella previene?
Fragua es su pecho de furente ira;
Y ya, de perecer determinada,
Nada respeta, ni le espanta nada.

CXI.

»¿Y no será que por el ponto vueles
 Ganando estos momentos? ¡Guay si esperas
 Á la luz de la aurora! ¡Hachas crueles
 Arder verás, y levantarse hogueras,
 Y en la mar encontrarse los bajeles,
 Y ocupar el incendio las riberas!
 ¡Acude, iza la vela, corta el cable!
 Sér vario es la mujer siempre y mudable.»

CXII.

Dijo; y si ántes radioso, se incorpora
 En las lóbregas sombras. El durmiente
 Con la total oscuridad se azora,
 Abre los ojos y álzase impaciente.
 «¡Sús,» clama, «compañeros! ¡Á la hora
 Acorred á los bancos! ¡No consiente
 Tardanzas la ocasion: las velas pronto
 Dad á los vientos, y la flota al ponto!

CXIII.

»¡Otra vez de los reinos celestiales
 Esto nos manda santo mensajero:
 Quienquier seas ¡oh Númen! con triunfales
 Aplausos otra vez el fausto agüero
 Seguimos de tu voz. ¡Así señales
 El deseado rumbo al marinero!
 ¡Así hagas por el Cielo que nos rian
 Las lumbres bellas que al errante guian!»

CXIV.

Dice; y vuela, y la amarra del navío
 Corta de un tajo de fulmínea espada;
 A su ejemplo, á su impulso, el mismo brío
 A los pechos de todos se traslada.
 Ya arrancan, ya se llevan; ya vacío
 Quedó el playon: debajo de la armada
 La mar se oculta, y al batir continuo
 Cubren de espuma el líquido camino.

CXV.

El áureo lecho de Titon la aurora
 Tímida deja, entre celajes raya,
 Y ya su lumbre, que horizontes dora,
 Ve la Reina infeliz de la atalaya;
 Ve la armada alejarse voladora
 Con las velas parejas; ve la playa
 Desamparada, y el desnudo puerto,
 Y todo siente estar mudo y desierto.

CXVI.

Y el tierno pecho ofende y los cabellos:
 «¿Y esos advenedizos mi esperanza
 Burlarán,» dice, «con erguidos cuellos?
 ¿Impune al ponto el pérfido se lanza?
 ¿No corre en armas mi ciudad á ellos?
 ¿Naves no parten á tomar venganza?
 ¡Id, hachas menead, asid los remos!
 ¡Soltad las velas! ¡por el mar volemos!

CXVII.

»¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvarío
Trastorna mi razon? ¡Dido infelice!
Ya el peso sientes de tu síno impío!
Quando partija de mi cetro hice,
Convino este furor; ya, ya es tardío!
¡Traidor! ¡Y luégo de él que va se dice
Con los patrios Penates; que de escombros
Salvo al anciano padre sacó en hombros!

CXVIII.

»¡Ah! ¡sus cuerpos hacer trozos sin cuento
Pude, y de ellos sembrar la onda bravía!
Matar al hijo, y el manjar sangriento
Pude al padre servir; ¿quién lo impedia?
Peligro, ¿cuál? ¡Morir era mi intento!
¡Yo á sus tiendas llevara llama impía;
Yo al padre, al hijo, á todos, muerte fiera!
¡Yo los matara allí; luégo, muriera!

CXIX.

»¡Sol, cuya luz los ámbitos visita,
Tú que todo descubres, nada ignoras!
Juno, que viste mi amorosa cuita
Nacer, y hoy mides mis finales horas!
¡Hécate, á quien en calle tripartita
Claman de noche! ¡Furias vengadoras!
¡Oh Dioses, cuantos veis mi afan postrero!
¡Yo imploro compasion, justicia espero!

CXX.

»Mi ruego oid: si firme persevera
El hado que á ese infame lleva á puerto.
Si en esto Jove su querer no altera,
Que el fijado confin le aguarde cierto;
Mas tribu audaz contrástele siquiera,
Y en peligro se mire y desconcierto,
Y parta, el corazon vuelto pedazos,
Del dulce nido y los filiales brazos.

CXXI.

»Y vague, auxilios mendigando; y vea
Cómo á los suyos la fortuna humilla;
Ni el reino goce y calma que desea
Paz ajustando, á su valor mancilla.
¡Herido sin sazon de muerte sea!
¡Yazga insepulto en solitaria orilla!
Esto, ¡oh Númenes! pido; ved en ello:
Yo mi demanda con mi sangre sello.

CXXII.

»Vosotros, cual leales corazones,
Tirios, haced de vuestros odios prueba
Sobre esa raza en cien generaciones,
Y honra tan grande mi ceniza os deba.
Nunca amistad entre las dos naciones;
No haya quien pactos de concordia mueva;
Mas nacerá sobre mi tumba, fio,
Quien aplaque la sed del furor mio.

CXXIII

»Álzate, vengador amenazante,
 Acelera los tiempos; y ahora, y luégo,
 Tu sombra por do vayan los espante;
 Arróllalos feroz á sangre y fuego.
 Y muro contra muro se levante;
 Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;
 Y pueblo contra pueblo alce la frente;
 Y guerra eterna mi rencor sustente!»

CXXIV.

Dice; y buscando al ánima salida,
 Á todas partes la atencion convierte;
 Y de Siqueo á la nutriz convida
 Al misterio, que encubre, de su muerte:
 (De Siqueo; la suya, reducida
 Yace há tiempo en la patria á polvo inert.).
 «Barce, mi fiel nodriza, vuela!» exclama:
 «Vé, y al sacro festin mi hermana llama.

CXXV.

»Con agua rociándose primero,
 Que traiga, dí, las víctimas, y ofrenda
 Cual pide la expiacion: así la espero;
 Y tú ciñe á la sien piadosa venda.
 Ya celebrar la ceremonia quiero
 Que á Pluton ofrecí: mi pena horrenda
 Hoy debe de acabar; que de ese injusto
 Hoy tiro al fuego el ominoso busto.»

CXXVI.

Dice; y mover esotra el paso intenta
Con senil priesa. Mas la audaz amante,
Terrible con la idea que apacienta,
Temblorosa la faz, la vista errante,
Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,
Jaspeado de visos el semblante,
Pálida de la muerte ya cercana
Vuela al recinto funeral insana.

CXXVII.

La alta hoguera con fiero desenfado
Monta; la espada desnudó con ira
(Dón no á tal ministerio destinado);
Mas cuando el lecho y los vestidos mira,
Memorias, ¡ay! de tiempo fortunado,
Repórtase y con lágrimas suspira;
Y arranca así, postrándose en el lecho,
Los últimos sollozos de su pecho:

CXXVIII.

«¡Oh dulces prendas con mejor fortuna!
¡Dulces por siempre cuando Dios queria!
Mi espíritu os entrego, y mi importuna
Memoria cese con la vida mia!
La senda anduve que emprendí en la cuna,
Viví las horas que vivir debía:
Hoy, fin logrando á míseros afanes,
Van á otro mundo mis augustos manes.

CXXIX.

»Fundé yo una ciudad, ciudad preclara,
Murallas propias coronó mi mano;
Vengué la sombra del esposo cara;
Yo tomé enmienda del malvado hermano.
¡Feliz, harto feliz si no tocara
Mis costas, nada más, bajel troyano!»
Y aquí, á par que en el lecho el rostro imprime,
«¿Moriré inulta? ¡mas muramos!» gime.

CXXX.

«¡Así á la eternidad partir me agrada!
El Dárdano este fuego á ver acierte
Volviendo de la mar una mirada,
Y el triste agüero lleve de mi muerte!»
Dijo; y, herida en esto, derribada,
La mano en sangre tinta, el hierro fuerte
Manando sangre las doncellas notan,
Y el palacio á gemidos alborotan.

CXXXI.

Ya la Fama fatídicos rumores
Va furiosa esparciendo en giro vago;
Todo es lamento y llantos y clamores;
Todo es alarma de espantoso estrago.
Parece cual si entrasen vencedores
La antigua Tiro ó la imperial Cartago,
O que incendio voraz llamas crueles
Tendiese por los altos capiteles.

CXXXII.

Oye el caso la hermana, y rostro y pecho
 Desesperada hiere en modo rudo;
 Al lúgubre lugar vuela derecho,
 Y á Dido llama con lamento agudo:
 «¡Y esto significaba el ara, el lecho!
 ¡Esto intentabas! ¡Y ofenderte pudo
 Que te hiciese en la muerte compañía!
 ¡Tú me engañabas, ah! ¡yo te creía!

CXXXIII.

»¿Por que no me invitaste, á ley de hermanos?
 ¡Contigo á un tiempo con placer muriera!
 No que hora abandonada... ¡Y por mis manos
 Yo propia, ¡ay infeliz! alcé esta hoguera!
 ¡Yo invocaba á los Dioses soberanos
 Porque, espirando tú, yo léjos fuera!
 ¡Te perdí; me perdí: Pueblo, Senado,
 Patria, todo lo hundí! ¡Nada ha quedado!

CXXXIV.

»Agua traed y lavaré la herida;
 Yo sus heridas lavaré... ¡Si errante
 Vaga en su labio un hálito de vida,
 Yo le recoja con mi labio amante!»
 Ya en el estrado fúnebre subida
 Tal dice, y á la hermana agonizante
 Ella al seno fomenta entre gemidos,
 Ella aplica á la sangre sus vestidos.

CXXXV.

Los mustios ojos con fatiga vana
 Trata de alzar la moribunda Dido:
 Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
 Del pecho abierto con cruel sonido.
 El codo apoya, y por alzar se afana
 Tres veces, y tres veces sin sentido
 Cae sobre el lecho. Con errante vista
 Busca la luz, y al verla se contrista.

CXXXVI.

La excelsa Juno de mirar se duele
 El largo padecer, la ardua agonía,
 Y porque á desatar vínculos vuela
 Que áun detienen el alma, á Íris envía.
 ¡Ah! loco amor á perecer te impele,
 No el hado; éste, infeliz, no era tu día!
 Proserpina tu rubia cabellera
 Aun no ha cortado, ni Pluton te espera.

CXXXVII.

Vuela Íris vaporosa, y en su vuelo
 Brillan las plumas con el sol enfrente;
 Y posándose encima: «Manda el Cielo
 Que esta ofrenda á Pluton quite á tu frente;
 ¡Alma, sál fuera!» dice; el rizo pelo
 Corta aquí con la diestra, y juntamente
 El calor cesa que en el seno mora
 Y la vida en los aires se evapora.

LIBRO QUINTO.

I.

Ya salvo Enéas con sus naves hiende,
Merced del Aquilon, la mar oscura,
Y tornando á mirar, su vista ofende
La dejada ciudad, que arde y fulgura:
La causa no se ve; mas ¿quién no entiende
Cuánto puede en mujer venganza dura
Y obstinada pasion? Y así el viajero
Terror concibe de funesto agüero.

II.

Despues que ya se hubieron engolfado,
Y entre agua, al fin, y cielo no ven cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre las naves sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado:
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidad se entenebrece;
Esfuéznanse huracanes, la onda crece.

III.

Y en alta popa el pálido piloto,
 «¡Qué oscuridad,» exclama, «el polo llena!
 ¡Cuánto mal nos previenes no remoto,
 Oh gran padre Neptuno!» Y luego ordena
 Los aparejos recoger; al Noto
 Torcida vuelve la crujiente antena,
 Y haciendo al remador nuevo conjuro,
 Prosigue así gimiendo Palinuro:

IV.

«¡Oh magnánimo Enéas! ¡oh rey mío!
 No, si me enviase celestial consuelo
 El mismo Jove, saludar confío
 A Italia nunca con aqueste cielo.
 ¿No ves cómo del véspero sombrío
 Los vientos se alzan, y en contrario vuelo
 Vienen furiosos á estrellarse, y cómo
 Condensa el aire cerrazon de plomo?

V.

»No es dado resistir ni ir adelante:
 Lidiemos no con fuerza, mas con maña,
 Cediendo á la Fortuna, que constante
 Ruta nos marca á nuestro rumbo extraña.
 Erice fraternal no está distante,
 Si ya el catado cielo no me engaña;
 Y así pronto, al torcer, será que veas
 El sículo confin.» Respondió Enéas:

VI.

«Ya he visto al temporal que nos maltrata,
Eso pedir, y resistir tú en vano:
Rodeos tienta, á la Fortuna acata,
Y miremos al término sicano.
¿Y habria tierra para mí más grata
Que la en que reina Acéstes, nuestro hermano,
Y el caro genitor llorando yace?
Allá mi escuadra guarecer me place.»

VII.

Viró el piloto: céfiros que implora
Hinchen los lienzos, y la flota vuela:
Ya rauda hendiendo por el mar la prora
Al puerto arriba por que el nauta anhela.
Y á abordar acertaron á la hora
En que amiga vió Acéstes ser la vela
Que desde alto peñon léjos divisa,
Y al puerto, alborozado, baja aprisa.

VIII.

Á él, á quien Ninfa concibió troyana
Que el dios Crimiso requestó de amores,
Tornar á ver los huéspedes le ufana
Que ama fiel en amor de sus mayores.
Hórrido anda con piel de osa africana,
Pertrechado de dardos voladores;
Y en pompa agreste y rústico atavío
Hospedaje les brinda franco y pio.

IX.

Enéas, convocando el pueblo entero,
En un collado hablóles eminente
Del nuevo día al esplendor primero:
«¡Oh dardania nacion! ¡oh diva gente!
Desde que al padre á quien deidad venero
Sepultamos aquí, y ara doliente
Pusimos en su honor, si no me engaño
Cabal su curso ha concluido un año.

X.

»Éste es el día, y éstos los lugares:
Triste, quísolo Dios, y sacro día
Que yo solemne, levantando altares,
Do quier me hallase, allí celebraria;
Que ó ya me viese en los argivos mares,
Ya en las gétulas sirtes, ya en la impía
Micenas, ó cautivo ó expulsado,
Siempre honraria al genitor llorado.

XI.

»Hémos hoy las cenizas paternas
Á honrar dispuestos en amigo suelo,
Traidos á rendir obsequios tales
No sin visible ordenacion del Cielo.
Honradlas, pues; pedid vientos iguales,
Y que él, fundada la ciudad que anhelo,
En templo que en su honor alzado sea
Votos añales renovar nos vea.

XII.

»Acéste, que de Teucro se gloria,
 Por cada nao dos bueyes os da ahora:
 Vengan á este festin en compañía
 Nuestros Penates con los que él adora;
 Que despues, si con rayos de alegría
 Ciñere al orbe la novena aurora,
 Por mí á vosotros cual primeras fiestas
 Regatas en la mar serán propuestas.

XIII.

»El que en la lucha, en la veloz carrera
 Ó al duro cesto á competir se atreve,
 El que con mano á disparar certera
 El dardo agudo y la saeta leve,
 Concurran á la lid que los espera,
 Y quien ganare el premio, ése le lleve.
 Orad en tanto, compañeros mios,
 Y de hoja en derredor la sien cubríos.»

XIV.

Calla; el materno mirto orna su frente:
 Lo imita Helimo, y en su edad florida
 Ascanio, y en la suya decadente
 Acéste, y otros y otros en seguida.
 Va él al sepulcro entre infinita gente,
 Y por sacra costumbre establecida,
 Sanguínea libacion en taza doble
 Ofrece, y fresca leche, y néctar noble.

XV.

Y luégo el ara de purpúreas rosas
Esparce en torno con su propia mano;
Y «¡Salve, oh padre!» clama, «y vos, preciosas
Cenizas á mi amor vueltas en vano!
¡Salve, oh ánima y sombra milagrosas!
¡No te dió, oh padre, el Cielo soberano
Llegar á Italia y cabe el Tibre amigo
La anunciada heredad gozar conmigo!»

XVI.

Tersa, en esta sazón, salir se mira
Del fondo sepulcral sierpe que ondea
Y en siete roscas de alongada espira
Con manso halago el túmulo rodea:
Cerúleas manchas, al compas que gira,
Desvuelve, con que el lomo se hermosea,
Y semejan las puntas de la escama
Aureos destellos y matiz de llama.

XVII.

Tal, mirándola el sol, Íris destella
Y de luz entre nublos se matiza.
Visto el héroe la sierpe, el labio sella
Absorto; mas recelos tranquiliza,
Que inocente entre pulcras tazas ella,
Gustando los manjares, se desliza,
Y en doméstico giro placentero
Torna á ocultarse do salió primero.

XVIII.

Ó genio tutelar de Anquíses fuere
La sierpe, ó númen que el lugar ampara,
Enéas fausto augurio de ello infiere
Y con nuevo fervor dones repara:
Dos ovejas, según usanza, hiere,
Dos cerdos, dos novillos ante el ara,
Novillos de negral cerviz; al paso
Que néctar liba en espumante vaso.

XIX.

Con esto de las lóbregas regiones
Salvos los manes de su padre evoca;
Y, todos imitando sus acciones,
Hace cada uno lo que hacer le toca:
Quién acude al altar con oblaciones,
Ó en orden á la lumbre ollas coloca;
Quién en la hierba víctimas destriza,
Quién tuesta entrañas ó la llama atiza.

XX.

Ya los caballos de Faeton lozanos
Traen sereno el deseado día:
Con el nombre de Acéstes, montes, llanos
El anuncio feliz corrido había;
Y así acuden los pueblos comarcanos
En tropel rebotante de alegría,
Ya á ver los espectáculos propuestos,
Ya el prez también á disputar dispuestos.

XXI.

En medio el circo iluminó la aurora
 Copia de premios á los ojos grata;
 El verde ramo y palma triunfadora,
 Preciado honor del que mejor combata:
 Y armas, trípodes, vestes que decora
 Purpúreo ardor, talentos de oro y plata;
 Y de alto sitio súbito la trompa
 Manda sonando que la lid se rompa.

XXII.

Y á par la rompen con igual arreo
 Cuatro naves selectas en la armada:
 Con remeros briosos, por Mnesteo
 Va la rápida Priste gobernada
 (Mnesteo, á quien despues ítalo veo,
 Del cual, ¡oh Memio! descender te agrada):
 Guias toma á su cargo la Quimera,
 Que ciudad, más que nave, se creyera:

XXIII.

En triple órden de remos á ésta mueve
 Con gran vigor la juventud troyana:
 Sergesto generoso (á quien le debe
 La gente Sergia su renombre ufana)
 El gran Centauro á dirigir se atreve:
 Cloanto (á quien por tronco la romana
 Familia de Cluento reconoce)
 La Scila azul turquí monta veloce.



XXIV.

Hay distante en el mar un risco, enfrente
De las riberas que la espuma baña:
Cuando el Cielo se entolda, el mar furente
Concentra allí su bramadora saña:
Mas á erguirse el peñon torna imponente
Cuando duerme la líquida campaña,
Y da en flanco espacioso al ágil mergo
Para enjugarse al sol plácido albergo.

XXV.

Allí una meta de frondosa encina
Enéas pone, á donde el nauta vaya
A doblar la carrera, y si lo atina,
En bajel vencedor torne á la playa.
La suerte á los caudillos determina
Puesto; cada uno en alta popa raya
Por la vestida púrpura y el oro,
Y á lo léjos esplende su tesoro.

XXVI.

Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espaldas, y ceñidos
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demas, fornidos;
Y, la mano en los remos impaciente,
Y atentos al anuncio los oidos,
Codicia de loor, sed de combate
Les hinche el corazon, que duda y late.

XXVII.

El clarín resonó; y en un momento
Todos del puesto arrancan á porfía:
Retiembla el mar, retumba el firmamento
Con el náutico estruendo y gritería:
Abren los brazos al batir violento
Surcos iguales y espumosa vía,
Y á un tiempo remos y tridentes prorás
Las aguas por doquier rompen sonoras.

XXVIII.

No en el estadio así se precipita
Carro de dos corceles que se arroja
La palma á arrebatár, ni tal se agita
El conductor que la tardanza enoja;
El cual el volador tiro concita
Sacudiendo sobre él la brida floja;
Blande el azote, y á blandirlo atento,
Parece, de encorvado, ir por el viento.

XXIX.

Clamores suenan por el bosque umbrío
De grupos en el triunfo interesados;
Vuelve herida la playa el vocerío,
Y le vuelven en ecos los collados.
Entre gente y rumor Gias con brío
Hendió el primero los salobres vados;
Cloanto á par, mejor en remos, viene,
Bien que el peso la nave le detiene.

XXX.

Priste y Centauro en pos á una se lanzan,
Y cada cual adelantarse espera:
Alternativamente ora se alcanzan
Cuando alguna tomó la delantera;
Ora las proas ateniendo, avanzan
Con larga quilla en rápida carrera;
Ya al escollo llegando iban, en suma,
Resuelto el ponto en albicante espuma.

XXXI.

Hé aquí entre todos victorioso Gias
A su piloto reprendiendo, exclama:
«¿Por qué á derecha desviar porfías?
Torna, Menétes, do el honor nos llama:
Las otras por el mar rueden baldías;
Nuestra nave el peñon deja que lama!»
Tal dice; mas temiendo ímpio bajío
Tuerce hácia el mar Menétes el navío.

XXXII.

Y otra vez Gias con furor le intima:
«Torna, Menétes, á la izquierda!» En esto
Siente á Cloanto que le viene encima
Y á ganarle de mano acude presto:
Ya á las rocas sonantes se aproxima
Entre ellas y él lanzándose interpuesto,
Y á ambos atras dejándolos de pronto,
En bajel triunfador boga en el ponto.

XXXIII.

Al mancebo en la faz saltóle el lloro,
Y hasta los huesos le mordió la ira:
Ni oye la voz del personal decoro
Ni de los suyos la salud ya mira;
Mas de alta popa al piélago sonoro
Brusco á Menétes de cabeza tira;
Y activo en su lugar, exhorta, empeña,
Y, rigiendo el timon, va hácia la peña.

XXXIV.

Menétes, de los años abatido,
Salir apénas del abismo pudo;
Y sacudiendo el húmedo vestido
Tropa á secarse en el peñon desnudo.
Rió la juventud cuando le vido
Hundirse de cabeza al golpe rudo;
Bregar luégo, y despues que brega y náda,
Revesar la onda que tragó salada.

XXXV.

Viendo á Gias, Mnesteo la esperanza
Cobra de rebasarle. Al par rebosa
Sergesto en ella, y, el primero, alanza
Su nave hácia el peñasco presurosa:
Esta, mitad á su rival se avanza,
Mitad la Priste su costado acosa;
Y en fuerza del peligro y del deseo,
Recorriendo el bajel habló Mnesteo:

XXXVI.

«Soldados de Héctor, que la patria mía
Miró á mi lado en la final pelea!
Como en las sirtes gétulas fué un día,
En este lance vuestro aliento sea;
Cual ya en el jonio mar, vuestra osadía,
O en las rápidas ondas de Malea.
Ni aspiro á ser primero. ¡Oh, si pudiese...
No; á quien lo dió Neptuno, el triunfo es de ése!

XXXVII.

»Mas no el pudor postreros ir consiente;
Lo que honor manda, compañeros, pido.»
Calla; saca, á su voz, vigor su gente;
Cruje la popa al golpe repetido;
Huye la mar; anhélito frecuente
Brotan las secas fauces con sonido;
Los cuerpos dobla agitacion extraña,
Y abundante sudor sus miembros baña.

XXXVIII.

Hé aquí vencer les dió súbito caso;
Y fué así que forzando espacio estrecho,
Metió Sergesto el imprudente vaso
Entre las peñas á encallar derecho:
La roca retembló con el fracaso;
Se oyó el remo crujir cuasi deshecho
En puntas de coral, do sin defensa
Entró la proa y se aferró suspensa.

XXXIX.

Los marinos con alto clamoreo
Hacen si al pronto yertos, de ferrados
Chuzos y picas oportuno empleo
Por desclavar los remos quebrantados.
Gozoso en tanto, á buen remar, Mnestco,
Propicios ya los vientos y los hados,
Tiende el rumbo á do el piélago declina,
Y raudo y libre por el mar camina.

LX.

Cual vuela por el campo, alborotada
Con el pavor de súbito estallido,
La paloma que tiene en la albarrada
Su dulce imperio y su amoroso nido;
Bate sobre su rústica morada
Las plumas, al salir, con recio ruido,
Y despues remontándose en el cielo
Las alas tiende en silencioso vuelo:

XLI.

Así la Priste, que fatiga tanta
Tomaba forcejando la postrera,
Con ímpetu espontáneo se levanta
Y huyendo por las ondas va ligera.
Lo primero, á Sergesto se adelanta
Con su nave entre escollos prisionera.
Y allí haciendo le deja vanos votos
E ideando volar con remos rotos.

XLII.

Tras Gias sigue, y á su nao pujante,
Falta ya de piloto, desafía:
Vence; sólo Cloanto va delante;
Y vuela en pos, creciendo su osadía:
Redóblase la grito estimulante
De los espectadores, que á porfía
Roncos aplauden su feliz carrera,
Y los ecos en torno hinchen la esfera.

XLIII.

Los unos, que triunfantes se creyeran,
Ya en riesgo el triunfo, coronarlo ansían:
Incompleto, la palma no quisieran;
Completo, por la palma morirían:
Los otros eso mismo osan y esperan;
Porque triunfando van, triunfar confían,
Y pudieran juntándose ambas proras
Partir el premio á un tiempo vencedoras.

XLIV.

Mas á orar atinó de esta manera
Cloanto, ambas las manos extendiendo:
«¡Oh Númenes que el piélagos venera,
Cuyos dominios con mi nave hiendo!
Si el triunfo me cumplís, en la ribera
Un blanco toro en vuestro honor ofrendo;
Tiraré sus entrañas á estos mares,
Y néctar bañará vuestros altares.»

XLV.

Dijo; y á par oyó de Forco anciano
 La vírgen Panopea sus acentos;
 Y el coro de Nereidas soberano
 Condolióse en sus huecos aposentos:
 Movió la nao Portumno con su mano,
 Y fugaz como soplo de los vientos,
 Y no ménos veloz que alada flecha,
 El hondo puerto penetró derecha.

XLVI.

Los combatientes por sus nombres llama
 Enéas, y sus triunfos galardona;
 A voz de heraldo resonante aclama
 Vencedor á Cloanto, y le corona:
 Ciñe, en suma, á su sien la verde rama;
 Y á cada nave tres becerros dona,
 Y que lleven les da vino abundante,
 O una pieza de plata á su talante.

XLVII.

Y á cada jefe añade su presea:
 Clámide áurea al principal ofrece,
 De púrpura ceñida melibea
 Que en doble orla gira y la guarnece:
 Retejido en el fondo la hermosea
 De Ida el régio garzon, que allí aparece
 La espesura cruzando nemorosa,
 Y leves ciervos con el dardo acosa.

XLVIII.

Figúrase allí mismo en el momento
 En que robado, al parecer anhela:
 La armígera de Jove al firmamento
 Le arrebatata feroz, y encima vuela:
 Muestra uñas corvas la ave por el viento;
 Viejos que hacen al niño centinela,
 Tienden palmas al aire; el aire mudo
 Hieren los canes con furor agudo.

XLIX.

Loriga de oro y triple y fina malla
 Relucia en los dones del trofeo:
 Usóla ya en los campos de batalla,
 Campos que riega el Símois, Demoleo:
 Mal consiguen en hombros sustentalla
 Dos esclavos, Sagíris y Fegeo;
 Y así y todo, el jayan con ella un día
 Fugitivos Troyanos perseguía.

L.

Y en campos la ganó que el Símois riega
 Enéas ya, cabe Ilion divino;
 Y ahora la otorga al que segundo llega,
 Arma al par y ornamento peregrino.
 Dos calderas, despues, de bronce entrega,
 Tercer presente á quien tercero vino;
 Y dos vasos de argento, muestra rara,
 Que el cincel de figuras abultara.

LI.

Ya iban todos premiados, con diadema
De púrpura ceñidos, placenteros;
Cuando Sergesto, que su industria extrema,
Salir logró de los escollos fieros:
Con una banda escueta afana y rema,
Quebrantados costado y marineros;
Y en medio de la befa que le humilla,
Pide el tardo bajel la ingrata orilla.

LII.

Tal sesga sierpe, en el camino hollada
De veloz rueda, ó por viador, que herida
La deja, y medio muerta, de pedrada,
El cuerpo tuerce por lograr salida;
Con lengua ardiente, con feroz mirada
Yérguese, en parte, rebosando vida,
Y, en parte, de dolor se arrastra llena,
Y en sus propios anillos se encadena.

LIII.

Mas la nave que en remos flaqueaba,
Las velas descogiendo á puerto viene.
Enéas de Sergesto el arte alaba
Con que gente y bajel salvar obtiene,
Y le da ei galardón: era una esclava
De Creta oriunda, que por nombre tiene
Foloe; en artes de Minerva, diestra;
Al seno puestos dos infantes muestra.

LIV.

Así acabada la naval porfía,
A un sitio ameno de hierbosos prados
Enéas se adelanta: en torno había
Corvas selvas, umbríferos collados:
Del valle el fondo en círculo se amplía;
Teatro natural forman sus lados;
Y allá la multitud vuela contenta,
Y en medio el Rey con majestad se asienta

LV.

Y con premios invita lisonjeros
Á competir en rápida corrida:
Teucros, Sicanos, á su voz ligeros
Saltan á par á do el honor convida.
Van Euríalo y Niso los primeros:
Radiante el uno en juventud florida,
Insigne el otro por su casta llama;
Bello Euríalo es; Niso le ama.

LVI.

Vino, sangre de Príamo, Diores;
Y Patron luégo y Salio juntamente
Aquéste de tegeos genitores,
Esotro de Acarnania procedente.
Compañeros de Acéstes, cazadores,
Mancebos de gallardo continente,
Van Helimo y Panópes en seguida;
Y otros de nombre que la fama olvida.

LVII.

«Al campo, adolescentes, os convidó,
El Rey dijo á la gente congregada;
«Y á promesa gustosa dad oído:
Nadie sin dón saldrá de la estacada.
Hé aquí dos dardos de metal buido,
Cretenses, y de argento nielada
Una hacha de dos filos: ved en esto
El comun premio á cada cual propuesto.»

LVIII.

»Al más aventajado combatiente
Daráse encima, amén de la corona,
Un noble potro con jaez luciente:
Al segundo, una aljaba de amazona,
Provista, y de áureo tahalí pendiente
Que gruesa perla cual boton tachona:
Al tercero, este hermoso yelmo argivo;
Y los tres ceñirán ramas de olivo.»

LIX.

Dijo, y puestos eligen; y al instante
Que señal de partir dió la trompeta,
Cual ráfagas de viento resonante
De la raya mirando huyen la meta.
Niso, fuerte y veloz, sale adelante
Como alado relámpago ó saeta;
Corre Salio despues, distante empero;
Euríalo, lo mismo, va tercero.

LX.

Sigue á Euríalo Helimo en su carrera;
Á Helimo pié con pié sigue Diores;
Ya, ya al hombro le hostiga, y si se abriera
Más campo á sus intrépidos furores,
Del que último volaba el lauro fuera
Ó en balanza quedaran los honores.
Ya el término llegando iban en suma,
Y el esfuerzo los músculos abruma.

LXI.

Hé aquí casi triunfante (¡infausto caso!)
En verde grama que la suerte quiso
Hubiese matizado humor escaso
De inmolados becerros, pisó Niso:
Tratara en vano de afianzar el paso
Titubeante en suelo húmedo y liso;
Llega veloz, veloz resbala, y todo
Tinto en sangre quedó, y envuelto en lodo.

LXII.

No allí Niso olvidó su amistad bella;
Mas álzase en el pérfido terreno;
Salio síguele incauto, se atropella,
Y yéndose de piés rueda en el cieno.
Euríalo veloz como centella
Adelante de todos, de ardor lleno,
Entre aplausos sin número se lanza,
Y, merced de amistad, el lauro alcanza.

LXIII

Llega Helimo despues, y en fin Diores.
Salio á engaño se llama, visto aquello;
Pide el prez, y á la flor de espectadores
Con su aplauso da en cara á voz en cuello.
A Euríalo protegen, sin clamores,
Virtud llena de gracia en rostro bello,
Virtud que encanta y pundonor que llora,
Y el sufragio de un pueblo que le adora.

LXIV.

Favorécenle á par altas razones
Que hace Diores, que su palma espera:
Palma, si Salio de los grandes dones
Ninguno ha de llevar, suya y postrera.
Y dijo Eneas: «No temais, garzones:
El órden de los premios nadie altera;
Ni vuestros fueros mi amistad lesiona
Si al valor desgraciado galardona.»

LXV.

Y una piel de leon da á Salio, armada
Con áureas garras y hórridas guedejas.
Niso entónces habló con voz turbada:
«Si ese honor á vencidos aparejas
Y tanto un contratiempo te apiada,
Para Niso, señor, ¿qué premio dejas?
Mio es el triunfo, si la suerte esquiva
Que á Salio hirió despues, no me derriba.»

LXVI.

Habla, y del golpe el afeante signo
Muestra, hablando, en el cuerpo y triste cara.
Oyóle el Rey y sonrió benigno,
Y un rico escudo le ordenó llevara:
Fue éste del mozo egregio premio digno:
Lo hizo Didameon con arte rara,
Y al templo de Neptuno do pendia,
Argivo brazo lo arrancara un día.

LXVII.

Cesó la competencia de esta suerte;
Y Enéas señalando férreo guante:
«Ahora,» dijo, «el que se sienta fuerte,
Ceñido el puño indómito levante.
Lucio novillo al que á vencer acierte,
Con cintas y oro el asta rutilante,
Daré por galardón: gentil celada,
Por consuelo, al vencido, y una espada.»

LXVIII.

Con murmullo del vulgo circunstante,
Lleno Dáres alzóse de ufanía:
Él solo, en Troya, á Páris arrogante
A contrastar lidiando se atrevia;
Y él solo á Bútes, triunfador gigante,
Que, de origen bebricio, pretendia
Llevar sangre de Amico, invicto en guerra,
Cabe el túmulo de Héctor echó á tierra.

LXIX.

Tanto como en la fúnebre palestra
 Soberbio entónces levantarse pudo
 Cuando dejó al jayan sola su diestra
 Tendido en la sangrienta arena y mudo.
 Soberbio ahora se levanta, y muestra
 Los hombros fornidísimos desnudo;
 Y un brazo y otro vigoroso extiende,
 Y los aires azota por do hiende.

LXX.

En medio del innúmero gentío
 Otro igual campeón se busca en vano:
 Nadie á aceptar se atreve el desafío,
 Nadie del cesto á rodear la mano.
 El, sin par, á su juicio, en poderío,
 Saluda á Enéas y prosigue ufano
 Sin que en mudo homenaje instantes pierda.
 De una asta asiendo al toro con la izquierda:

LXXI.

«¿Qué más quieres que aguarde, hijo de Diosa?
 El dón se me adjudique, pues ninguno
 Su fuerza con mis fuerzas medir osa.»
 Los Teucros barbotaban de consuno
 Apoyando la súplica orgullosa.
 Con ruego en tanto Acéstes importuno
 Reprende, incita á Entelo, que á su lado
 Yace en el verde césped reclinado:

LXXII.

«Tu nombre de valiente entre valientes
 ¿Qué sirve, Entelo, sin tan buenos dones
 Con tanta calma en paz llevar consientes?
 Hoy de Erice divino y sus lecciones
 ¿No es deber patrio que el honor sustentés?
 La fama que asombraba estas regiones
 ¿A dónde se oscurece? ¿Qué se han hecho
 Los despojos pendientes de tu techo?»

LXXIII.

Entelo respondió: «No son extraños
 Valor y amor de gloria al pecho mio;
 Mas siento ya de la vejez los daños,
 Mis miembros ciñe ya rígido frio.
 Yo si hoy tuviese el que en mis verdes años,
 Cual le goza ese audaz, ardiente brío,
 No el premio disputara, sí la palma;
 Que ocupe el premio vil, lo llevo en calma.»

LXXIV.

Habló Entelo; y volviendo por sus fueros,
 Se alza, y dos cestos en el campo lanza
 Con que Érice ostentara en golpes fieros
 Con los ligados brazos su pujanza.
 Ven los siete boyunos recios cueros
 Graves de plomo y hierro á hercúlea usanza,
 Y todos se imaginan con asombro
 Del buey la talla, y del atleta el hombro.

LXXV

Más que de paso el mismo Dáres cía:
Y mudo con la mano el grande Enéas
El enorme volúmen revolvía
De los gruesos anillos y correas,
Y díjole el anciano: «¿Qué sería
Si de Hércules las armas giganteas
Hubieses visto, y la espantosa hazaña
Que hizo estas playas funeral campaña?»

LXXVI.

»Fué hijo Érice, cual tú, de Vénus, y esos
Los correones son que usaba en lides:
¿Esparcidos los ves de sangre y sesos?
Los mismos son con que paró ante Alcídes;
Y yo tambien con vigorosos huesos
Los blandí contra fuertes adalides
Cuando áun léjos la edad miraba ingrata
Que ambas mis sienes esmaltó de plata.»

LXXVII.

Y á Dáres retorciendo la mirada:
«Mas si rehuyes, campeón troyano,»
Prosigue; «si á tu Rey piadoso agrada,
Y al mio, que combate por mi mano,
Fuerzas equiparar en la estacada,
Gustoso á justos términos me allano:
¡Ea! las armas de Érice te cedo;
Las troyanas depon, y pon el miedo.»

LXXVIII.

Aún bien no lo hubo dicho, se adelanta,
 Y del doble ropaje se desnuda,
 Y en pecho, brazos, músculos, espanta
 Ver su nerviosa robustez membruda:
 Ya, en medio el campo, colosal se planta;
 Y dando Enéas término á la duda,
 Trae de iguales cestos sendos pares,
 Y á Entelo de ellos arma y arma á Dáres.

LXXIX.

Y en simultáneo arranque de osadía
 Ya éste en puntas de piés y aquél se adreza;
 Los brazos uno y otro al aire envía,
 Cautelosa hácia atrás la alta cabeza:
 Trábanse por las manos; á porfía
 Crecen amagos, y la lucha empieza
 Entre el púgil que mueve ágil la planta
 Y el jayan que disforme se levanta.

LXXX.

Va el jóven en su edad esperanzado;
 Fia el viejo en su mole, aunque flaquean
 Las rodillas y el cuerpo treme helado;
 Y ambos con vano afan tiran, golpean:
 Hiérense aprisa al cóncavo costado:
 Ronco el pecho resuella: menudean
 Por orejas y sienes las puñadas:
 Las mandíbulas crujen martilladas.

LXXXI.

Firme está Entelo; mas con pronta vista
Ve por do heridas, ladeando, ahorre;
El otro el campo mide, y por do embista
Entradas busca, á embestir acorre:
Tal tropa audaz, de máquinas p ovista,
Soberbio muro ó enriscada torre
Que medite arruinar, asalta, embiste;
Torna á atacar, y el torreón resiste.

LXXXII.

El brazo Entelo, amenazando estrago,
Alza descomunal; mas ve de arriba
Venir, Dáres, con tiempo, el fiero amago,
Y hurta el cuerpo veloz y el golpe esquivo:
Hirió el furioso combatiente en vago,
Y enorme por su peso se derriba,
Cual rueda hueco pino, dando espanto,
En bosques de Ida ó cumbres de Erimanto

LXXXIII.

Levántanse ambos campos con rüido,
Y un grito al cielo lanzan simultáneo:
Acude Acétes, viéndole caído,
A ayudar al amigo y coetáneo:
Surge él sin quiebra de ánimo ó sentido;
Antes fuego de cólera espontáneo
Arde en su pecho, el pundonor le pica,
Y el probado valor fuerzas duplica.

LXXXIV.

Y ya en rápida fuga, impetuoso,
Tirando golpes de una y otra mano,
Sin parada, sin vado, sin reposo,
Persigue á Dáres por el ancho llano;
Cual turbion que los techos fragoroso
Azota con granizo, el héroe insano
Hiere á ciegas con furia borrascosa,
Y á Dáres acomete, envuelve, acosa.

LXXXV.

No sufre Enéas que adelante siga
La encarnizada obstinacion de Entelo,
Y del campo, ya muerto de fatiga
Saca á Dáres con voces de consuelo:
«¿Demente estabas? ¡Ah, infeliz! te hostiga
No humana fuerza, pero el mismo Cielo;
Cedes á un Dios; rendirte no te pese.»
Dijo; y manda su voz que la lid cese.

LXXXVI.

En torno del vencido en ese instante
Llega fiel uno y otro camarada,
Y, flacas sus rodillas, vacilante
La cabeza, la boca ensangrentada
Y el ornato dental roto y nadante,
Llévanle al puerto. Morrion y espada
Reciben advertidos, y se alejan,
Y el toro al vencedor y el lauro dejan.

LXXXVII.

El cual del lauro y con su toro ufano,
«Ved, pues, ahora, y ponderad,» decia,
«¡Oh hijo de Diosa! ¡oh ejército troyano!
Cuál en mi juventud la fuerza mia
Hubo de ser, y Dáres de mi mano
Cuál muerte, á no salvarle, probaria.»
Dijo, y plantóse del novillo enfrente,
En alto puesto el brazo prepotente;

LXXXVIII.

Y á plomo entre ambos cuernos, guarnecida
La mano descargó cual duro hierro:
Húndese el cráneo, y trémulo, sin vida,
En tierra con su mole da el becerro.
«¡Salve, Erice inmortal!» clamó en seguida:
«Puestas las armas, con que triunfos cierro,
Más bien que la de Dáres, en memoria,
Yo dó y consagro esta ánima á tu gloria.»

LXXXIX.

Luégo al juego del arco el Rey troyano
Invita, y premios pone. De la nave
Que Seresto gobierna, con su mano
Va él mismo y fuerte arbola el mástil grave;
Y alígera paloma al aire vano
En el tope suspende (atada el ave
A una cuerda, la cuerda al mástil fija)
A donde el tiro el flechador dirija.

XC.

Llegan de ellos; y un casco que reciba
 Las suertes, traen en medio. La primera,
 La de Hipocon, el de Hírtaco, con viva
 Aclamacion del vulgo, saltó fuera.
 Coronado la sien de verde oliva,
 Reciente prez de la naval carrera,
 Oyó, en segundo término, Mnesteo
 Grato sonar su nombre á su deseo.

XCI.

Tocóle á Eurition salir tercero:
 Hermano tuyo, oh Pándaro divino,
 (¡Tú que al campo de Aquivos, el primero,
 Lanzaste, compelido del destino,
 El dardo de discordia mensajero!)
 Del fondo del almete al aire vino,
 Postrer nombre, el de Acéstes, que ahora ufano
 En lid de mozos á terciar va anciano.

XCII.

Todos con brazo en arco arman pujante,
 Y sacan primas flechas del aljaba:
 Ante todas, del nervio rechinante
 Arrancó la que el de Hírtaco ajustaba:
 Hierre el viento, y al mástil que delante
 Mira, parte veloz, y en el se clava:
 Al golpe tembló el palo; alas agita
 Medrosa el ave, y el concurso grita.

XCIII.

Tendió el arco avanzándose forzudo
Mnesteo, vuelto á lo alto ojos y flecha;
Mas no tanto que al ave hiriese, pudo
La férrea punta encaminar derecha:
Rompió empero la cuerda y líneo nudo;
Y libre el pié de la atadura estrecha,
La paloma veloz sacude el vue'lo
Entre nubes plumizas por el Cielo.

XCIV.

Eurition, ya el arco apercebido,
Tiró, invocando á Pándaro en su ayuda,
Al ave que de nublo opaco vido
Salir aleteando, flecha aguda:
Alcanzóla en su vuelo envanecido;
Ella el hincado astil trayendo muda,
Dejando por allá la dulce vida,
Al suelo vino en mísera caída.

XCV

Solo Acéstes quedaba, ya baldío,
Y la palma perdida y la esperanza;
Mas del brazo ostentando el arte y brío
Y del arco sonante la pujanza,
Vuelta la faz al ámbito vacío,
Apunta en vago, la saeta lanza,
Y ocasiona, no entonces entendido,
Milagro aéreo de infeliz sentido.

XCVI.

Confirmaron despues con voz tardía
Ajustos vates el infausto agüero:
Y fué así que inflamado discurría
Entre celajes el volante acero;
Con fuego señaló su etérea vía
Y apagóse en los aires; cual lucero
Que vaga desquiciado por la esfera
Arrastrando su ardiente cabellera.

XCVII.

Al Cielo los medrosos corazones
Ambos pueblos levantan juntamente;
Mas no igualó con fúnebres visiones
El gran Enéas la vision presente;
Antes sonrie cumulando dones,
Y á Acéstes abrazando, al par riente,
Aunque grave el semblante, de alegría,
«Lleva, ilustre monarca,» le decia:

XCVIII.

«Lleva esta copa, de labores rica
(Que del Olimpo el reinador, no en vano
Con esa aparicion me significa
El honor que te debo soberano):
Mi anciano genitor te la dedica;
Recíbela, dón suyo, de mi mano:
A él el tracio Ciseo ántes la diera
Insigne prenda de amistad sincera.»

XCIX.

Dice; y ciñe á su sien envejecida
Verde rama, y triunfante le pregona.
A Eurition, que disputar no cuida,
Cual pudo, muerta el ave, la corona,
Premió inferior á Acéstes. En seguida
Al que nudos deshizo galardona;
Y á aquel con recompensa honra postrera
Que la flecha en el palo hincó primera.

C.

Enéas, no el cértamen concluido,
Llamado habia al de Epito á su lado,
Tutor del tierno Yulo, y á su oido,
Fiel á secretos, confió un recado:
«Vé, corre; á Ascanio dí que si instruido
Tiene y á la carrera adeliñado
Su escuadron de muchachos, más no tarde,
Y honre al abuelo con vistoso alarde.»

CI.

Él mismo á la esparcida concurrencia
Manda dejar los campos escombrados:
Llegan ya, y con gallarda continencia,
En caballos del freno bien guiados,
Avanzan de sus padres en presencia
Niños de hoja menuda coronados;
Y al verlos desfilar, rumor que halaga
A un tiempo en ambos pueblos sordo vaga.

CII.

Dos de agreste cerezo jabalinas
Con punta herrada llevan todos ellos:
Aljaba al hombro, algunos: de oro finas
Cadenas caen de los ceñidos cuellos.
Despártense en tres bandas peregrinas,
Doce en cada una, los garzones bellos;
Y, en competencia igual de su edad tierna,
Agil cada una un capitán gobierna.

CIII.

¿Veislo? mandando va su compañía,
Hijo, Polítes, tuyo, el pequeñuelo
Príamo, que del nombre se gloria
(Cual de él ítalos nietos) de su abuelo:
Monta un corcel de los que Tracia cria,
Gallardo, bicolor, que el duro suelo
Con alba mano denodado huella,
Y lleva en la alta frente alba una estrella.

CIV.

Por segundo caudillo Átis figura,
Claro abolengo vuestro, Acios romanos:
Iguales en la edad y la ternura
Andan Atis y Ascanio cual hermanos.
Llega éste al fin, primero en la hermosura,
En un potro de climas africanos:
A él la cándida Dido ántes lo diera
Insigne prenda de afición sincera.

CV.

Los demas en sicanos pisadores
Vienen, del viejo Acéstes, cabalgantes,
Agólpanse en tropel espectadores
Troyanos, desfilando los infantes;
Y al ver á éstos de antiguos genitores
Los semblantes copiando en sus semblantes
Que la esperanza y el temor demudan,
Con estruendo de aplausos los saludan.

CVI.

Luégo que el circo hubieron recorrido
Tal que viese cada uno al que aguardara,
El de Epito de léjos un silbido
Dió de repente, y sacudió su vara:
A galope lanzándose, al chasquido,
Cada banda, del centro se separa;
Mas, no bien la segunda seña oida,
Vuelven, blandiendo el dardo, fácil brida.

CVII.

Y á hacer tornando lo que hicieron ántes
Las cuadrillas se apartan, se avecinan;
Vueltas dan y revueltas elegantes;
Giros, tornos, enredan y combinan:
Y en juegos á combates semejantes,
Ya dan la espalda; ya á volver atinan,
Y amagando, venablos abalanzan;
Ya, hechas las paces, de concierto avanzan.

CVIII.

Como hienden delfines la onda fria;
Nadando, al mar Carpacio, en varios modos;
Cual marañada, inextricable via
En la alta Creta con sus mil recodos
El laberinto pérfido tejía
Porque, en calando, se perdiesen todos;
Así los pequenuelos se cruzaban
Y tal madeja, entrando, huyendo, traban.

CIX.

Estas fiestas á imágen de batallas
Fué Ascanio el que en los campos italianos
Primero instituyó, cuando en murallas
Ciñó á Alba Longa y protegió sus llanos:
Enseñados pudieron practicallas
Los Latinos, y luégo los Albanos:
Hoy de Troya apellido el juego toma
Y el escuadron que lo ejercita en Roma.

CX.

Niño entónces Ascanio todavía,
Con esotros mozuelos sus iguales
Al glorioso abuelo estos hacía
Honores, si festivos, funerales:
Celebraba la alegre compañía
En los sículos campos juegos tales;
Mas trocó la Fortuna en un instante
Con torvo ceño el plácido semblante.

CXI.

Fué así que en ese medio, rencorosa,
Mal sanada la llaga que encubria,
Juno del Cielo á Íris vaporosa
A las naves ilíacas envía:
A la húmida ninfa la gran Diosa
Impetu añade en la region vacía
Y del arco la adorna de colores,
Mientras vuelve en secreto sus dolores.

CXII.

Ella parte invisible, vuela aprisa,
Ve el inmenso concurso, tuerce al puerto;
Las anchas playas vacilante pisa
Y todo siente estar mudo y desierto:
Al fin las damas de Ilion divisa
Que en cóncavo remoto, al mar abierto,
Honrando á Anquíses lágrimas le daban,
Y en el lóbrego mar la vista clavan.

CXIII.

Y así, con mustia faz y ojos inmotos,
Con una voz, la que el dolor les presta,
«Mares cruzamos ya,» dicen, «ignotos;
¡Oh, y cuánto de agua por salvar nos resta!»
Por lograr firme asiento elevan votos;
Hablar de un más allá, pesar les cuesta;
Y hé aquí, mientras derraman sus querellas,
Íris astuta se desliza entre ellas.

CXIV.

Veste aérea y gentil fisonomía
 Poniendo la Deidad, la frente anciana
 De Beroe usurpó, que, esposa un día
 Del ismario Doriclo, andaba ufana
 Con su nombre, su prole y su hidalguía;
 Y, entre ancianas ilustres falsa anciana,
 «¿Qué aguardamos, ah miserables!» les dice:
 «¡Pobre generación! ¡suerte infelice!

CXV.

»Fortuna impía del acero griego
 Nos reservó para mayores males:
 Cumplidos van, desde que á Troya el fuego
 Devoró, siete círculos años:
 La tierra hemos corrido, el ponto ciego,
 Y medido los cercos siderales;
 Y aún vamos por el mar, nao combatida,
 A Italia que burlando nos convida.

CXVI.

»Érice fraternal está presente;
 Aquí Acétes bondoso nos ampara;
 Y podemos en base permanente
 La Patria restaurar. ¡Oh Patria cara!
 ¡Oh Dioses rescatados vanamente!
 ¡Qué! ¿y nunca el patrio muro, nunca un ara
 Troyana hemos de ver, ni un Janto amigo?
 ¡Venid! ¡Las naves incendiad conmigo!

CXVII.

»Yo en sueños ví que antorchas esgrimia
 La sombra ilustre de Casandra fiera,
 Y, «A Troya aquí reedificad!» decia:
 «Ésta, ésta es nuestra patria verdadera.»
 No consiente demoras, á fe mia,
 Tan gran vision, ni la ocasion da espera.
 Hé aquí ofrezco á Neptuno cuatro altares:
 ¡Hachas dános y ardor, Dios de los mares!»

CXVIII.

Dice, y de fuego resplandece armada;
 Alza la mano, y de piedad desnudo
 Flamígero tizon lanza á la armada;
 Pásmanse todas con asombro mudo.
 Pirgo, entre ellas en años avanzada,
 Que á la prole de Príamo fué escudo,
 Nodriza á tantos hijos officiosa,
 «No es de Doriclo,» dice, «no, la esposa;

CXIX.

»Ni es sér mortal, matronas, lo que veo:
 Notad de insigne majestad señales,
 El porte, de la vista el centelleo,
 Voz divina y fragancias celestiales.
 La retea Beroe su deseo
 De hacer á Anquíses honras funerales
 Con nosotras aquí, distante ahora
 (Yo enferma la dejé) frustrado llora,»

CXX.

Ellas perplejas á la flota en tanto
Revuelven maliciosas las miradas:
El interpuesto mar les causa espanto,
Mas las llaman regiones anunciadas.
Oscilan entre amor y deber santo,
Cuando Íris de repente á sus miradas
Toma vuelo, y una ala y otra ala,
Trazando un arco inmenso, abre é iguaia.

CXXI.

En frenesí convierten sus arrojos
Con la vision espléndida las damas:
Teas clamando lanzan, y, despojos
Del consagrado altar, hojas y ramas:
Van ministros de estrago los manojos;
Y dando rienda á las voraces llamas
Remos trepa y escálamos Vulcano,
Cruje y las gayas popas lame ufano.

CXXII.

Llevó al anfiteatro y sepultura
Santa de Anquíses, la noticia Eumelo;
Vuelven luégo á mirar, y en nube oscura
Ven trémulas pavesas ir al Cielo.
Tuerce al campo de horror y desventura
De su alegre carrera Ascanio el vuelo;
Con vano afan por detenerle, al paso
Salen sus ayos con aliento escaso.

CXXII.

Y él, «¡Desgraciadas! ¿qué furor extraño,
Qué error,» les dice, «os precipita ciego?
¿Pensais que á argivos campos haceis daño?
¡Oh, á vuestras esperanzas pegais fuego!
Yo vuestro Ascanio soy: ved si os engaño.»
Dice, y el morrion, disfraz del juego,
Deposita á sus plantas, y les muestra
La faz amiga y la inocente diestra.

CXXIV.

En pos de Ascanio presurosos tiran
Su padre mismo y los demas Troyanos.
Mas ya las tristes en lo que hacen miran,
Y á ocultar su vergüenza, por los llanos
Que extiende la ribera, mustias giran
Huecas peñas buscando: á sus hermanos,
Vueltas en sí conocen, y les pesa,
Libres de Juno, de la aleve empresa.

CXXV.

Pero el voraz incendio, áun no contento,
Sus indómitos ímpetus no afloja:
De las húmedas tablas el asiento
Arde estoposo, y grueso humo arroja:
Consume las carenas fuego lento:
Vana es la onda esparcida que las moja,
Ni hay ya luchar con la arraigada llama,
Cuando hé aquí suplicante el Rey exclama:

CXXVI.

«¡Oh Júpiter supremo! Si de humanos
Males, cual usas, aún piedad hoy tienes;
Si no en uno maldices los Troyanos,
Esta última porcion de nuestros bienes
Salva de azar cruel, fuegos insanos:
Mas si á muerte merezco me condenes,
Destruye de una vez nuestra esperanza,
Y húdame el rayo aquí de tu venganza!»

CXXVII.

Rasgado de sus hombros el vestido
Y ambas las manos extendiendo al Cielo,
Así Enéas con férvido alarido,
O muerte ó salvacion pide en su duelo;
Y aún bien no hablara, cuando nublos vido
Con que el aire oprimir amaga al suelo;
La esfera en un momento se ennegrece,
Ronco trueno las cumbres estremece.

CXXVIII.

Y ya sin más tardar, de los collados,
Acompañados del fragor del viento
Rios descienden á inundar los prados
Furiosos con hinchado movimiento:
Ciego á los buques va medio abrasados,
Las popas cubre el rápido elemento,
Y oprimiendo el vapor, que al fin apaga,
Libra las naves de la peste aciaga.

CXXIX.

Cuatro habia el incendio devorado;
Con cuyo acerbo caso que intimida,
Enéas vacilante, acobardado,
No sabe por cuál rumbo se decida:
Si en Sicilia su nido asiente, al hado
Mal sumiso, que léjos le convida,
O si á Italia persiga, al hado atento;
Y la duda tenaz le da tormento.

CXXX.

Náutes entónces, venerable anciano
Por la tritonia Pálas adivino,
A quien ella dotó con larga mano
De ingenio insigne y de infalible tino,
Interrogado respondió, no en vano,
Ya sobre muestras del furor divino,
Ya lo que el hado inevitable ordena,
Y al héroe hablando, su inquietud serena:

CXXXI.

«¡Hijo de Diosa! al fin llegar porfía
Que una vez y otra vez marcó tu síno:
Tenaz luchando un dia y otro dia,
Vencerás los rigores del destino.
Ahí Acéstes está que se gloria
De su origen superno: en tu camino
Te dé su luz, y á su favor sincero
Los restos fia del estrago fiero.

CXXXII.

»Quienquier de tu alta empresa lleve enfado,
Las matronas, cansadas de los mares,
Los ancianos; en fin, cuanto á tu lado
Mezquino, flojo, inválido notares,
Quede todo de Acéstes al cuidado:
Funden ellos aquí muros y altares,
Y de Acéstes merced, de Acesta el nombre
Al nido que afiencen, grato asombre.»

CXXXIII.

Alentó el sabio al Rey; mas le destroza
Con nuevas dudas que á su mente inspira.
Y ya la húmida Noche en su carroza
Que negra copia de caballos tira,
Ocupa el firmamento. En esto goza
Ensueño seductor el héroe, y mira
La apariencia bajar del padre amado
Que á hablarle empieza con benigno agrado:

CXXXIV.

«Hijo, más caro que mi propia vida
Mientras las auras respiré vitales;
Tú, á quien prueba Fortuna encrudecida,
A partir de Ilion, con tantos males!
Jove en tu auxilio de enviarme cuida;
Jove, que de las sedes celestiales
Del afan se conduele que te aqueja,
Y el voraz fuego de la flota aleja.

CXXXV.

»Vé, y cumple sin temblar las prevenciones
Que anciano consultor te hace sinceras:
Flor de mancebos, recios corazones
Llevar debes de Italia á las riberas:
Allí con tus valientes campeones
Gentes has de postrar duras, guerreras.
Mas ántes avendrá que te regales
Bajando á las moradas infernales.

CXXXVI.

»Harás, en pos de mí yendo, hijo mio,
Cruzando el hondo Averno, oficio grato
Que yo no habito el Tártaro sombrío,
Mas los campos Elíseos moro y trato,
Deliciosa comarca, gremio pio:
Una maga de púdico recato,
Si hartas víctimas negras inmolaes,
Te llevará á los místicos lugares.

CXXXVII.

»Y la prole y ciudad que te destina
Fortuna, entónces mirarás presente.
Mas ahora, adios: la Noche ya declina
Y con soplos me acosa el Oriente
De sus potros fogosos, que avecina.»
Así hablaba la sombra, y de repente
Húrtase al hijo y á su amante empeño
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

CXXXVIII.

Y él, «¿Por qué de mis brazos se desliza
 Tu imágen? ¿no te curas de mi ruego?
 ¿Huyes? ¿me dejas?» clama; y la ceniza
 Resucitando incontinentemente, el fuego
 Que aletargado dormitaba, atiza:
 Sacra masa y colmado incienso luégo
 Al Dios ofrece que á su pueblo ampara,
 Y humilde á la alma Vesta honra en el ara.

CXXXIX.

Consumó el sacrificio, y convocados
 Sus amigos, Acéstes el primero,
 Repite los oráculos sagrados
 De su padre, de Jove mensajero;
 La voluntad pronuncia de los hados
 Y su propia intencion franco y sincero:
 No hay á sus planes quien demoras teja;
 Acéstes coronarlos aconseja.

CXL.

Madres se alistan que en los nuevos techos
 Fundar asientos de familias deban:
 Quédanse á par cuantos vulgares pechos
 De grandes cosas ambicion no llevan.
 Tostados bancos, mástiles deshechos,
 Vuelan los otros á mudar; renuevan
 Remos, jarcias, con mano diligente;
 Número escaso, mas resuelta gente.

CXXI.

Marca el troyano Rey con el arado
De la ciudad el ámbito; sortea
Los solares del campo rodeado
Para edificios, y esto manda sea
Troya, y eso Ilion. Alborozado,
Cordial troyano, Acéstes, á la idea
Del nuevo reino, tribunal y plaza
Designa, y al Senado fueros traza.

CXXII

Luégo á Vénus Idalia, venerada
De su pueblo, en el vértice Ericino
Dedica, por pacífica morada,
Un templo de los astros convecino:
De Anquíses al sepulcro hace se añada
Culto, y ministro, y bosque peregrino;
Y banquetes ordena, y alegrías,
Y piadosos oficios nueve días.

CXXIII.

Ya llegaba el momento: el Austro insistía
Convidando á la mar blanda y serena:
Alzase lloro femenino, y triste
La corva playa con lamentos suena:
En el abrazo último resiste
Amor á desatar dulce cadena:
Las madres mismas que la mar temían,
Ni aún la osaban nombrar, partir querrian.

CXLIV.

Cuantos han de quedarse, en sus fatigas
Parte al troyano Rey piden ahora:
El con palabras los consuela amigas,
Hijos á Acéstes los entrega, y llora.
Manda á las Tempestades enemigas
Matar una cordera; á Erice adora;
Tres becerros tambien manda le maten,
Y que en órden los cables se desaten.

CXLV.

Yérguese él en la prora, coronado
De hojas menudas de sagrada oliva:
Un vaso empuña, al piélagó salado
Intestinos arroja, y néctar liba.
En popa aura terral hiere de grado
Alejando las naves de la riba;
Bogan el remo, y al batir contino
Cubren de espuma el líquido camino.

CXLVI.

No halla en tanto á su afan Vénus sosiego;
Vuela á Neptuno, y «El que Juno abriga
Odio irreconciliable,» gime, «al ruego,
Neptuno ilustre, á descender me obliga;
Que no su ira cruel, su rencor ciego
Amansan años ni piedad mitiga,
Ni lo que ordena el hado ó Jove manda
Su indómita ambicion quiebra ni ablanda.

CXLVII.

»Eterno es el furor que su alma siente;
Que no bastó á su cólera sombría
Haber talado la ciudad potente
Que en la ancha Frigia dominaba un día,
Ni arrastrar las reliquias de su gente
Por senda de martirio. Todavía
Al pueblo hundido en perseguir no cesa
En sus huesos nadantes y pavesa!

CXLVIII.

»La causa ella sabrá de tanta saña:
Yo sé, y las ondas líbicas tú mismo
Viste cómo á manera de montaña
Encrespó amenazando cataclismo;
De Eolo en el favor fió; se engaña;
Mas era su intencion cielo y abismo
En uno confundir; y así la impía
Insolente tus reinos invadía.

CXLIX.

»Hoy, ¡qué horror! á las hembras roba el tino,
Y las naves ardiendo á los Troyanos,
Fuerza á Enéas, cerrándole el camino,
A dejar en destierro á sus hermanos.
Haz siquiera que al Tibre laurentino
Estos últimos restos lleguen sanos,
Si ya al muro las Parcas prometido
No han de negarles; si lo justo pido.»

CL.

Respondió el Dios que el ponto señorea:
 «Pon confianza en el imperio mio,
 Que en mis reinos naciste, Citerea,
 Y ya á Enéas mostré mi afecto pio:
 Yo mil veces, por él, si el mar ondea
 Las nubes conjurando á estrago impío,
 Serené la amenaza; y no hice ménos
 En tierra que del piélagos en los senos.

CLI.

»Janto y Símois me saquen verdadero:
 Cuando Aquíles con furia impetüosa
 Por la espada inmoló tanto guerrero
 Que contra el muro de Ilion acosa;
 Cuando, enfrenando su ímpetu ligero
 El álveo, que en cadáveres rebosa,
 El Janto por las márgenes gemia
 Ni hallar lograba hácia mis reinos via;

CLII.

»Yo á tu hijo entónces arranqué á la muerte
 En nube con que entorno le rodeo,
 Viéndole ménos bienhadado y fuerte
 Combatir con el hijo de Peleo;
 Ni vacilé en librarle de esa suerte
 A pesar del furor de mi deseo,
 Que hundir yo ansiaba la ciudad perjura,
 Ya (¡mal pecado!) de mi mano hechura.

CLIII.

»¿Qué dudas, pues? ¿qué temes por Enéas?
Yo lo mismo que entónces, ahora siento:
El al puerto de Averno que deseas
Llegará con su gente á salvamento:
Habrá sólo uno que anegarse veas,
Escogido holocausto.» Así el aliento
Neptuno á Vénus vuelve; y ya bizarro
Con arreos de oro orna su carro.

CLIV.

Pone á los brutos el bañado freno,
Dales con fácil mano suelta brida,
Y por el mar, magnífico y sereno,
En su carroza va de azul teñida:
Tiéndese igual sobre el materno seno
Bajo el eje tonante la onda erguida,
Y cuanto nublo encapotó la esfera
Su fuga por los aires acelera.

CLV.

Acompañan en torno al Dios marino
Grandes cetos y rápidos tritones;
Glaucó y su coro, y Palemon de Ino,
Y Forco y sus revueltos escuadrones:
Hienden á izquierda el reino cristalino
Las hijas de sus húmidas mansiones:
Talía allí, Cimódoce campea,
Tétis, Melite, y blanda Panopea.

CLVI.

En la mente de Enéas indecisa
Bullen en tanto imágenes amenas:
Manda arbolar los mástiles aprisa
Y las velas tender por la entenas:
No hay, lonas al izar, mano remisa;
Ya á este lado, ya á aquél las sueltan llenas;
Tuercen cabos, retuércenlos á una;
Mueve miéntras la escuadra aura oportuna.

CLVII.

Palinuro adelante firme guia
La flota, que á su espalda se aglomera:
Marchan, y á la órden obediente, fia
Cada nave en la nave delantera.
Casi la vaporosa Noche habia
Tocado á la mitad de su carrera;
Y al pié del remo, de temor seguros,
Duermen los nautas en los bancos duros.

CLVIII.

Dejó en esto las célicas regiones
Ligero un Sueño que las sombras hiende;
Mudo vuela, y fatídicas visiones
Trayendo, ¡oh Palinuro! á tí descende:
Sentado en la alta popa, las facciones
De Fórbas toma, y seducirte emprende:
¡Mísero! que con voces de dulzura
Ya el falso diosécillo te conjura:

CLIX.

«¡Hijo de Yasio, Palinuro mio!
Mira cómo resbala blandamente
Llevado de las ondas el navío;
¡Qué propicio que espira el manso ambiente!
Un rato al soporífero rocío
Inclina ya la fatigada frente;
Hora es de descansar: duerme sin miedo,
Que yo en tanto por tí velando quedo.»

CLX.

Alzó el otro los párpados apenas
Y dijo: «¿Lo que vale la semblanza,
Quieres que olvide yo, de olas serenas?
¿Que ponga en monstruo aleve confianza
Pretendes por ventura? ¿Me encadenas
Porque entregue mi Rey á la mudanza
De mar y viento, de quien tantas veces
Probé las veleidades y dobleces?»

CLXI.

Dice, é inmóvil se afianza, y traba
Del gobernalle con ahincado empeño;
Mira á los astros, y en los astros clava
Los mustios ojos resistiendo al sueño.
Mas ya una y otra sien le golpeaba
El Dios con su balsámico beleño
En las aguas del Lete humedecido,
Y los ojos le anega en alto olvido.

CLXII.

No bien los miembros el sopor le afloja
Cuando el sueño sobre él se precipita;
Mas no del gobernalle le despoja
Ni de su asida posicion le quita,
Antes al mar con el timon le arroja
Y áun parte de la popa: llama, grita
Cayendo el triste; nadie oyó su acento;
Y el Dios aleteando huye en el viento.

CLXIII

Segura, empero, prosiguió la flota
Del favor de Neptuno protegida.
Mas hé aquí ya se acerca en su derrota
A la roca, otro tiempo tan temida,
De las Sirenas, que la mar azota,
De albos huesos de náufragos guarida;
Y léjos con monótonos bramidos
Resuenan los escollos combatidos.

CLXIV.

Notó Enéas entónces que á la armada
Falta el piloto y perecer podria;
Y con mano acudiendo acelerada
La noche toda él mismo el timon guía;
Y entónces exclamó con voz ahogada:
«¡Pobre amigo! ¡fiaste en demasía
De cielo bonancible y mar serena;
Yacerás insepulto en triste arena!»

LIBRO SEXTO.

I.

Así hablaba y lloraba juntamente.
Ya, riendas dando, por el mar navegan,
Y á las costas de Cúmas (cuya gente
De Eubea vino) sin tardanza llegan.
Tornan proas al mar: con tenaz diente
La ancla fija el bajel, y á tierra apegan
Las corvas popas, que en la orilla alzadas
La bordan de colores variadas.

II.

Ledos embisten en hesperia tierra:
Quién hiere el pedernal, que en sus entrañas
De la llama los gérmenes encierra;
Quién penetra las ásperas montañas
Y leños corta, ó por su seno yerra,
Intrincada guarida de alimañas,
Y vuelve, y dando de placer señales
Enseña los hallados manantiales.

III.

Mas Enéas piadoso á las alturas
En que Apolo descuella, se encamina,
Y las cuevas recónditas, oscuras,
Busca de la terrífica adivina
Que, inflamada del Dios, cosas futuras
En estro rebosando vaticina:
¿Veisle? entrando con otros va derecho
Ora el bosque avernal, ya el áureo techo.

IV.

Dédalo de comarcas sanguinosas
Huyendo, es fama, y del furor de Mínos,
Fiarse osó con alas vagarosas
A los reinos del aura cristalinos:
A la region helada de las Osas
Su vuelo por insólitos caminos
Tendió, y moviendo las nadantes plumas,
Fué en el alcázar á parar de Cúmas.

V.

Por vez primera allí devuelto al suelo,
Grato, Apolo, al favor, logró ofrecerte
Sanas las alas que bogó en su vuelo
Y un templo dedicarte hermoso y fuerte.
En las puertas, de Andrógeo el fin, el duelo
Grabó de los Cecrópidas, que á muerte
Siete hijos tributaban cada un año;
La urna ciega allí está do sale el daño!

VI.

En frente, en medio al mar, se representa
Creta: allí lo cruel de sus amores,
Del toro esclava, Pasifae ostenta;
Monumento de estúpidos furoros
Allí el biforme Minotauro asienta
La planta; con sus vueltas, sus errores,
Incierto entorno el laberinto gira,
Y á la amante princesa horror inspira.

VII.

Cediendo de la triste á la porfia,
Allí Dédalo mismo de Teseo
El paso indocto con el hilo guia:
Ícaro, y tú tambien lograras, creo,
Insigne asiento en la áurea galería;
Mas de padre el dolor ganó al deseo
Del artífice audaz, que, el brazo alzando,
Caer dos veces le dejó, llorando.

VIII.

Enéas con su gente asaz tuviera
En cada cuadro la mirada fija,
Si, enviado adelante, no volviera
Turbando Acátes su atencion prolija:
Con Acates, graciosa compañera,
Deífobe llegó, de Glauco hija,
Intérprete de Apolo y de Diana;
Que vuelta al Rey de la nacion troyana,

IX.

«No es sazón de admirar primores tales,»
Le dice: «importa que inmolar decidas
De grey vacuna siete recentales
Y á par siete ovejuelas escogidas.»
Esto dijo: Troyanos principales
Van á cumplir las órdenes oidas;
Y mostrándoles sigue ella el camino
Al elevado templo Sibilino.

X.

Hay en la roca eubea un lado hendido,
Antro de cien entradas y cien puertas
Que cien voces arrojan con rüido,
De la oculta Deidad respuestas ciertas.
Cuando llegaban al umbral temido,
«¡Tiempo es que el ruego á consultar conviertas
Tus hados, huésped!» la doncella exclama;
Hé aquí el Dios, hé aquí el Dios! mi mente inflama.»

XI.

Esto la vírgen pronunció en la entrada
De la inmensa caverna: en ese instante
Tartamudea, la color mudada,
Crespo el cabello, atónito el semblante:
Enfurecida, aérea, agigantada,
Hínchale el Dios el seno jadeante,
Y ya llena del númen soberano,
Vibró puro su acento aún más que humano:

XII.

«¡Eneas! ¿no será que al Númen santo
Con tus votos y súplicas regales?
No han de abrirse á tus pasos entretanto
Del pavoroso templo los umbrales.»
Calló: los Teucros con glacial espanto
Oyeron resonar palabras tales,
Y postrándose el Rey, con hondo acento
Oró así en religioso arrobamiento:

XIII.

«Febo, que de infortunios y pesares
De los hijos de Troya te apiadas;
Tú que al cuerpo del de Éaco, de Páris
Las flechas dirigiste enherboladas:
Salvo, merced es tuya, hendí anchos mares
Que á ceñir van regiones apartadas;
Yo he cruzado las costas africanas;
Yo las hórridas sirtes vi cercanas.

XIV.

»Hoy piso en fin el límite italiano,
Tierra de promision que ántes huia;
¡Así ei signo maléfico troyano
Haya hasta aquí llegado en su porfía!
Y ¡oh cuantos con furor visteis insano
Crecer la gloria de mi patria un dia!
¡Dioses todos y diosas! sin enojos
Volved ya en fin á Troya vuestros ojos!

XV.

»Y ¡oh tú que en siglos ves aún no llegados,
Santa sacerdotisa! (yo no pido
Imperio no ofrecido por mis hados)
Da á mis Teucros gozar reposo y nido
Con los Dioses de Troya fatigados;
Y á Hécate y á Apolo, agradecido,
De mármol fundaré templo y altares
Y fiestas en su honor apolinales.

XVI.

»Tú en mi reino tambien ilustre asiento
Tendrás, y tus sagradas predicciones
Guardando con solemne acatamiento,
Tu culto servirán dignos varones.
Mas oye: á la merced irán del viento
Tus palabras si en hojas las dispones;
Canta tú misma lo que cierto veas.»
Aquí dió fin á su oracion Enéas.

XVII.

En tanto la Sibila aún se subleva
Por sacudir el númen que la oprime,
Y feroz se revuelve en la ancha cueva:
Fogoso corazon, labio que gime
El Dios le doma, que sobre ellos lleva
Hasta grabarla, inspiracion sublime;
Y dan su voz en ecos las cien puertas
Todas á un tiempo sin esfuerzo abiertas,

XVIII.

Diciendo: «¡Oh tú hasta ahora libertado
De los riesgos del piélago marino,
Hoy de riesgos de tierra amenazado!
Vendrá tu gente al reino de Lavino
(No temas, no, que lo revoque el hado);
Mas tiempo habrá que llore porque vino;
Guerras, ásperas guerras estoy viendo;
Miro al Tibre ondear, de sangre horrendo.

XIX.

»Otro Janto, otro Símois, y otra hogaño
Campaña cual la griega rigurosa
Verás, que el Lacio cria ya en tu daño
Otro Aquíles feroz hijo de Diosa;
Ni faltará á tu gente en suelo extraño
De Juno el odio que jamas reposa;
Y en tanto, ¿qué ciudades, ni qué playas
Habrá, infeliz, donde á rogar no vayas?

XX.

»Y otra vez bodas en foráneo suelo
Llorarán los Troyanos; y esa esposa
¡Cuánto traerá de afan! ¡cuánto de duelo!
¡A ti y á tus vasallos cuán costosa!
Tú, hasta do el hado sufra, insta en tu anhelo,
Y lograrás, mudanza milagrosa,
Que ántes que no otra, á próspero destino
Una griega ciudad te abra camino.»

XXI.

Tal desde su antro la Sibila fiera,
 Con voz que infunde admiracion y espanto,
 Hechos desvuelve, edades acelera,
 Y en sombras la verdad brilla en su canto;
 Tal de su labio el ímpetu modera
 El Dios que el corazon le aguija en tanto;
 Mas serenada al fin su ira espumante,
 A hablarle torna el héroe suplicante:

XXII.

«Áun no me has anunciado ¡oh vírgen! nada
 Ó nuevo ó imprevisto de mi vida.
 Mas oye: si hay aquí al Averno entrada,
 Si aquí está la laguna tan temida,
 Con sobras de Aqueronte sustentada,
 Concede que un favor solo te pida:
 Mi padre anhelo ver; guia mi planta,
 Y dignate de abrir la puerta santa.

XXIII.

»¡Mi padre! Yo de en medio al enemigo
 Entre llamas y dardos libertélo;
 Yo le puse en mis hombros, y él conmigo
 Fué dándome doquier fuerza y consuelo:
 El fué en mis viajes mi mejor amigo;
 El los rigores de la mar y el cielo
 Con generosas muestras de osadía,
 Milagrosa en su edad, llevar solia.

XXIV.

»Y él, él me persuadió que reverente
Llegase, y suplicante, á tus umbrales:
¡Oh! del padre y del hijo juntamente
Te apiaden los trabajos inmortales;
Que tú eres, vírgen santa, omnipotente,
Y de los negros bosques infernales
La pavorosa Hécate no en vano
El cetro aterrador puso en tu mano

XXV.

»La prenda de su amor el tracio Orfeo,
Luégo que hondo el Erebo la devora,
A salvar acertó, felice empleo
Haciendo de su cítara sonora:
Pólux, merced de enérgico deseo,
Librar logró al hermano á quien adora,
Y partiendo con él su sér divino
Pasa y repasa el lóbrego camino.

XXVI.

»Callaré de Teseo; del tremendo
Alcídes callo y su potente maza:
¡Yo, yo tambien de Júpiter desciendo!»
Pronuncia el héroe, y al altar se abraza.
Otra vez la adivina respondiendo,
«Troyano hijo de Anquíses, de la raza
De los supernos Dioses procedente,
Oyeme,» dice, «y grábalo en tu mente:

XXVII.

»Fácil es del Averno la bajada;
De día y noche á la region oscura
Patente está la pavorosa entrada;
Mas volver y elevarse al aura pura,
Esa es la parte trabajosa, osada:
Muy pocos á quien Jove con ternura
Vió, ó que ardiente virtud al Cielo eleva,
Vencieron, raza de héroes, la ardua prueba.

XXVIII.

»Cubren selvas espesas y sombrías
El centro del Averno; á la redonda
Carcomiendo el Cocito ciegas vías
Con su torpe caudal callado ronda.
Mas si forzar el Tártaro porfías
Y dos veces cruzar la estigia onda,
Si en esto gozas que á otros acobarda,
Cómo has de comenzar escucha y guarda.

XXIX.

»En medio de estas selvas donde moro
Oculto un ramo está que el tallo tierno
Tiene, y las hojas trémulas, de oro,
Consagrado á la Juno del Infierno:
Cierra en su seno el fúlgido tesoro
Hojoso un árbol entre el bosque eterno,
Y de valles en torno guarnecido,
La amiga lobreguez le hurta al sentido.

XXX.

»Y nadie ya la subterránea ruta
Pudo emprender á do el amor te llama,
Si ántes no desgajó la rica fruta:
La hermosa Proserpina esa áurea rama
Apropiada á su gloria la reputa,
Y es el obsequio que entre todos ama:
Segado el tallo, el gérmen no perece;
Retoña, y la áurea yema amarillece.

XXXI.

»Vé, y de alto en torno el árbol investiga
Con atenta mirada, y avistado,
Allá tiende la mano; que si amiga
La suerte rie, con sensible agrado
Al punto hará que el vástago te siga;
Pero si adusto te rechaza el hado,
No habrá fuerte segur ni ahincado empeño
Que el ramo aparte del materno leño.

XXXII.

»Mas ¡ah! miéntras al sacro umbral se inclina
Tu oído, atento al deseado indulto,
Un cadáver tus tropas contamina;
Fué tu amigo y le ignoras insepulto:
A honrarle ovejas negras vé y destina;
Su cuerpo vé á librar de odioso insulto;
Y así, en fin, á estas lóbregas moradas
Bajarás, no á vivientes franqueadas.»

XXXIII.

Cesó, y quedóse la adivina muda.
 La medrosa caverna el héroe deja;
 Mirando al suelo va, y acerba duda
 Le roe el corazon. Con él se aleja
 Acátes, fiel amigo: igual la aguda
 Pena que á Enéas, al andar le aqueja:
 ¿Quién será, cada cual finge y cavila,
 El que muerto nos canta la Sibila?

XXXIV.

Hablando, pues, del mal que les espera,
 De dolor y ansiedad el pecho lleno,
 Allá tirado en la árida ribera
 Cadáver infeliz ven á Miseno:
 Miseno, hijo de Eolo, á quien diera
 Natura el arte de excitar al bueno
 A los combates, y el guerrero bando
 Llenar de fuego, su clarín tocando.

XXXV.

Él, cuando Troya, acompañado habia
 Á Héctor: los campos él, de Héctor al lado,
 Con su trompa y su lanza recorria
 En la lanza y la trompa ejercitado;
 Despues, cuando de la alma luz del dia
 Héctor fué por Aquíles despojado,
 De Enéas al mandar el fiel guerrero
 (Partido no inferior) puso su acero.

XXXVI.

Mas ahora que insensato en la ribera
Retaba al són de cóncava bocina
Al númen que á emularle se atreviera,
Envidiando Títon su arte divina
(Si no miente la fama vocinglera)
Ahogóle en la espumosa onda marina.
Cercándole los suyos danle en tanto,
Enéas sobre todo, amargo llanto.

XXXVII.

Y llorando, el sagrado mandamiento
A cumplir van, y fúnebres altares
Con árboles á alzar al firmamento:
Van á una antigua selva, hondos hogares
De fieras: al herir de hachas violento,
Los fresnos y los pinos seculares
Vacilan, los hendibles robles gimen,
Y los olmos rodando el bosque oprimen.

XXXVIII.

A los suyos el héroe, apercebido
De iguales armas, guía en la faena
Con la voz y el ejemplo, y con gemido
Dice, el gran bosque al ver que en torno suena:
«Ya el presagio cruel está cumplido
En tí, amigo infeliz, ¡oh cruda pena!
¡Así á mis ojos se mostrase ahora
El árbol que áureos frutos atesora!»

XXXIX.

Así exhala plegarias y querellas,
 Cuando á su vista, sobre el manso viento,
 Llegan iguales dos palomas bellas
 Abatiendo el süave movimiento
 A posarse en el césped verde. En ellas
 Mira Enéas atónito y atento
 Las mensajeras de su madre, y clama
 Con el acento del que espera y ama:

XL.

«Oh aves misteriosas! si camino
 Abre el hado, marcadle con el vuelo;
 Id al ramo que en torno peregrino
 Con rica sombra ampara el fértil suelo!
 Y tú en esta sazón, felice tino
 Concede, ¡oh madre! y el favor que anhelo.»
 Calla; y qué auguren al picar la hierba,
 O á dó tiendan las aves, fijo observa.

XLI.

Hasta do el ojo va, la copia alada
 Sigue el volar, sigue el volar rastrero;
 Mas asomando á la hedionda entrada
 De Averno, se alza en ímpetu ligero:
 Buscan las dos la copa deseada,
 Y á un tiempo ocupan el feliz madero,
 Do entre pardos verdores amarillo
 El ramo desigual muestra su brillo.

XLII.

Como en bosques que invierno heló, enverdece
El visco, y con la prole de que abunda,
No hija del árbol á que asido crece,
El tronco protector blondo circunda;
Tal la ráfaga de oro resplandece;
Tal, herida del aura vagabunda,
Treme y cruje la lámina divina
En medio allá de la copuda encina.

XLIII.

Del ramo inerte el Rey ase impaciente
Y vuela á la mansion de la adivina.
Sigue entretanto la llorosa gente
Tristes honras haciendo en la marina
A la insensible víctima presente:
De maderas copiosas en resina,
Y duros troncos de que rajas llevan,
Ingente pira desde luégo elevan.

XLIV.

Y de mustias guirnaldas guarnecida
Y de rectos cipreses custodiada,
De adorno sobreponenle en seguida
El limpio arnes y la desnuda espada.
En calderas de bronce recogida
Llegan agua á la lumbre aderezada,
Y ántes de que las llamas lo consuman,
El cuerpo helado lavan y perfuman.

XLV.

Unos, en medio del comun gemido,
Le extienden sobre el fúnebre tablado,
De su lujosa púrpura ceñido;
Otros (¡penoso ministerio!) á un lado
Vuelto el rostro, por rito establecido,
Pegan la antorcha al féretro enlutado:
Viandas, incienso, aceite rebosante,
Todo el fuego lo envuelve en un instante.

XLVI.

Cuando en pavesas descansó la llama,
Corineo balsámica ambrosía
En las reliquias cálidas derrama,
Y á una urna de metal los huesos fia:
De noble olivo consagrada rama
Blandiendo leve, á los demas rocía
Con lustral aspersion que hace tres veces;
Llora, y pronuncia las finales preces.

XLVII.

El Rey, de gratitud y piedad lleno,
Manda erigir soberbia sepultura;
Y, «Al túmulo fijar,» les dice, «ordeno
Su clarin y su remo y su armadura.»
Se hizo al pié de un peñon, que de Miseno
Recibió el nombre que inmortal le dura.
Enéas á cumplir vuela, tras eso,
El sagrado mandato en su alma impreso.

XLVIII.

Hay en aquel confin una honda sima,
Vasta caverna de escabrosa roca:
Negro bosque, que en torno se arracima,
Guarda, y medroso lago, la gran boca.
No impune el ave que revuele encima
El torpe aire con sus alas toca
Que en columna de fétidos vapores
Sale á infestar los cercos superiores.

XLIX.

Trajo allí el Rey de la troyana gente
Cuatro negros novillos, á quien riega
Con vino la Sibila la alta frente;
Entre las astas elegido siega
Vellon cerdoso, que á la llama ardiente,
Dón primerizo y breve pasto, entrega;
Y á Hécate á grandes voces llama, Diosa
En Cielo y en Averno poderosa.

L.

Quién apresta al degüello la cuchilla;
Quién vasos llena en sangre que chorrea:
Enéas mismo con su espada humilla
Lúcia cordera cuya piel negrea,
Porque la Noche, de furial cuadrilla
Madre, y su hermana al par, fácil le sea;
Inmolando despues estéril vaca,
Tu númen, Proserpina, honra y aplaca.

LI.

Nocturnas aras en seguida eleva
 Al Rey estigio: enteras á la llama
 De los novillos las entrañas lleva,
 Y encima óleo abundante les derrama.
 Y hé aquí, ántes de rayar aurora nueva,
 Treme la tierra, su hondo seno brama,
 Oscilan selvas y vecinos cerros,
 Y en la sombra ulular se oyen los perros.

LII.

Ya llega la Deidad. Con voz sonora
 Grita la profetisa: «¡Huid, profanos!
 Desamparad la selva; y solo ahora
 Vén tú conmigo, ¡oh Rey de los Troyanos!
 ¡Vén, desnuda la espada vencedora,
 Rodeado de alientos sobrehumanos!»
 Dijo y hundióse: á su furente guia
 Enéas con pié intrépido seguia.

LIII.

¡Oh los que de las almas inmortales
 Teneis, Dioses, el cetro y monarquía!
 ¡Cáos! ¡Flegeton! ¡Tinieblas sepulcrales!
 ¡Lugares de silencio y noche umbría!
 ¡Concededme salvar vuestros umbrales,
 Y que al orbe revele la voz mia
 Lo que vi, lo que oí, cuanto misterio
 Guarda vuestro hondo, funeral imperio!

LIV.

Opacos bajo noche alta y desierta,
 Cruzando iban, los dos, reinos vacíos
 Que allende yacen de la odiosa puerta:
 Tal en bosques callados y sombríos
 Al viajero señala senda incierta
 Maligna luna con sus rayos frios,
 Cuando atristan el Cielo alas nublosas
 Y hosca el color la noche hurta á las cosas.

LV.

Ante el mismo vestíbulo, manida
 Hicieron las Congojas vengadoras,
 Las Dolencias de faz descolorida,
 Y tú, arada Vejez con ellas moras:
 Dolor, Terror, Necesidad raida,
 Hambre, que induce á criminales horas:
 Todos ellos, terríficas figuras,
 Guardan las fauces del Averno oscuras.

LVI.

Y el Trabajo, y la Muerte, y compañero
 El Sueño de la Muerte, su impía hermana,
 Vense, avanzando hácia el umbral frontero,
 Y malos Goces de la mente humana:
 De las Furias los tálamos de acero
 Allá están, Guerra atroz, Discordia insana:
 Esta (¡qué horror!) con sanguinosas hebras
 Crina en torno su frente de culebras.

LVII.

Lleno de años, con sombras halagüeñas
 Convida un olmo en la mitad; y es fama
 Que acude en derredor del firme leño
 Aerio enjambre que el silencio ama:
 Subsiste asido un mentiroso ensueño
 En cada hoja fugaz de cada rama;
 Y en torno hórridas fieras, monstruos viles
 Tienen cabe las puertas sus cubiles.

LVIII.

Centauros hay allí; silbante y fiera
 Hidra; Scilas bifformes que el mar cria;
 Briareo, el de cien brazos; la Quimera
 Que de llamas armada desafía;
 Con sus hermanas Górgona guerrera,
 on sus iguales pestilente Arpía.
 Con tres cabezas Gerion gigante:
 ¿Quién habrá que los mire y no se espante?

LIX.

Sintió Enéas pavor: el fuerte acero
 Esgrime osado, y con su punta anaga
 Al escuadron de monstruos, que severo
 Llega delante ó revolando vaga:
 Que sombras son sin cuerpo verdadero
 Prudente á tiempo le advirtió la maga,
 Él, á no detener la voz su brío
 Hiriera ciego el ámbito vacío.

LX.

Parte de allí para Aqueron camino:
Vasto abismo que en lecho hondo de cieno
Hierve, y en el Cocito de contino
El arena descarga de su seno.
Guardian del territorio convecino,
El mustio rio y márgen inameno
El barquero Caron adusto cuida
Con ceño horrible y faz descolorida.

LXI.

El cual sucia caer al pecho deja
La blanca barba; es fuego su mirada;
Cuélgale de los hombros rota y vieja
Con un nudo su túnica enlazada;
Con tardas velas y un varal maneja
El ferrugíneo barco en que traslada
Los muertos: es su edad, si bien anciana,
Vejez propia de un Dios, recia y lozana.

LXII.

Allí, nube de imágenes ligera,
Cuantos dejan del suelo las mansiones
Vuelan sobre la fúnebre ribera:
Austeras madres; nobles campeones;
Vírgenes que en su dulce primavera
Segadas fueron; cándidos garzones
A quienes ya cabe la alzada pira
Lloró el padre infeliz que arder les mira.

LXIII.

Tantos van los espíritus y tales
Como las hojas que en la selva, al hielo
De los últimos días otoñales
Ruedan precipitadas por el suelo;
O cual, climas buscando más geniales,
A través de la mar en largo vuelo,
Del tiránico invierno desterradas,
Huir vemos las aves en bandadas.

LXIV.

Y hé aquí la turba que llegó primera
Pasar quiere, ántes que otros, lago allende;
Con vivo amor de la ulterior ribera
Esfuerza ruegos y las palmas tiende.
Caron, de tanta multitud que espera,
Ya á éste toma, ya á aquél; á nadie atiende;
Mas á muchos también, ¡desventurados!
Léjos rechaza de los tristes vados.

LXV.

Viendo el tropel, «¡Oh vírgen veneranda!»
Dice asombrado Enéas; «¿á qué llegan
A este río las almas? ¿Qué demanda
Esa gran multitud? ¿Por qué navegan
Ledos los unos hácia la otra banda,
Y éstos, exclusivos, en dolor se anegan?
¿Qué los distingue? di.» Y así de prisa
Respondió la senil sacerdotisa.

LXVI.

«Hijo de Anquíses, semidios troyano!
El lago Estigio y lóbrego Cocito
Mirando estás, por quien jurar en vano
Temen los Dioses como gran delito.
A éstos no honró, al morir, piadosa mano,
Turba doliente en número infinito:
Ese es Caron; trasporta á opuestos lados
Los que fueron en muerte sepultados.

LXVII.

»Ni el linde ingrato y aguas murmurantes
Logran salvar las ánimas que vagan
Desprovistas de honores, sin que ántes
Enterrados en paz sus huesos yagan;
O cien años arreo andando errantes
Sobre esta zona, su esperanza halagan;
Y al cabo de ellos admitidas, vuelan
A ver, en fin, los sitios por que anhelan.»

LXVIII.

Paróse con doliente fantasía
Enéas, y en la gente desechada
Ve á Leucáspis, ve á Oronte, antiguo guía
Del bajel licio en la troyana armada:
Con él salieron de Ilion un día,
Y bogando á par de él, á su mirada
Los hundió en crespas ondas Austro impío
Que al nauta sacudió, volcó el navío.

LXIX.

Hé aquí de entre éstos viene Palinuro,
 Aquel que en la reciente travesía
 Por el líbico golfo, al mar oscuro
 Cayó, cuando en mirar se embebecia
 Los altos astros de temor seguro.
 Así que Enéas en la niebla umbría
 Reconoció al llorado compañero,
 Tornóse á condoler, y habló él primero.

LXX.

«¿Cuál Dios,» le dice, «Palinuro amado,
 Ahogándote con mano traicionera
 Te vino á arrebatár de nuestro lado?
 Faltóme en cuanto á ti, por vez primera,
 Fiel ántes siempre Apolo á lo anunciado,
 Prometiéndome que salvo á la ribera
 Deseada de Italia tocarías:
 ¡Mal coronó las esperanzas mías!»

LXXI.

La sombra respondió: «Ni fraudulento
 Fué contigo el oráculo divino,
 ¡Oh hijo de Anquíses! ni en el mar sediento
 Númen odioso á sepultarme vino.
 Yendo yo, en vela, á mi deber atento,
 Casual golpe en la popa sobrevino,
 Y en medio de las ondas, sin soltalle,
 Caí con el fiado gobernalle.

LXXII.

»Y juro por la negra mar, Rey mio,
Que, perdido el asiento, el timon roto,
Más que por mí cuidé que tu navío,
Privado de defensa y de piloto,
Mal pudiese del piélago bravío
Los golpes contrastar. Violento Noto
Tres noches borrascosas de ardua brega
Me arrastró léjos sobre la onda ciega.

LXXIII.

»Vi las costas de Italia al cuarto dia,
Encumbrado por hórrida oleada:
Poco á poco nadaba, y salvo habria
Hollado, en fin, la playa deseada;
Mas, ¡triste! como á presa de valía
Me embiste horda feroz blandiendo espada
No bien de húmedas ropas agobiado
Trepaba, uñas hincando, agrio collado.

LXXIV.

»Hoy, desecho del mar, en sus riberas
Vientos me azotan. Por la luz del cielo
Y las auras que áun gozas placenteras,
Por tu hijo amado, y por su ilustre abuelo,
Si á éste das honras que de aquél esperas,
Tu invicta mano de tan grande duelo
En el puerto de Velia me redima
Piadosa arena derramando encima.

LXXV.

»Ó ya, supuesto que, de Olimpo santo
 Por favor especial, bajado hayas
 A visitar los reinos del espanto
 Y de tu madre encaminado vayas,
 La diestra alarga, si merezco tanto,
 Y arrástrame contigo á opuestas playas,
 Porque al cabo, rendido de fatiga,
 En muerte al ménos reposar consiga.»

LXXVI.

Y dijo la adivina: «¿Estás demente,
 Oh sombra temeraria? ¿Por ventura
 Querrás el lago Estigio, la corriente
 Pasar de las Euménides oscura,
 Tú que no ostentas divinal presente
 Ni gozas en la tierra sepultura?
 ¡Triste! no esperes á poder de ruegos
 Los hados ablandar sordos y ciegos.

LXXVII.

»Mas escucha mi voz, y tus dolores
 Consuela recordando anuncios tales:
 Habrá de ancha region habitadores
 Que, en fuerza de prodigios celestiales,
 Tu sombra aplacarán, darán honores,
 Te alzarán monumentos sepulcrales;
 Y el sitio, Palinuro, que te guarde
 Hará por siglos de tu nombre alarde.»

LXXVIII.

Al són de estas palabras, un momento
 Mitigó Palinuro su agonía,
 Y fuése, revolviendo el pensamiento
 Que un país de su nombre se gloria.
 Ellos siguen en tanto á paso lento.
 Caron su barca á la sazón movía,
 Y de en medio del lago divisólos
 La muda selva atravesando solos.

LXXIX.

Y en recia voz prorumpe: «Tú, quienquiera
 Que armado invades mis dominios, tente,
 Y qué quieres, dí luégo, en mi ribera.
 Aquí en horror profundo eternamente
 Moran los Sueños y la Noche impera:
 No admite el bote estigio alma viviente;
 Ni de atinado, si exenté, me loo,
 Ya á Alcídes, ya á Teseo y Piritoo.

LXXX.

»En su abono, su origen sobrehumano
 Mostraban, cierto, y generoso brío:
 ¡Ah, y aquél ante el trono del tirano
 Fué el guarda á encadenar del reino umbrío,
 Y temblando arrastróle con su mano;
 Y estotros en furioso desvarío
 Por robar nuestra Reina, ¿quién tal osa?
 El tálamo invadieron de la Diosa!»

LXXXI.

En breves frases respondió prudente
 La inspirada de Anfriso: «Insidias viles
 No temas, no, que anide nuestra mente,
 Ni armas contemplas á tu imperio hostiles:
 El encovado can salvo amedrente
 Con eternos baladros sombras miles:
 Hécate, sin temor de agravio impío,
 Casta guarde el umbral del regio tío.

LXXXII.

»Y es que Enéas de Troya, á quien la fama
 En piedad, en valor, no dió segundo,
 Tan sólo el padre á ver que tanto ama
 Viene al riñon del Érebo profundo:
 Si eres sordo á tan bello amor, la rama
 Mira en que justas esperanzas fundo.»
 Y diciendo y haciendo, el tallo santo
 Sacaba de los pliegues de su manto.

LXXXIII.

Al ver, tras largos años, que áureo brilla
 El dón que misterioso el labio nombra,
 Manso el barquero su altivez humilla,
 Cesa el debate, y con placer se asombra:
 Tuerce el batel cerúleo, y á la orilla
 Vuelto ya, do saliera el fondo escombra,
 Las tenues almas arrojando fuera
 Que sentadas bogaban en hilera.

LXXXIV.

Recibe. en fin, la cavidad vacía
 Al fuerte huésped. Rechinando opreso,
 Ya anchas grietas al agua negra abria
 Flaco el esquife para humano peso.
 Mas el barquero con tenaz porfía
 A par que á la Sibila, al héroe ileso
 Transporta, y abordando, le enajena
 Sobre ovas verdes y movible arena.

LXXXV.

Enfrente á do saltaron, guarecido
 En la ancha gruta en que á placer se extiende,
 El can trifauce con feroz ladrido
 Los ámbitos atruena que defiende:
 Viéndole que de víboras ceñido
 Sacude el cuello y ya en furor se enciende,
 Narcótico manjar con miel dorado
 Echa la maga al monstruo espeluznado.

LXXXVI.

El cual tragó la torta engañadora
 Con triple boca y con voraz garganta,
 Y, largo cuanto el antro donde mora,
 Le abate el sueño. Con ligera planta.
 Aprovechando la oportuna hora,
 A las puertas Enéas se adelanta,
 Y traspone volando la ribera
 Deaguas que nadie repasar espera.

LXXXVII.

En esto empiezan el comun vagido
De almas de niños á sentir; las cuales,
Léjos, muy léjos del süave nido,
Sollozan de ese mundo en los umbrales:
De tierna infancia en el verdor florido
Negra un hora á los brazos maternas
Arreatólos, y á la luz del Cielo,
¡Ay! para hundirlos en acerbo duelo.

LXXXVIII.

Están despues los que, torciendo el fuero,
Testimonio falaz llevó á la muerte;
Mas no á sus puestos van sin que primero
Tornen sentencia á dar Justicia y Suerte:
Mínos preside el tribunal severo;
La urna aleatoria agita; indaga, advierte,
Convoca al vulgo que delante calla;
Pesa los cargos, y las causas falla.

LXXXIX.

Arrepentidos yacen, en seguida,
Los que movidos de tedioso enfado
Quitarse osaron sin razon la vida.
Hoy, por volver al mundo, ¡con qué agrado
Trabajos y pobreza aborrecida
Subieran á sufrir! Lo veda el hado;
Cierra el Estigio el paso á sus suspiros
Con nueve vallas en oblicuos gircs.

XC.

Tendidos campos se abren luégo, aquellos
Que la fama *llorosos* apellida:
Los que doblaron al amor los cuellos,
Los que murieron de amorosa herida
Vienen allí; y entre sus mirtos bellos
El bosque cruzan que les da guarida,
Por veredas ocultas. ¡Ay! los hieren
Penas de amor que ni en la muerte mueren.

XCI.

Muéstranse al héroe entre la selva umbría
Fedra, Prócris; Erífile doliente,
Cuyo seno aún la llaga descubria
Que el hijo vengador abrió inclemente;
Evadne, Pasifae, Laodamía;
Cénis, mancebo un tiempo floreciente,
Y ahora, por decreto del destino,
Vuelto al sexo primero femenino.

XCII.

En medio de ellas la fenicia Dido,
Su herida aún fresca, andaba en la espesura.
Cuando la hubo al pasar reconocido
Mal cierto Enéas en la sombra oscura,
Como el que alzarse entre nublados vido
La luna nueva, ó verlo se figura,
Así á hablarle empezó con tierno acento
Y lágrimas que brota el sentimiento:

XCIII.

«¡Infeliz Dido! ¿Conque no mentia
En nuevas que me trajo funerales
La fama? ¿Tú empuñaste daga impía?
¿Yo causa hube de ser de tantos males?
Mas por todos los astros, Reina mia,
Te juro, y por los Dioses celestiales,
Y por estas mansiones justicieras,
Que partí á mi pesar de tus riberas.

XCIV.

»La férrea voluntad del Cielo santo
Que á esta abismosa eternidad me envía,
Lo mismo allá, con invencible encanto
Me arrancó de tu lado y compañía.
Ni pensé nunca que á delirio tanto
Te pudiese arrastrar la ausencia mia.
¡Mas ten! ¡vuelve! ¿á quién huyes? ¡Ley severa
Permite vernos por la vez postrera!»

XCV.

Tal dice el héroe á la infelice amante,
Por si en su ánimo airado tierno cava
Ó amansa su mirada centellante;
Las razones el llanto entrecortaba.
Mas ella, vuelto el tétrico semblante,
Torvos los ojos en el suelo clava,
Y tanto muestra que la voz la toca
Cual si ya mármol fuese ó firme roca.

XCVI.

Y de pronto indignada huye y se esconde
En la parte del bosque más espesa,
Entre acopados árboles, en donde
Al renovado amor que le profesa,
Siqueo como de ántes corresponde.
Enéas, de piedad el alma opresa,
A la sombra siguió por trecho largo
Llorando para sí su lloro amargo.

XCVII.

Mas andando el camino, á los postreros
Campos llegaban cuya igual alfombra
Van á solas hollando los guerreros
A quien la fama por sus hechos nombra.
Entre los capitanes que primeros
Al paso Enéas encontró, la sombra
Vió del pálido Adraastro, vió á Tideo,
Vió al ínclito en la lid Partenoqueo.

XCVIII.

Vió tambien los Troyanos que segados
En duras lizas los soberbios cuellos,
Fueron con llanto de la patria honrados:
Glauco, Medon, Tersíloco; y con ellos
Los tres hijos de Anténor afamados;
Y Polifétes, que tus dones bellos
Honró, Céres; é Ideo, que áun regía
El carro y armas que rigiera un dia.

XCIX.

Tantas sombras al ver en larga hilera
Enéas, conociéndo'as, suspira;
Mas á izquierda y derecha se aglomera
La multitud, que con pasión le mira;
Ni á su curiosidad satisficiera
Mirarle sólo, á detenerle aspira,
Y mil ánimas llegan voladoras
Con sus preguntas á tejer demoras.

C.

Entanto viendo al héroe, y la armadura
Del héroe, que cruzando centellea
El vacío espacio de su estancia oscura,
Tiemblan los cabos de la gente aquea:
Tratan unos de huir, cual con pavora
Ya al mar lo hicieron en campal pelea;
Gritan otros, y á medias sólo acierta
Clamor tenue á exhalar la boca abierta.

CI.

Sigue; y hé aquí, las manos mutiladas,
Llagado el cuerpo y con la faz hendida,
Ambas sienes de orejas despojadas,
Y rota la nariz con torpe herida,
Deífobo se ofrece á sus miradas;
Y al ver que triste, avergonzado cuida
De ocultar de su afrenta las señales,
Hablóle en tono amigo y voces tales:

CII.

«¡Valeroso Deífobo, esperanza
De Troya, hijo de reyes! ¿Quién fué osado
En tí á ejercer insólita venganza?
¿Quién consumó tan bárbaro atentado?
Oí que de combate y de matanza
Aquella horrenda noche tú cansado,
Sobre enemigos que humilló tu acero
Caído habias á morir postrero.

CIII.

»¡Mísero amigo! yo en la playa nuestra
Te alcé entónces funéreo monumento
Que áun hoy tus armas y tu nombre muestra
Tres veces te llamé con alto acento.
Mas ¡ay! ni verte pude, ni mi diestra
En suelo de la patria acogimiento
Mullir á tu ceniza.» Enéas dijo;
Y de Príamo así respondió el hijo:

CIV.

«Tú hiciste tu deber; yo estoy pagado
Y agradecido estoy. Suerte inhumana
Es la que me hunde en tan horrible estado
Y el crimen de la pérfida Espartana:
¡Éste, éste es de la pérfida el legado!
Recordarás en la alegría insana
Que pasámos la noche postrimera;
¿Quién no ha de recordarlo aunque no quiera

CV.

»Entónces, cuando el monstruo de madera
De armas grave los muros dividia,
Hembras ella ordenaba la primera
En libre danza y bulliciosa orgía;
Y una antorcha blandiendo traicionera
Con que iba en torno al coro, falsa guia,
De la alta torre en nuestro daño ¡ay ciegos!
Señas hacía á los atentos Griegos.

CVI.

»Yo en mi tálamo infausto, sin cuidado
Ya al cansancio buscando dulce olvido,
Caí en brazos de un sueño regalado
A una plácida muerte parecido.
Mi noble esposa al punto de mi lado
Las armas de mi estancia sin rüido
Aleja: de mi lecho á la testera
Ella mi espada hurtó, fiel compañera;

CVII.

»Las puertas abre, y obsequiosa llama
Á Menelao, por si de mal la eximen
Crímenes nuevos, y la negra fama
A absolver bastan del antiguo crimen:
El Eólida á par, que ardides trama,
Acude: salvan de mi alcoba el límen...
¡Dioses, si justas súplicas os mueven,
Lo que entónces probé los Griegos prueben!

CVIII.

»Mas ¿á qué me detengo en mis pesares?
Tú aquí, es posible? y con vital aliento?
¿Juguete de los vientos de los mares
Vienes, ó por divino mandamiento?
¿Qué toques de fortuna singulares
Te traen, el profundo apartamiento
A visitar de la region sombría
Que nunca vió la claridad del dia?»

CIX.

En medio de estas pláticas, ligera
En su rósea cuadriga y gentil vuelo
La Aurora la mitad de su carrera
Traspuesto habia por el alto cielo;
Y acaso el héroe consumido hubiera
En estéril hablar y acerbo duelo
El plazo volador, si no le echara
La vírgen con afan su olvido en cara:

CX.

«Nosotros ¡ay! miéntras la noche avanza,
Gastamos mudo el tiempo en lloro vano!
La senda aquí se parte, y en balanza
Está la suerte; de Pluton tirano
Lleva la diestra á la valiente estanza,
Y al encantado Elíseo: á izquierda mano
Caen los muros do la gente impía
En eterno sus crímenes expía.»

CXI.

«Perdon,» dice Deífobo, «si nuevo
Tu enojo, profetisa soberana!
El número fatal que llenar debo
Torno á llenar doliente sombra y vana.
Tú vé en paz, gloriosísimo renuevo,
¡Oh luz, oh prez de la nacion troyana!
Goza suerte mejor que fué la mia.»
Y así diciendo á su ángulo volvía.

CXII.

Tornó Enéas á ver, y á izquierda mira
Cerrada una ciudad de triple muro
Al pié de una alta roca: en torno gira
Con lenguas Flegeton de fuego puro,
Y revuelca peñascos en su ira:
Frente, gran puerta, de diamante duro
Las jambas, cual ni de hombres quebrantada
Ni aún de Dioses lo fuera por la espada.

CXIII.

Férrea una torre despreciando el viento
Avánzase orgullosa: allí sentada,
Ceñida un manto de color sangriento
Guarda insomne Tisífone la entrada.
Ruido de barras, en aquel momento,
Y música de azotes despiadada
A oirse empieza, y voces de horror llenas,
Y el pesado arrastrar de las cadenas.

CXIV.

«¿Qué gritos de dolor hieren mi oído?»
Dice Enéas parándose asombrado:
«¿Quiénes llevan allí su merecido?
»¿Cuál es ¡ay! su suplicio y su pecado?»
Y la Sibila respondió: «No ha sido
Nunca á justos varones otorgado,
Magnánimo caudillo, entrar las puertas
Sólo al delito por la pena abiertas.

CXV.

»Mas yo, cuando los bosques infernales
Por Hécate guardaba, del espanto
Vi el reino y sus tormentos eternos:
Tiene el cetro el cretense Radamanto,
Que interroga á las almas criminales,
Castiga sus delitos, y de cuanto
Ocultó hasta la muerte astucia fría,
A hacer les fuerza confesion tardía.

CXVI

»Y, nunca de venganzas satisfecha,
Con la izquierda azuzando sus serpientes
Y del látigo armada la derecha,
Corre los sentenciados delincuentes
Tisífone á azotar, y los estrecha,
Llamando sus hermanas inclementes;
Y ábrense á devorarlos, y crujiendo
Giran las sacras puertas con estruendo.

CXVII.

»Contempla á la cruel, que allí se asienta
 Y el vestíbulo guarda de ese mundo:
 ¿Qué, si vieses, abiertas las cincuenta
 Negras fauces, el monstruo sin segundo,
 La Hidra feroz que adentro guarda atenta?
 Luégo el Tártaro se abre, tan profundo
 Al medio de su abismo, cuanto dista
 El alto Olimpo de la humana vista.

CXVIII.

»Allí, humilladas las soberbias vidas,
 Los antiguos engendros de la Tierra
 Revuélvense en recónditas guaridas
 A donde el rayo su ambicion encierra:
 Vi á par los dos enormes Alóidas
 Que el Cielo con sus manos, ¡loca guerra!
 Descargar intentaron, y en su encono
 A Jove mismo derrocar del trono.

CXIX.

»Vi allí tambien yacer, de angustias lleno,
 Á Salmoneo, por su error insano,
 Que de Jove el relámpago, y el trueno
 Quiso imitar de Olimpo soberano:
 De cuatro brutos gobernando el freno
 Y antorchas sacudiendo con su mano,
 A Elis cruzó, y en su triunfal camino
 Culto pedia como á sér divino.

CXX.

»Fingir quiso el demente (¡mal pecado!)
 Al sentar de sus potros con rüido
 Los cascos, con el bronce golpeado,
 Inimitable luz, sacro estampido:
 Envuelto Jove en lóbrego nublado
 Venablo duro le lanzó ofendido,
 No humosa tea ni exhalada llama,
 Y á la sima arrojóle donde brama.

CXXI.

»Yugadas nueve allí cubriendo yace,
 Alumno de la Tierra creadora,
 Ticio: el hígado eterno le renace,
 Pasto al buitre cruel que le devora,
 No le consume, y sus entrañas pace
 Y fiero en lo hondo de su pecho mora:
 Ni el corvo pico en el roer se amansa,
 Ni de brotar la víscera se cansa.

CXXII.

»¿Qué, si á Ixion y Piritoo á cuento
 Trajese? ¿ó los que roca ven colgante
 Pronta siempre á caer? Áureo aposento
 Regalado festin miran delante;
 Mas la Furia mayor vela de asiento
 Al lado, y como alguno se levante
 Las mesas á tocar, corre, y vocea,
 Y airada amaga con su horrible tea.

CXXIII.

»Allí gimiendo están los que al hermano
 Profesaron, en vida, odio demente;
 Los que hicieron ultraje al padre anciano,
 Los que en fraude envolvieron al cliente;
 Allí los solitarios que, la mano
 Cerrada siempre al mísero pariente,
 Sobre el oro enterrado hicieron nido:
 Infame grey en número crecido.

CXXIV.

»Y allí aguardan castigo los que amores
 Adúlteros pagaron con la vida;
 Los que hicieron traición á sus señores;
 Los que en guerra se alzaron fratricida:
 No cures de su pena los horrores
 Ni las causas saber de su caída.
 Quién vuelca enorme risco; atado es otro
 Gira en rueda veloz, su eterno potro.

CXXV.

»Está sentado y en perpétuo duelo
 Teseo lo estará.—; *Mirad si presta*
La justicia ultrajar, reir del Cielo!
 Flégias clamando á todos amonesta
 Entre las sombras. El nativo suelo
 Este por oro enajenó, funesta
 Tiranía elevando: es otro puso
 A precio de la ley uso y desuso.

CXXVI.

»Y áun hubo ya con ciego desatiento
Quien de su hija el tálamo invadiera.
Todos formaron criminal intento
Y corona ciñeron en su esfera.
No si cien bocas yo, si lenguas ciento
Tuviese y férrea voz, contar pudiera
Las especies sin fin de los delitos,
Los nombres de las penas infinitos.»

CXXVII.

Así la anciana profetisa habia
Hablado, y «¡Sús!» añade: «hora es preciso
Que el paso abrevies, y por esta via
Á cumplir tu deber vayas sumiso:
Los muros que los Cíclopes un dia
Sacaron de su fragua, allá diviso;
Ya, bajo el arco que se eleva enfrente,
Las puertas veo de Pluton potente.

CXXVIII.

»Vé; obsequios debes al dintel frontero.»
Tal dijo, y con el héroe se adelanta,
Y el intermedio espacio, y el sendero
Sin luz, dejan atras con ágil planta.
Acércanse á las puertas: él primero
Entra el zaguan; con gotas de agua santa
Casta los miembros á rociar atiende,
Y el áurea rama en el portal suspende.

CXXIX.

Puesto el dón á la Diosa, y alongados
Del sitio, ya pisaban los amenos
Jardines y los bosques fortunados
Donde con grande paz moran los buenos:
Abrense allí sobre inocentes prados
Tintos en rósea luz cielos serenos;
Regiones siempre iguales, siempre bellas,
Tienen su sol y tienen sus estrellas.

CXXX.

Aquéllos juegan en verjel florido;
Éstos combaten en la roja arena;
Otros saltan en coros, y el sonido
De sus cantos el ánimo enajena:
El tracio vate, con talar vestido,
Los siete tonos de su lira suena,
Moviendo acordes con su voz canora
Ya el plectro de marfil, los dedos ora.

CXXXI.

Brilla de Teucro allí la stirpe clara
Robustez ostentando y lozanía:
Egregios héroes á quien ver tocara
En siglo más feliz la luz del día.
A Ilo, á Asáraco, á Dárdano repara
Autor de la troyana monarquía,
Enéas, y armas léjos ve, y baldíos
Carros que honraron ya marciales bríos.

CXXXII.

Hincados por el campo ve lanzones,
Y que arrogantes la verdura pacen
Por acá y por allá sueltos bridones.
¡Oh! los que en mundo subterráneo yacen
No renuncian sus viejas aficiones:
Armas y carros sus delicias hacen
Si armas, carros amaron: cuidan fieles,
Si los criaron ya, régios corceles.

CXXXIII.

Luégo, á izquierda y derecha, ve adelante
Los que á dulces festines se abandonan
Tendidos en la hierba verdeante;
Los que en honor de Apolo himnos entonan
Intrincando los pasos en fragante
Bosque, á quien cimas de laurel coronan,
Donde brota y por selva ámplia y risueña
Eridano soberbio se despeña.

CXXXIV.

Están allí los que á la patria amaron,
Y heridas por la patria recibieron;
Allí los sacerdotes que guardaron
Austera castidad miéntras vivieron;
Vates dignos que á Febo interpretaron;
Maestros que el vivir embellecieron
Con artes nuevas; los que haciendo bienes
Vencieron del olvido los desdenes.

CXXXV.

Todos éstos con ínfulas nevadas
 Ceñidos van las sienes y cabellos.
 Con los cuales confunde sus pisadas
 La profetisa por sus campos bellos;
 Y volviendo la voz y las miradas
 A Museo ante todos, que alza entre ellos
 Con majestad serena la cabeza
 De muchos rodeado, á hablar empieza:

CXXXVI.

«Oid, almas felices, ruegos pios;
 Y tú, máximo vate, ¿dó se esconde
 Anquíses, por quien ya los grandes ríos
 Cruzamos del Erebo; dínos, dónde?
 ¡Ah! ¿qué sitios repuestos y sombríos
 Nos le ocultan?» Museo la responde:
 «Aquí moramos bajo hojosos techos,
 Y son márgenes blandas nuestros lechos;

CXXXVII.

»Frescos prados tratamos por recreo,
 Y á nadie se fijó mansion segura;
 Mas pues tanto interes traer os veo,
 Venid conmigo á la vecina altura
 Y camino hallará vuestro deseo.»
 Dice; ante ellos los pasos apresura,
 Y horizontes de luz les manifiesta:
 De ahí, descienden de la erguida cresta.

CXXXVIII.

En un valle cubierto de verdura,
 Anquíses, en el fondo, atento via
 Guardadas almas que del aura pura
 Subirán á gozar llegado el dia;
 Allí en sombra numera su futura
 Cara prole, y mirando se extasía
 La fortuna y valor hereditarios,
 Glorias, triunfos, virtudes, lances varios.

CXXXIX.

Y viendo que hácia allá se dirigia
 Hollando Enéas el gramoso prado,
 Abre Anquíses los brazos, de alegría
 Lágrimas vierte y clama enajenado:
 «¿Conque venciste intransitable via,
 Hijo, á fuerza de amor? ¿Conque á mi lado
 Hoy tornas? ¿Es posible que consigo
 Verte, oírte, tocarte, hablar contigo?»

CXL.

»Yo, tiempos computando, aqúeste dia
 Fausto acercarse vi: cumpliósse el voto.
 ¡Mas cuánta extraña tierra en tu porfía
 Habrás medido, y cuánto mar ignoto,
 Y qué de riesgos arrostrado, en via
 De confin tan profundo y tan remoto!
 De los líbicos pueblos, hijo amado,
 ¡Cuánto temblé por tí funesto hado!»

CXLI.

Enéas contestóle en tal manera:
«Tu imágen veneranda, padre mio,
Siguiéndome doliente por doquiera,
Forzóme á visitar el reino umbrío.
Ocupan mis bajeles la ribera
Tirrena. Mas tú ahora, con desvío
No á mi mano, señor, robes la tuya;
No á mi abrazo filial tu cuello huya.»

CXLII.

Dice, y llorando, con amante empeño
Tres veces va á abrazar al padre anciano;
Cual humo huye la sombra ó como sueño
Y él tres veces aprieta el aire vano.
Tornó á mirar, y un bosque vió risueño
En un valle repuesto comarcano:
Gárrulo bosque, plácido retiro
Que manso baña el Lete en blanco giro.

CXLIII.

En torno vagan del durmiente rio
Gentes, pueblos, enjambres voladores,
Y cual abejas que en sereno estío
Rondan fugaces peregrinas flores,
Y á los lirios de cándido atavío
Asedian, confundiendo sus rumores,
Tal llenando de estruendo la campiña
La aérea multitud vuela y se apiña.

CXLIV.

Maravillado de la extraña escena,
 Medroso Enéas á entender aspira
 Qué es aquella corriente tan serena;
 Quién la infinita multitud que gira
 Á par del rio y sus florestas llena.
 El padre Anquíses respondióle: «Mira:
 Antiguas almas á quien guarda el hado
 Nuevos velos corpóreos, nuevo estado,

CXLV.

»Esas son las que afluyen al Leteo
 Y en raudal bienhechor beben olvido.
 Tiempos hace, hijo amado, que deseo
 Mostrarte mi linaje esclarecido
 En estas sombras que delante veo,
 Porque, absorto en destino tan subido,
 De haber llegado á la que aún mal conoces,
 Itálica region, conmigo goces.»

CXLVI.

«Mas ¿es creible que al sabido cielo,»
 Enéas contristado así murmura,
 «Alguna alma de aquí remonte el vuelo
 Y á informar torne la materia oscura?
 ¡Mísera humanidad! ¡Qué inmenso anhelo
 De vida y goces! ¡qué cruel locura!»
 Anquíses acudiendo á su sorpresa,
 Ordenadas razones así expresa:

CLXVII.

«Porque en luz de verdad tu mente aclares,
 Hijo, escucha: En los cielos y en la tierra,
 Y en las líquidas capas de los mares,
 En la alba luna que inconstante yerra
 Y en el sol y en los grandes luminares,
 Espíritu eternal dentro se encierra:
 Todo hínchelo él, vago y profundo;
 Alma y centro comun, él mueve el mundo.»

CXLVIII.

»Y en él tiene su origen el humano,
 Y el bruto, el ave, y cuanto monstruo cria:
 En sus senos marmóreos Oceano.
 Centella celestial, ígnea energía
 Vida á esos séres da, gérmen temprano,
 En cuanto no los rinden á porfía,
 El fardo de la carne, los mortales
 Órganos y ataduras mundanales.

CLXIX.

»De ahí es que ansian y temen, y ó padecen
 Ó envueltos gozan en su cárcel dura:
 No ven la luz; ni quedan, si fallecen,
 Limpios del todo de la mancha impura
 De las miserias que al mortal empecen.
 ¡Pobres almas! la sombra en ellas dura
 De usos viles en años adquiridos
 En su lucha y su union con los sentidos.»

CL.

»Por eso corren del dolor los grados,
 Y vicios propios cada cual expía:
 Hay unas que, purgando sus pecados,
 Expuestas penden en region vacía;
 Otras al fuego ó en profundos vados
 Residuos sueltan que la culpa cria:
 Y así los Manes, por diversos modos,
 Merecida pasión sufrimos todos.

CLI.

»Al Elíseo de ahí se nos envía,
 Y pocos alcanzamos los amenos
 Campos de llena paz y alma alegría;
 Que no se ganan por ventura, á ménos
 Que (cediendo á la edad, llegado el día,
 El postrer resto de hábitos terrenos)
 El alma, redimida á la materia,
 Torne á ser mente pura y lumbre aëria.

CLII.

»Consumados mil años, al Leteo
 Almas acuden en tropel nutrido:
 Arrástralas un Dios, porque el deseo
 Nazca en ellas, envuelto en alto olvido,
 De volver á vestir corpóreo arreo,
 De subir á habitar terreno nido.»
 Tal dice, y lleva al héroe y la Sibila
 Entre el ruidoso pueblo que desfila.

CLIII.

Y porque logre, al avanzar la hilería,
Ver de frente lo digno de memoria,
Le conduce á un collado, y, «Considera,
Hijo,» le dice, «la sublime gloria
Que á la raza de Dárdano le espera;
Oye los claros nombres que en la historia
Nos guarda Italia; entre futuras gentes
Mira pasar tus dignos descendientes.

CLIV.

»Ese, de asta de paz y augusto porte,
Que á la luz va por suerte el más cercano,
Será el primero que á la vida aporte,
Con sangre mixta y con renombre albano.
Mira, es Silvio: Lavinia tu consorte
A luz darále, de tu amor, ya anciano,
Póstumo dón: le criará su madre
Rey en las selvas, y de reyes padre.

CLV.

»De ahí en Italia empezará el reinado
De Troya. Honor de la Troyana gente,
Prócas luégo aparece, y á su lado
A Cápis ves y á Numitor presente;
Y al otro Silvio, á quien tu nombre añado,
Enéas, ya en virtudes eminente,
Ya en armas, si reinare en Alba un día:
¡Qué mancebos! ¡qué heroica bizarría!

CLVI.

»Contempla aquésos cuya sien serena
 Asombra en derredor cívica encina:
 Cuáles de ellos á Gabia y á Fidena
 Te alzarán, y la villa Nomentina;
 Y de ellos cuáles una y otra almena
 Fundarán sobre montes Colatina,
 Y á Pomecio y á Inuo, á Bole y Cora;
 Nombre á campos darán sin nombre ahora.

CLVII.

»Vé á Rómulo, hijo de Ilia, descendiente
 De Troya, hijo de Marte, que al abuelo
 Sigue; y mira ondear sobre su frente
 Crestones dobles con gallardo vuelo:
 Marca el padre en su noble continente
 Su propia, alta mision. Por él al cielo
 Levantará la frente pensadora
 Roma, del orbe militar señora.

CLVIII.

»La cual de siete alcázares murada,
 Con viriles renuevos en que abunda
 Rie, como en su carro alborozada
 De Berecinto la Deidad fecunda
 Por las frigias ciudades torreada
 Va, y su prole celeste la circunda:
 Cien nietos que amamanta y que la adoran;
 Todos son Dioses y entre Dioses moran.



CLIX.

»Los ojos torna: á tu nacion atento
Contempla en Roma; á César mira; advierte
Los racimos de Yulo tu sarmiento,
Que á luz cabal predestinó la suerte.
Éste es, éste es el que una vez y ciento
Oiste á altos anuncios prometerte,
César Augusto, hijo de un Dios, que al mundo
El áureo siglo volverá fecundo.

CLX.

»Él á Italia honrará con tales dones
Cual ya Saturno; y llevará su imperio
Del Indo y Garamanta á las naciones,
Su valor fatigando al hemisferio;
Y abriránse á su paso las regiones
Que allende el Sol se embozan en misterio,
Á do el cielo con astros rutilante
Rueda en los hombros del eterno Atlante.

CLXI.

»Ya ven los Caspios reinos su venida,
Por anuncios, con ánimo intranquilo;
Ya la tierra Meótica trepida,
Sus siete brazos estremece el Nilo.
Tigres guiando con pampínea brida
Y de Nisa impeliendo, excelso asilo,
Su carro victorioso, Baco empero
Llegar no pudo á ese último lindero.

CLXII.

»No corrió Alcides mismo espacio tanto,
Aunque prendió con rápida saeta
La cierva piés-de-bronce, y de Erimanto
Impuso paces en la selva inquieta,
Y el lerneo confin cubrió de espanto.
¿Y dudamos vencer adversa meta
Nuestra gloria ensanchando? ¿Harán temores
Que no hollemos la Ausonia triunfadores?

CLXIII.

»¿Quién es aquél que coronado asoma
De insigne oliva, y que con propia mano
Ya sobre sí sacras ofrendas toma?
Su barba anuncia y su cabello cano
Al primer rey-legislador de Roma,
Que de su humilde Cúres, aldeano,
Y de su hogar, desnudo, imperio grande
Saldrá á regir cuando el deber lo mande.

CLXIV.

»Tulo va en pos, que moverá á pelea,
La paz quebrando, á ejércitos vecinos
Ya al prez no usados que el valor granjea;
Y Anco despues, que aún hoy en sus caminos
El aura popular vano desea.
¿O quieres ver los príncipes Tarquinos,
De Bruto vengador el alma fiera
Y los fasces que al pueblo recupera?

CLXV.

»Bruto duras segures el primero
 Cobrará, y el honor del consulado;
 Y al ver que nuevo plan traman guerrero,
 El, de la bella libertad prendado,
 Muerte á sus hijos mandará severo.
 En él vencieron (¡padre infortunado!),
 Cualquier fallo que espere á su memoria,
 Amor de patria y ambicion de gloria.

CLXVI.

»Brillar Decios y Drusus vé lejanos;
 Torcuato, que levanta el hacha impía;
 Camilo, que del triunfo, con romanos
 Rescatados pendones, se gloria.
 Esas dos almas que cual dos hermanos
 En sombra armadas ves, rayando el dia
 ¿Qué guerra no se harán? ¡Cuánto de estragos!
 ¡Qué grandes huestes y sangrientos lagos!

CLXVII.

»De los Alpes el suegro se abalanza;
 Convoca sus legiones de Oriente
 El enojado yerno á la venganza.
 ¡Hijos! ¡no hiraís el seno á la inocente
 Patria! ¡no eterniceis bárbara usanza!
 ¡Tú, el primero, de Olimpo procedente,
 Oh sangre mia, de rencores libre,
 No ya esa arma cruel tu mano vibre!

CLXVIII.

»Aquél, cuando á Corinto á su talante
 Haya tratado y al orgullo aquivo,
 Al Capitolio correrá triunfante;
 Éste, el país de Agamemnon nativo
 Subyugará, y en Pérses arrogante
 Verá á un nieto de Aquíles fugitivo:
 Tales desquites á Ilion reserva
 Y al profanado templo de Minerva.

CLXIX.

»No al gran Caton olvidaré, no á Coso;
 Ni ya á los Gracos, ni á los dos Scipiones,
 Relámpagos de guerra, pavoroso
 Apellido á las líbicas regiones.
 Fabricio, en tu pobreza poderoso,
 ¡Salve! y tú, el oro en rústicos terrones
 Esparciendo, oh Serrano! ¡Salve, oh Fabios!
 No, aunque cansado, os callarán mis labios.

CLXX.

»Máximo, con tardanzas tú prudentes
 Salvarás la Nacion. Y esto adivino:
 Otros con más primor vultos vivientes
 Harán de bronce duro ó mármol fino;
 Oradores habrá más elocuentes;
 Sabios podrán con más seguro tino
 El cielo escudriñar y las estrellas,
 Y los cercos medir y el poder de ellas;—

CLXXI.

»Tú, Romano, regir debes el mundo;
Esto, y paces dictar, te asigna el hado,
Humillando al soberbio, al iracundo,
Levantando al rendido, al desgraciado.»
Habla Anquíses, y atiéndenle en profundo
Silencio. «Ved,» añade, «señalado
Con opimos despojos á Marcelo,
Que alza entre todos vencedor su vuelo.

CLXXII.

»En mar revuelta armado caballero
Librará al pueblo de infeliz destino,
Venciendo al Galo, al Peno, y el tercero
Será que ofrenda igual cuelgue á Quirino.»
Viendo Enéas que aquél por compañero
Trae á un jóven de aspecto peregrino
Y brillante armadura, mas la frente
Mustia casi, ojos bajos, faz doliente;

CLXXIII.

«¿Y quién es el doncel, ¡oh padre!» exclama,
«Que le sigue en amiga competencia?
¿Hijo suyo será, ó acaso rama
Remota de su ilustre descendencia?
¿Qué són de córte en torno se derrama?
¿Cuán parecido en la marcial presencia!
¡Mas ay! que en torno de su frente vaga
Odiosa noche con su sombra aciaga!»

CLXXIV.

Con lágrimas Anquíses respondía:
«¿Quieres anticipar de los Romanos
El eterno dolor? Fortuna un día
Ese jóven mostrando á los humanos
Tornarále á ocultar en sombra impía.
Tal vez, tal vez, oh Dioses soberanos,
Si este dón inmortal nos franqueara,
El trance vuestra diestra recelara!

CLXXV.

»Del Campo Marcio á la romana plaza
¡Cuántos gemidos herirán los cielos!
Y si ya tu onda su sepulcro abraza,
¿Qué, oh Tibre, no verás de acerbos duelos?
Ningun mancebo de troyana raza
Tanto alzará, como él, de los abuelos
Latinos la esperanza; hijo más bueno
Nunca otro criarás, Roma, á tu seno.

CLXXVI.

»¡Oh tipo de fe antigua y piedad rara!
¡Oh, qué brazo invencible en lid guerrera!
Ninguno, si viviese, le retara
Impune, ó ya á pié firme combatiera
Ó caballo brioso espoleara.
Mas ¿qué suerte llorosa no le espera?
¡Ah! lograses trocar males por bienes!
Tú un Marcelo serás, sombra que vienes:

CLXXVII.

»Azucenas me dad con mano larga;
Que, á ilustre nieto fáciles honores,
Cortos alivios de esparanza amarga,
Quiero esparcir sobre su frente flores.»
Dice, y la voz en lágrimas se embarga.
Tal los campos hollando encantadores
En que benigna luz mágica oscila,
Míranlo todo el héroe y la Sibila.

CLXXVIII.

Y luégo que hubo el padre al hijo atento
Aventuras y sitios explicado,
Avivando en su pecho el patrio aliento
Y ambicion santa de futuro estado,
Nuevas guerras le anuncia, de Laurento
Pueblos y muros do le cita el hado:
Y maneras le enseña como eluda
Ya caso extraño, ya fatiga ruda.

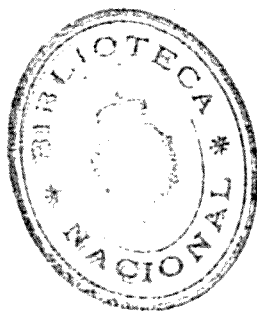
CLXXIX.

Allá en confines de misterio eterno
El Sueño volador tiene dos puertas,
Una de albo marfil, otra de cuerno,
A ensueños varios á la vez abiertas.
Transitan la primera, del Averno
Fábricas de ilusion, sombras inciertas;
Las visiones é imágenes reales
Cruzan de la segunda los umbrales.

CLXXX.

Yendo hablando los tres, hé aquí despide
Anquíses á los dos por el abierto
Pórtico de marfil. Enéas mide
Arrancando de allí, camino cierto
Hácia amigos y naves, y decide
Ir tierra á tierra de Cayeta al puerto.
Ya, por fin, proa afuera áncoras tiran;
Las popas en la costa alzar se miran.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.	Tomos.	Clásicos españoles.	Tomos.
HOMERO: <i>La Iliada</i>	3	CERVANTES: <i>Novelas ejemplares y Viaje del Parnaso</i>	2
— <i>La Odisea</i>	2	— <i>D. Quijote de la Mancha</i> , con el comentario de Clemencín.....	8
HERODOTO: <i>Los nueve libros de la historia</i>	2	— <i>Teatro completo</i>	3
PLUTARCO: <i>Las vidas paralelas</i>	5	CALDERÓN: <i>Teatro selecto</i>	4
ARISTÓFANES: <i>Teatro completo</i>	3	HURTADO DE MENDOZA: <i>Obras en prosa</i>	1
ESQUILO: <i>Teatro completo</i>	1	QUEVEDO: <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: (<i>Dembcrito, Bión y Mosco</i>).....	1	— <i>Obras políticas é históricas</i>	2
XENOFONTE: <i>Historia de la entrada de Cyro en Asia</i>	1	— <i>Política de Dios</i>	1
— <i>La Cyropedia</i>	1	QUINTANA: <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
— <i>Las Helénicas</i>	1	DUQUE DE RIVAS: <i>Sublevación de Nápoles</i> ..	1
LUCIANO: <i>Obras completas</i>	4	ALCALÁ GALIANO: <i>Recuerdos de un anciano</i> ..	1
PÍNDARO: <i>Odas</i>	1	MELO: <i>Guerra de Cataluña</i>	1
ARRIANO: <i>Las Expediciones de Alejandro</i> ..	1	VARIOS: <i>Antología de poetas líricos castellanos</i> , ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo.....	11
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: (<i>Anacreonte, Safo, Tirteo</i> , etc.).....	1	COLÓN: <i>Relaciones y cartas</i>	1
POLIBIO: <i>Historia romana</i>	3		
PLATÓN: <i>La República</i>	2	Clásicos ingleses.	
DIÓGENES LAERCIO: <i>Vidas de los filósofos más ilustres</i>	2	MACAULAY: <i>Estudios literarios</i>	1
MORALISTAS GRIEGOS: (<i>Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes</i>).....	1	— <i>Estudios históricos</i>	1
TUCÍDIDES: <i>Historia de la guerra del Peloponeso</i>	2	— <i>Estudios políticos</i>	1
JOSEFO: <i>Guerras de los judíos</i>	2	— <i>Estudios biográficos</i>	1
ISÓCRATES: <i>Oraciones políticas y forenses</i> ...	2	— <i>Estudios críticos</i>	1
		— <i>Estudios de política y literatura</i>	1
Clásicos latinos.		— <i>Discursos parlamentarios</i>	1
VIRGILIO: <i>La Eneida</i>	2	— <i>Vidas de Políticos ingleses</i>	1
— <i>Las Eglogas y Gérgicas</i>	1	— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i>	4
CICERÓN: <i>Obras didácticas</i>	2	— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> ..	6
— <i>Obras filosóficas</i>	4	MILTON: <i>El Paraíso perdido</i>	2
— <i>Epístolas familiares</i>	2	SHAKESPEARE: <i>Teatro selecto</i>	8
— <i>Cartas políticas</i>	2		
— <i>Vida y discursos</i>	7	Clásicos italianos.	
TÁCITO: <i>Los Anales</i>	2	MANZONI: <i>Los Novios</i>	1
— <i>Las Historias</i>	1	— <i>La Moral católica</i>	1
SALUSTIO: <i>Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta</i>	1	— <i>Tragedias, poesías y obras varias</i>	2
CÉSAR: <i>Los Comentarios á la guerra de las Galias</i>	2	GUICCIARDINI: <i>Historia de Italia</i>	6
SUETONIO: <i>Vidas de los doce Césares</i>	1	MAQUIAVELO: <i>Obras históricas</i>	2
SÉNECA: <i>Tratados filosóficos</i>	2	— <i>Obras políticas</i>	2
— <i>Epístolas morales</i>	1	BENVENUTO CELLINI: <i>Su vida, escrita por él mismo</i>	2
OVIDIO: <i>Las Heroidas</i>	1	TASSO: <i>La Jerusalem libertada</i>	2
— <i>Las Metamorfosis</i>	2		
FLORO: <i>Compendio de la historia romana</i> ..	1	Clásicos alemanes,	
QUINTILIANO: <i>Instituciones oratorias</i>	2	SCHILLER: <i>Teatro completo</i>	3
QUINTO CURCIO: <i>Vida de Alejandro</i>	2	HEINE: <i>Poemas y fantasías</i>	1
ESTACIO: <i>La Tebaida</i>	2	— <i>Cuadros de viaje</i>	2
LUCANO: <i>La Farsalia</i>	2	GOETHE: <i>Viaje á Italia</i>	2
TITO LIVIO: <i>Décadas de la Historia romana</i> ..	7	— <i>Teatro selecto</i>	2
TERTULIANO: <i>Apología contra los gentiles</i> ..	1	HUMBOLDT: <i>Colón y el descubrimiento de América</i>	2
VARIOS: <i>Escritores de la Historia Augusta</i> ..	3		
MARCIAL y FEDRO: <i>Epigramas y fábulas</i> ...	3	Clásicos franceses.	
TERENCIO: <i>Las seis comedias</i>	1	LAMARTINE: <i>Civilizadores y conquistadores</i> ..	2
APULEYO: <i>El asno de oro</i>	1	BOSSUET: <i>Oraciones fúnebres</i>	1
PLINIO EL JOVEN y CORNELIO NEPOTE: <i>Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres</i>	2		
JUVENAL y PERSIO: <i>Sátiras</i>	1	Clásicos portugueses.	
AULO GELIO: <i>Noches áticas</i>	2	CAMOENS: <i>Los Lusíadas</i>	1
SAN AGUSTÍN: <i>La Ciudad de Dios</i>	4	— <i>Poesías selectas</i>	1
AMMIANO: <i>Historia del imperio romano</i>	2		
LUCRECIO: <i>De la naturaleza de las cosas</i> ...	1	EN PRENSA	